

Cómo
se
viene
la
muerte

Luis
Ortega

Cómo se viene la muerte

*¿Por qué fue inevitable que ocurriera
una revolución como la cubana precisamente
a 90 millas de las costas de los Estados Unidos?
Desde 1898, cuando los americanos se apoderaron
de la isla, hasta 1959, siempre estuvo presente
en las entrañas del pueblo de Cuba el anhelo
de establecer su identidad frente al invasor.*

Luis Ortega

*Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida
cómo se viene la muerte
tan callando*

Jorge Manrique
(1440-1479)

Introducción

Este libro tiene su historia. En 1994, después de más de 35 años de ausencia, yo me decidí a viajar a Cuba para ver, directamente y sin intermediarios, lo que había pasado y lo que estaba pasando en la isla. El contacto directo con la realidad cubana me permitió entender muchas cosas. Cuba estaba inerme frente a las intrigas de los Estados Unidos en complicidad con los más de un millón de cubanos que se habían establecido en territorio norteamericano y se habían puesto al servicio de los intereses del enemigo natural de la isla.

Fue entonces que yo empecé a pensar en escribir una historia de los 100 años de oprobio que había sufrido Cuba desde 1898, fecha de la invasión de los soldados americanos, hasta 1999. Aunque el genocidio no terminaba en 1999, y no existían señales de que iba a terminar por largo tiempo, me pareció que era mejor encerrar la historia en un siglo para mayor claridad.

Pero mi propósito no era hacer un libro a base de textos. Quise darle un contenido gráfico. En realidad, yo estaba inclinado a preparar un largo reportaje, en forma de libro, con miles de ilustraciones.

Desde 1994 empecé a trabajar en el proyecto. Viajé a España y me pasé varias semanas consultando textos en la biblioteca de Madrid y en la hemeroteca municipal. Ya yo conocía bien las dificultades que existen en España para cualquier investigación porque en 1971 me había pasado varios meses en Santiago de Compostela, Cádiz y Sevilla reuniendo materiales para una copiosa tesis doctoral que hice para la Universidad de Pittsburgh.

Estuve también en Londres consultando y fotografiando los periódicos y revistas que habían publicado extensas informaciones sobre la guerra de independencia de Cuba y sobre los años de la ocupación americana, de 1898 a 1902. Especialmente, los reportajes de The Illustrated London News, que contienen datos importantes de lo que vieron los ingleses en Cuba en aquellos tiempos.

Seguí buscando materiales en la biblioteca de Nueva York, en la calle 42, luego en la del Congreso, en Washington, D.C. También en la Universidad de Miami y por último me fui a Cuba y logré conseguir alrededor de 300 fotografías en los archivos de la revista Bohemia, y documentos importantes en la Sociedad Económica de Amigos del País, en la Biblioteca Nacional y por último en las colecciones que se conservan en la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

En 1997 mi trabajo se vio interrumpido por la muerte de mi esposa. Fue un duro golpe. Mi proyecto inicial de hacer un gran reportaje histórico, con ilustraciones, de los cien años de opresión americana, me empezó a parecer que era demasiado para mí en las condiciones en que me ballaba. Poco a poco fui abandonando la idea, pero entonces, un poco para paliar la soledad y la tristeza, empecé a escribir notas, algunas de protesta, otras de recuerdos, observaciones, relatos de las cosas que había presenciado durante una vida que se ha prolongado demasiado, críticas al ambiente de mediocridad en que he tenido que vivir en Miami, aunque simplemente como observador, desde lejos, para no contaminarme con la idiotez de mis compatriotas.

El resultado es este libro, donde hay de todo. Desde esas quejas que se nos escapan en los momentos de soledad y tristeza, y que a veces son un poco ridículas, hasta críticas muy severas a gentes que forman parte de la picaresca de Miami.

*El título del libro, que se lo tomé prestado a Jorge Manrique, se explica porque en un principio pensé ir anotando lo que se va sintiendo cuando se ve venir la muerte, **tan callando**. Es decir, ir anotando, paso a paso, como se pierde la memoria, cómo se agudiza el dolor, cómo las enfermedades nos van invadiendo el cuerpo, qué es lo que se siente ante la inminencia del final, cómo es que aquellos*

que nos rodean se impacientan ante la demora de la partida. Entre nosotros, los cubanos, morir es una cosa muy interesante. De pronto, al mes de la muerte, o antes, se establece la noción de que uno no ha existido nunca. Al año no queda ya ningún rastro del que fuimos. Supongo que eso es típico de los pueblos muy primitivos y que no tienen memoria. Cómo se viene la muerte me parece que es un hermoso título. Qué van pensando los que van entrando en las sombras de la muerte. Cómo llegar al umbral y decir, o dictar, o grabar, las sensaciones del moribundo.

Claro, me he ido dando cuenta que es imposible. Hay dos cosas que uno no puede controlar ni dirigir. Una, el nacimiento y otra, la muerte. No es posible prever cómo vamos a morir. A lo mejor, de repente. O en un accidente. Pero, además, me ha asaltado una sospecha. Suponiendo que logre escribir muchos recuerdos, y que llene muchas páginas hablando de la muerte, y que me aproxime lo más posible al momento final, ¿qué garantías tengo de que se va a publicar el libro tan penosamente escrito? ¿Cómo dejar el mensaje en forma de libro? Temo que los que van a quedarse con mis papeles no tendrán la paciencia de leer las cosas de un viejo y no se van a gastar los miles de dólares que cuesta imprimir un libro. Un libro que posiblemente nadie va a leer.

Pienso que lo mejor sería publicar el libro ahora, gastarme el dinero que cuesta la edición, porque ya los editores no publican estas cosas a no ser que se trate de una firma muy conocida. Ni siquiera me he atrevido a cambiar el orden de las notas, algunas muy largas y otras muy cortas. Tampoco he querido re-leerlas mucho por temor a sentir el impulso de botarlas. Luego, se trata de notas frescas, sencillas, sin mucha literatura, sin un orden cronológico. Salto de una época a la otra y de un tema al otro. No recuerdo muchas cosas que he visto a lo largo de la vida. A veces me quejo de las cosas que he visto, a sabiendas de que la queja es de mal gusto. No elaboro nada. No hay ilación ni continuidad.

Una de las razones que me mueve a escribir estas notas es la convicción de que los cubanos hemos perdido totalmente la noción del pasado. Nos hemos quedado sin pasado. La revolución cubana le dio un corte brutal a nuestra historia. En Cuba, la mayor parte de los jóvenes menores de 50 años no tienen idea de cómo era la Cuba anterior; ni cómo eran sus hombres y mujeres. Casi como que les ha estado prohibido pensar en eso. Y cuando tienen algunas nociones del pasado es posible que esas nociones les hayan llegado distorsionadas. Yo he oído, en Cuba y en el extranjero, entre los cubanos, las ideas más extrañas sobre el pasado. Estas notas mías, aunque irreverentes y agresivas, pueden servir para que retomen, en cierto modo, el hilo de la vida de un país que se ha quedado varado en el tiempo. Y no solamente el país, la Cuba de hoy, sino las comunidades cubanas del exterior, congeladas en un repertorio de ideas que ya no tienen nada que ver con la realidad. La guerra que desde hace más de cuatro décadas se hace contra Cuba desde el exterior ha roto la continuidad histórica y ha creado un mundo de fantasía que no tiene relación con la realidad.

Confieso que yo nunca he tenido mucha fe en los libros. Mejor dicho, ninguna. La explicación es muy simple. Yo nací, y crecí, y viví años en un país, Cuba, donde escribir libros era una actividad que no disfrutaba de mucho prestigio. Las madres, cuando una hija se enamoraba de un tipo que escribía libros o poesías se alarmaban y ponían el grito en el cielo... "¡Hija, te vas a morir de hambre con ese hombre!"

Yo recuerdo a Enrique Labrador Ruiz, que empezó a publicar novelas gaseinformes (nunca supe qué era eso) cuando yo era joven. Labrador era un hombre inteligente y escribía bien, pero no creo que haya podido ganarse la vida escribiendo novelas. Además, no se le hacía mucho caso. Creo que se ganaba la vida con un trabajo muy fácil en el retiro de periodistas o algo así. Por las tardes, Labrador se sentaba en los portales de la Asociación de Reporters, en la calle Zulueta, siempre muy elegante y conversador. Labrador publicaba sus novelas y nadie se enteraba, salvo algunos amigos, y se veía obligado a suplicar que le publicaran notas en los periódicos. Creo que esa tremenda lucha contra un medio indiferente y casi hostil fue lo que empujó al pobre Labrador a beber más de lo conveniente para su salud. Hubo una época en que solía emborracharse con mi hermano Raúl. Recuerdo que una vez, los dos, Labrador y mi hermano, se toparon en un bar con un centroamericano, no sé si era

salvadoreño u bondureño, y que se llamaba Gilberto González Contreras. Era un hombre de poca estatura, me parece, que usaba unas sandalias e iba todos los días al correo e echar sus cartas para diferentes periódicos de la América Latina. Una vez me lo encontré mientras echaba sus cartas y me dijo que vivía de eso. "Mando artículos para los periódicos y siempre me mandan unos dólares", me dijo.

Contreras se encontró un día con Labrador y mi hermano cuando los dos estaban bebiendo en el café Vista Alegre. Les molestó que el pobre hombre usara sandalias. "¡Oiga, le prohibo que vuelva a salir a la calle con esas sandalias!", le dijo Labrador. Contreras se espantó y se fue casi corriendo. Al cabo de unos días hubo un nuevo encuentro en un bar. Mi hermano agarró a Contreras por el pescuezo, le puso el revólver en el cuello, y le ordenó que se arrodillara. Entonces, mientras Raúl sujetaba al infeliz, Labrador le meó la cabeza. Fue una escena brutal y de mal gusto. Pero esas cosas divertían mucho a los amigos y provocaban algo de admiración.

Había otros escritores que vivían en La Habana miserablemente. Otro que se pasó años caminando infatigablemente por la ciudad fue el poeta chileno Baeza Florez. Escribía poesías. Fue un verdadero mártir de la literatura. Con el tiempo decidió irse de Cuba y fue a parar a Costa Rica, donde parece que no la pasó tan mal.

En el periodismo, donde la cosecha de analfabetos era abundante, los que hacían literatura eran considerados como seres anormales. Hacer literatura era un pecado. Hasta Jorge Mañach era considerado con cierto desprecio porque decían que escribía cosas que no se entendían. Lo salvaba el hecho de que se había dedicado a la política y era un personaje.

La vida de José Lezama Lima fue realmente heroica. Fue un hombre dedicado apasionadamente a la literatura, pero nunca tuvo muchos lectores fuera del grupo de sus amigos. Otro que tuvo que huir de Cuba fue Virgilio Piñera. Se fue para la Argentina. Recuerdo que, en cierta ocasión, Virgilio me trajo un cuento, que tenía el título de **La Carne**, con la pretensión de que yo se lo publicara en **Prensa Libre**.

—Estás loco, Virgilio. Eso no encaja en este periódico...

—Bueno, por favor, mira a ver si sabes de alguna revista que me lo publique... Es que necesito publicar algo.

Después que se marchó Virgilio lo único que se me ocurrió fue llamar a Rafael Soto Paz, que publicaba una revista llamada **Sábado**, y le pedí que publicara el cuento de Virgilio. Era un cuento metafísico. La revista solía publicar cuentos. Soto Paz quedó encantado. Y yo me desentendí del asunto. Pero cuando salió publicado el cuento de Virgilio me sentí aterrado. Soto Paz, con su habitual desenfado, le había mandado a hacer una ilustración de una carnicería y un gallego con unos bigotes cortando carne con un enorme cuchillo. Yo sabía que me iba a buscar el odio de Virgilio.

Virgilio Piñera, que yo considero que era uno de los mejores de su generación, se apresuró a ir a una estación de policía para acusar a Soto Paz de robo de la propiedad intelectual. Pasó un gran apuro con el oficial de carpeta de la estación que no sabía lo que era la propiedad intelectual. Luego, cuando se presentaron ante el juez, éste por poco manda a Virgilio para la cárcel por atreverse a denunciar una cosa tan estúpida. El juicio terminó en carcajadas. Creo que esto fue lo que impulsó a Virgilio a marcharse de Cuba. Luego regresó cuando triunfó la revolución y empezó a trabajar con Carlos Franqui y Cabrera Infante en el periódico **Revolución**. Debe haberla pasado muy mal. Tuvo una muerte triste. Cabrera Infante no ha cesado de desprestigiarlo en sus libros.

Muchas historias como éstas podría hacer porque yo conocí a casi todos los escritores y periodistas de los años 30, 40, 50, etcétera. El intelectual en Cuba era un ser anormal y era rechazado. De los poetas, ni hablar. Nicolás Guillén vivió pobremente, por lo menos hasta el triunfo de la revolución, aunque no creo que haya mejorado mucho después. El caso de Emilio Ballagas fue angustioso. Gran parte de su vida se la pasó luchando para que lo trasladaran de la Escuela Normal de Santa Clara para la de La Habana. Vivía del sueldo de profesor.

El caso mío fue bastante complicado. Cuando yo tenía edad para ingresar en el Instituto de La

Habana hice el examen que se requería para empezar el bachillerato, pero inmediatamente se cerraron todos los institutos cuando se declaró la resistencia contra Machado. Eso sería por el año 1931, si no recuerdo mal. Lo único que me quedaba por hacer fue meterme en todas las bibliotecas y leer afanosamente, día y noche. Todos aquellos años fueron turbulentos. En el 36 empecé a trabajar en un periódico, y después pasé a otro, y a otro, hasta que me di cuenta que estaba perdiendo el tiempo en una profesión miserable. En el año 1937, volví a empezar, el bachillerato en el instituto de la calle Zulueta, en el curso nocturno. Durante cinco años, disciplinadamente, noche tras noche, yo asistí a clases y saqué el título. Luego me matriculé, creo que en el 43, en la Universidad de La Habana. En la Escuela de Derecho y saqué varios cursos. Pasé después a la de Filosofía y creo que llegué al segundo año. Pero ya para ese entonces yo estaba otra vez envuelto en el periodismo y me faltaba el tiempo. Fue en 1953, cuando salgo al exilio, que me registro en la Universidad de Miami y saco algunos cursos. En el año 56 estoy tomando cursos de lingüística en la Universidad Central de Madrid. Más tarde, en 1964, vuelvo a la Universidad de Miami y saco un semestre. Fue en 1965 que empiezo a estudiar en la Universidad de Pittsburgh, en Pennsylvania, y entre esa fecha y el año 1976 obtengo un Master y un doctorado. Fueron años de duro estudio. La tesis, doctoral que hice fue producto de una extensa investigación en España sobre la influencia de las ideas de la revolución francesa en la España de los primeros años del siglo XIX. Durante ese mismo período tomé cursos de lingüística en la Universidad de Chapel Hill, en North Carolina. Casi estaba llegando a los sesenta años cuando recibí el título en Pittsburgh. Digo esto para que se vea lo accidentada que fue la vida de un cubano de mi época.

La revolución cubana fue desastrosa para miles de cubanos, y yo no escapé a ese destino. Yo era ya director y co-propietario del diario Pueblo, en 1953, cuando Castro asaltaba el Moncada. Eso fue el 26 de julio de 1953. En los primeros días de agosto yo tuve que salir de La Habana subrepticiadamente para un exilio que yo creí que iba a durar seis meses, a lo sumo. De hecho, ha durado 48 años, más o menos. Nunca más he podido trabajar en un periódico, a no ser como simple columnista. Mi profesión quedó trunca en el año 1953, en julio.

Cuando en 1955 se produjo un breve lapso de paz en Cuba, yo regresé a la isla, al mismo tiempo que los otros exiliados. Y fui a vivir, con mi familia, en la casa que yo había construido en Arroyo Arenas desde el año 1949. Miguel Quevedo quiso comprar El Crisol y me ofreció la dirección. Fue inútil. Batista se enteró y le exigió a Quevedo que no comprara el periódico porque no quería verme otra vez al frente de un diario. Ya él tenía a toda la prensa domesticada y no quería que yo me pusiera a crearle problemas. Poco después inicié un proyecto con la gente del Diario de la Marina, para editar en sus talleres una edición ligera de mediodía. Propuse a Gastón Baquero como director y me comprometí a llevar yo el peso del periódico sin aparecer. Jorge Barroso y Alfredo Hernández estaban encantados con la idea. Hicimos varias reuniones en mi casa. Ibamos a llevar a Manolo Sánchez Maspons como administrador. Baquero aceptó la idea de ser el director. Yo conseguí financiamiento con unos amigos míos. Pero, a última hora, se me apareció Baquero y me dijo que Barroso había hablado con Batista y éste lo convenció de que no se metiera en el plan. Gastón estaba desolado. “Me voy para mi casa, me voy a meter en la cama, me voy a tapar la cabeza, y no saldré por lo menos en tres días”, me dijo.

Yo me di cuenta que no tenía cabida en Cuba. Por otra parte, empezaron a dar vueltas alrededor de mi casa las fieras del gobierno. Y decidí irme para Europa como corresponsal de Bohemia. Tenía la esperanza de que al caer Batista yo podría reanudar mi trabajo como periodista. Inútilmente siempre. La revolución acabó con el periodismo en Cuba. En Miami, después de 1959, hice dos intentos para fundar un periódico en español, pero fracasaron los dos. Yo llegué a convencerme de que el ambiente de Miami es tan sórdido que es imposible hacer un diario independiente. En español, repito. No hay manera de vencer la costra de corrupción que cubre casi todas las actividades en Miami.

Mi relación con Batista fue muy compleja. Antes del golpe de estado de 1952 tuve buenas relaciones con él y lo ayudé mucho en la fundación de su partido. Fui yo el que lo invitó, con la anuencia

de Carbó, a escribir en **Prensa Libre**. Lo mismo hice con Grau San Martín. Creo, realmente, que Batista llegó a tenerme cierta estimación. Varias veces, inclusive, se apareció en mi casa, que estaba cerca de su finca, para llevarle regalos a mis hijos, recién nacidos.

El día del golpe de estado yo logré entrar en el campamento de Columbia alrededor de las tres de la mañana y Batista me recibió muy bien. A esa hora, francamente, yo lo vi bastante asustado. No tenía suficiente gente para llenar los cargos y entonces me propusieron que yo aceptara un ministerio. El espectáculo era surrealista. Aquel hombre, rodeado de personajes olvidados, estaba formando un gobierno de gentes ya bastante avanzadas en la edad. Me sorprendió que me quisieran hacer ministro. Yo le di las gracias a Batista y le expliqué que yo había ido allí a reportar un hecho de mucha trascendencia y no a sumarme al golpe como ministro. Se me ocurrió entonces sugerirle que nombrara a Ernesto de la Fe, que había venido conmigo y se había quedado fuera. Yo lo había mandado a despertar y vino en mi carro hasta la puerta de Columbia. Batista aceptó mi proposición. Mandé a buscar a Ernesto y allí mismo Batista lo designó Ministro de Información. El pobre Ernesto estaba eufórico. Inclusive le hizo creer a muchas gentes que él estaba en el golpe, lo cual no fue cierto. Lejos estaba él de prever que algún día aquello le iba a costar muchos años de cárcel.

El golpe fue tan suave y tan bien engrasado que parecía que Prío había estado de acuerdo con Batista. Yo se lo pregunté a los pocos días, en México, y saltó indignado para negarlo enfáticamente. Pero luego, en privado, me pidió que le dijera a Batista, en su nombre, que le devolviera unos \$250,000 que se le habían olvidado en Palacio. Batista aceptó la petición y se los devolvió. “Dale las gracias a Batista”, me dijo Prío por teléfono cuando le comuniqué que todo estaba resuelto.

Mi relación con Batista empezó a deteriorarse en el mismo mes de marzo, después del golpe. Salas Cañizares, jefe de la policía, dio la orden de quitarle a las perseguidoras los números y las chapas. Al día siguiente yo protesté con un artículo muy duro. Parece que Salas habló con Batista y éste le dio la orden de que restableciera las chapas y los números. Y que me escribiera una carta rectificando. Yo publiqué la carta en aquellos días.

El segundo conflicto surgió cuando Rafael García Bárcenas cayó preso y lo desaparecieron. Yo empecé a buscarlo, a petición de la esposa de Bárcenas. No me dieron información. Al día siguiente publiqué un artículo diciendo que “Batista había acabado con el gansterismo, pero había creado el gansterismo uniformado”. Batista se indignó conmigo y le dio órdenes al Jefe del Ejército, Tabernilla, que me mandara a detener. Me llevaron una mañana a Columbia. Tabernilla, muy amablemente, me dijo que había tenido que aguantar a sus oficiales que habían querido salir a buscarme. La cosa no pasó de los consejos de rutina.

El tercer conflicto ocurrió cuando yo publiqué que Enrique Collazo, que era funcionario en el Ministerio de Hacienda, había depositado más de \$800,000 dólares en un banco de la calle Línea. Yo estaba en Nueva York el día que salió mi denuncia. Al día siguiente Gastón Godoy, Ministro de Justicia, me llamó por teléfono al hotel para decirme que Batista le había dado, la orden de enjuiciarme por haber publicado una calumnia. Yo le dije a Godoy que tenía las pruebas. Dieron marcha atrás y botaron a Collazo de Hacienda. No lo enjuiciaron.

Finalmente, en junio de 1953, yo salí a la calle con el diario Pueblo. Hice un periódico vibrante y bien informado que empezó a subir en circulación inmediatamente. Batista estaba preocupado. Yo le estaba rompiendo el cerco que él le había puesto a la prensa. Todos los periódicos estaban asustados y no se atrevían a hacer nada contra el gobierno. **Prensa Libre** tenía que cuidar su plan de regalos. Y el pobre Medrano, yerno de Carbó, era absolutamente incapaz de hacer nada. Después que yo me fui de **Prensa Libre**, Medrano se hizo cargo del periódico y éste empezó a perder circulación. Creo que intrigó un poco en contra mía para presentarme como un peligro para Batista.

Otra vez me llamó el Ministro de la Presidencia, y me dijo que Batista me esperaba para hablar conmigo. Yo pienso que quería decirme que tenía que andar con más cuidado. Probablemente pensó que me podría controlar de algún modo. Cuando Morales del Castillo, que era un hombre sinuoso y hasta siniestro, me dijo que fuera a Palacio yo le respondí que estaba de acuerdo en ir enseguida,

pero que yo le pedía que Batista me recibiera inmediatamente porque yo no podía ausentarme del periódico cuando estaba llegando la hora del cierre. Era una petición racional. Pero, váyase a saber como transmitió Morales del Castillo mi respuesta. El caso fue que Batista, aparentemente, se molestó conmigo y Morales volvió a llamarme para decirme que la entrevista había sido cancelada. Este fue el final de mis relaciones con Batista. El día 27 de julio, después del Moncada, me pusieron la censura de prensa y todos los enemigos que yo había creado en el gobierno me cayeron arriba, empezando por Salas Cañizares. La policía asaltó el periódico, y éste no salió ese día. Pocos días después yo me marchaba de Cuba.

*En realidad, yo creo que lo ocurrido conmigo era fácil de predecir. Yo quise probar si era posible hacer un periodismo independiente, sin concesiones al gobierno, y se vio claramente que era imposible obligar a Batista a aceptar críticas. No lo podía tolerar dada su posición tan precaria. No era posible la plena libertad de expresión en aquel momento. Yo le estaba dando un mal ejemplo a los demás periódicos, incluyendo a **Prensa Libre**, que se cuidaban mucho de no pasar de los límites establecidos por la prudencia. Todos los periódicos eran prudentes. Todos habían bajado el tono que habían tenido durante el gobierno de Prío. Durante los gobiernos de Grau y Prío hubo una total libertad de expresión en Cuba. Yo había crecido durante aquellos años de libertad de prensa y me era muy difícil adaptarme a las triquiñuelas que hacían los otros periódicos.*

Al llegar a cierta edad, cuando uno empieza a olvidarse de todo, hasta del olvido mismo, como decía San Agustín, uno tiene la sensación de que está usurpando un espacio y un aire que ya no le pertenece. Las gentes suelen mirar a los que viven más de lo que la discreción permite con un secreto recelo íntimo, inconsciente, preguntándose hasta cuando va a durar la cosa. Ya está bueno, piensan. Cuando yo leo las estadísticas donde se habla del crecimiento de la población me invade un sentimiento de vergüenza muy parecido al que uno siente cuando se detiene en un pasillo e interrumpe el paso de las gentes.

La única excusa que yo me doy a mí mismo para escribir estos recuerdos tiene mucho que ver con la voluntad de servicio. Para cualquiera de las gentes, más o menos jóvenes, que viven hoy en la isla donde yo nací, la lectura de estas notas debe ser algo así como un consuelo. ¿Por qué? Porque podrán apreciar que el pasado no era tan hermoso como algunas gentes les han hecho creer. Era riesgoso ser joven en la Cuba en que yo viví. Lo mismo te podía matar un policía que morirte de hambre o de tuberculosis. Muchos de mis amigos se suicidaron llenos de asco. Otros murieron con los pulmones destrozados. Los que se empeñaron en dedicar sus vidas a la literatura y a la poesía se convirtieron en fantasmas. Si el país de hoy es difícil, el de ayer fue peor; con la diferencia de que no se podía uno consolar; como se puede hoy, con la hermosa idea de que se es hijo de un país con dignidad. En mi tiempo ni siquiera era posible agarrar un bote y remar hacia el norte para desprestigiar a la isla en el exilio. Te recibían a palos y te mandaban para atrás sin contemplaciones. La revolución, sin embargo, ha conquistado para el cubano el derecho a marcharse y a ser recibido en los Estados Unidos como un héroe. Quieras que no, ésa ha sido una conquista de la revolución. Te vas de Cuba, tocas tierra en el norte, te incorporas a las comunidades del exilio, te afilias al sistema de corrupción, te colocas al margen de la ley con la droga o con el lavado de dinero, o te metes a médico para aprovechar el medicare y el medicaid, o te haces alcalde o hasta representante federal, y te conviertes en un personaje, y entonces le mandas dólares a tu familia en Cuba y, en algunos casos, regresas de visita a la isla con las maletas cargadas de regalos. Nada de eso existía en mi tiempo. Te trataban como un perro en el norte. A los negros hasta los linchaban. Las mujeres tenían que caer, algunas veces, en la prostitución. Los cubanos, gracias a la revolución, hemos logrado conquistar parcelas de poder y riqueza en los Estados Unidos. Por supuesto, que no todos han logrado hacer realidad esa ilusión. Los cubanos honestos no han progresado tanto.

Yo confieso que hay páginas en este libro que son francamente ridículas. Me acuso de pegar de vez en cuando la frente al muro de las lamentaciones para llorar, en una forma desesperada de terapia. He botado muchas páginas. He dejado otras, porque no quiero quitarle frescura a las notas. De

todos modos, me avergüenza un poco sentir vergüenza de mí mismo. ¿Quién, en algún momento de la vida, no ha perdido un poco la compostura debida al buen gusto?

Hablo de muchas cosas en este libro, pero tal vez son más las que olvido. A veces me ocurre que me he acordado de algo y me he dicho que voy a escribirlo. Pero pasa una hora y ya no me acuerdo de lo que me había acordado y dejo pasar la oportunidad. El que diga que a los 85 años se conserva la misma agilidad mental que a los 50 ó 60 está mintiendo. Uno se va idiotizando poco a poco. Unos más aprisa que otros. La vejez es una enfermedad, la peor de todas.

Algunas gentes que se dignen leer este libro podrían llegar a confundirse al no poder ubicar correctamente al autor en relación con su país, Cuba. Es raro que un hombre que se ha tenido que pasar casi medio siglo fuera de su país, primero por la persecución de Batista y después por la de la revolución, llegue a despojarse totalmente de resentimientos y se pronuncie a favor de una revolución que lo ha despojado de todo, de sus pocos bienes y hasta de la posibilidad de ejercer su profesión. Y eso sin que medien sobornos o ventajas personales, porque Cuba, hoy, es el país más desolado del mundo. Los que sobornan y abren la posibilidad de amasar millones son los americanos. Miami es el faro que alumbra el camino de los que buscan las riquezas.

En rigor, no hay nada raro en esto. Al igual que muchos cubanos que han vivido fuera de la isla por muchos años, yo he sufrido una lenta evolución que me ha llevado de un extremo al otro. Hay tres etapas muy claras en esa evolución. Primero, una profunda indignación al verme arrojado al destierro sin razones de ninguna clase. Rencor al verme confiscado, al ver mi biblioteca dilapidada después de años de esfuerzos para formarla, al ver cómo se esfumaba un seguro de vida para mis hijos pagado durante años, al verme expulsado del Colegio de Periodistas, del cual había sido fundador.

Es decir, en esta primera etapa se queda uno sin patria donde recostarse y se ve obligado a adoptar la ciudadanía de otro país. Se pierde la relación con los familiares más cercanos, ve uno a sus hijos crecer como ciudadanos de otro país.

Hay una segunda fase de reflexión que sobreviene lentamente cuando se va enfriando la pasión. Cuando ya los bienes materiales no importan. Cuando uno va advirtiendo como es que se va corrompiendo todo alrededor y empieza a descubrir que no es posible compartir las mismas ideas ni propósitos con gentes que son cada vez más inferiores y con las cuales no existe nada en común. Cuando uno se adentra en la historia íntima de Cuba y descubre que se proviene de un país que ha sido víctima durante muchos años del país vecino. Uno se entera de que los males de Cuba, ahora y antes, provienen de las duras presiones americanas. En esta fase, el estudio y la observación directa van sedimentando un nuevo espíritu de comprensión.

La tercera y última fase se presenta cuando la tierra donde uno nació y creció se queda sola e inerte ante el enemigo. Desaparece la Unión Soviética, que fue el socio que le sirvió a Cuba para protegerse de las amenazas del vecino. El país, Cuba, se hunde en la miseria y todo induce a pensar que puede naufragar. Esto es, precisamente, lo que me indujo a regresar a la isla en 1994. No a buscar nada sino a dar una mano. Es el honor el que nos impulsa en situaciones como éstas. De pronto, uno descubre que el honor es algo más que una abstracción.

Sin ambigüedades de ninguna clase, hoy, en el año 2001, yo estoy enteramente a favor del pueblo de Cuba. Estoy de acuerdo con la posición que tiene el gobierno al exigir que se respete su soberanía. No soy ni he sido nunca comunista ni lo seré jamás. El comunismo es una reliquia del pasado. Ya el problema de Cuba no es el comunismo sino los Estados Unidos y sus presiones. No estoy muy de acuerdo con muchas de las cosas que se hacen en Cuba, pero insisto en que se debe respetar su derecho a hacerlas. En última instancia, creo que todo lo que se hace en Cuba, todo lo que se dice, las limitaciones que existen, incluyendo las de la libertad de expresión, son una respuesta necesaria a la guerra que se le hace desde los Estados Unidos.

Este libro debiera llevar un subtítulo señalando que se prohíbe su lectura a los extranjeros. Es decir, que se trata de un libro para los cubanos, exclusivamente para cubanos. Lo cual, por supuesto, limita mucho su difusión. En Miami no creo que pueda encontrar muchos lectores, porque en Miami,

salvo una minoría muy pequeña, nadie lee nada. A los cubanos de Miami no les interesa nada de Cuba, salvo la pobre Celia Cruz o Willy Chirino. Digo, nada que se tenga que leer. Los nacidos en Miami, de padres cubanos, con algunas excepciones, tienden a ser analfabetos, en dos idiomas. No saben nada de la isla ni les interesa su pasado ni su presente. Se conforman con las consignas que les suministran los locutores, en el supuesto de que se dignen ocuparse de algo en español. Donde yo he visto y comprobado que hay mayor interés por Cuba y por su pasado es en Cuba. Lo cual se explica porque muchas gentes de la isla tienen la sensación de que se les prohibió el pasado, y esto le da cierto encanto. No sé si este libro podrá circular en Cuba, a pesar de las irreverencias que se me escapan de vez en cuando. Quién sabe. Yo prefiero, naturalmente, a los lectores de la isla, Porque, de algún modo, este libro revela que las ilusiones que se hacen muchos sobre el pasado son puramente ilusorias. La Cuba anterior a la revolución no era un paraíso. Los hombres del pasado no eran superiores a los del presente. La moral pública y privada era muy cuestionable. Es posible que la Cuba que se está construyendo hoy, y desde hace 42 años, entre tanta desolación, pueda llegar a ser mejor. Cuba ha ido conquistando, poco a poco, en el tiempo, su identidad. Pase lo que pase, no les va a ser fácil a los Estados Unidos recuperar nunca el control que tuvieron en un tiempo sobre Cuba. Se les ha ido de las manos. El cubano inteligente de la Cuba de hoy, a pesar de los silencios que impone la situación política, es más inteligente que el de antes. Es más lúcido. Las mujeres no son ya las mujeres dóciles de mi tiempo. Son más realistas y menos dependientes. Hay un caudal enorme de voluntad y talento sepultado en las entrañas de un país que durante 42 años ha tenido que reprimirse a sí mismo. Salvo los pequeños grupos que se ponen al servicio de los americanos, ya sease por dinero o por estupidez, hay una mayoría popular que sabe que no es posible ni aceptable el retorno al pasado de protectorado americano. Yo creo, adherido al optimismo, que hay un mundo nuevo, un nuevo país, en las entrañas de este país asediado. No importa lo que pase ni cómo. Cuba, hoy, es un país distinto, con gentes distintas. Y salvo la necesidad de agarrarles unos dólares de vez en cuando, hay un abismo moral e intelectual entre el cubano de la isla y el que se ha construido una identidad artificial en el país del norte.

Este libro levanta un poco el velo sobre el pasado que yo viví y del cual salí huyendo en 1953. Y ofrece también una visión fresca y objetiva sobre los cubanos del exilio. Yo tengo simpatías y antipatías, como todo ser humano. Y tengo alguna fobias, por supuesto. Pero, en todo caso, ni unas ni otras, obedecen a intereses políticos o económicos. Al llegar a cierta edad uno se desentiende de todo. Lo que más me ofende es la estupidez y la ignorancia. Y, para mi desgracia, he tenido que vivir la mayor parte de mi vida rodeado de ambas en los medios cubanos y siempre temeroso de que me llegara a pervertir convirtiéndome en uno más. Nunca se está seguro. No sé quien era el que decía que el que juega a los espectros corre siempre el riesgo de convertirse en espectro.

Se comete un error muy grave cuando se dice que Cuba se liberó de España en 1898. No fue así. Tampoco es cierto que España perdió la guerra en 1898. Los que perdimos la guerra civil (que civil era la nuestra) fuimos los cubanos, los nacidos en la isla, de padres españoles implacables. Lo que hicieron los americanos fue entrometerse en una lucha fratricida para quedarse con el botín. Los españoles no se fueron de Cuba en 1902 como nos hacían creer los maestros que teníamos. Se quedaron allí, protegidos por los americanos. Siempre nos ha disgustado mucho a los cubanos que nos hubieran dejado fuera de las negociaciones de paz en 1898, pero aquello fue una venganza pueril de los españoles, encabronados porque habíamos armado la trifulca. Y un gesto socarrón de los americanos, para disminuir la nueva nacionalidad que les estorbaba. En realidad, la presencia española en Cuba se robusteció a partir de 1902, cuando quedó establecida una república de opereta. Yo nací y crecí en el centro mismo de La Habana, una ciudad dominada por gallegos, asturianos y canarios que andaban en unos carretones tirados por mulas que iban llenando la ciudad de mojonos. Frente a la ventana de mi casa, cuando yo era niño, en la calle Corrales, apenas si se veían los adoquines, recubiertos de una costra espesa de mierda de mulo. Si no se hubieran popularizado los automóviles, si los mulos manejados por españoles hubieran seguido predominando en nuestras

calles, la ciudad se habría convertido en un muladar.

Es decir, tenemos que estar claros en esto, Cuba no se liberó de España en 1898. Se esclavizó aún más a españoles y americanos. Se hundió más en la ignominia de pobre pueblo, tal vez por culpa de aquella generación libertadora que no cumplió su misión histórica.

Durante todo mi ejercicio como cubano he estado oyendo hablar de la madre patria. Nada más ilusorio. España no fue una madre para nosotros. Fue un padre que nos azotaba. La patria terra, la tierra del padre. Plutarco quiso en su tiempo hablar de la patria, pero estaba equivocado. Era patria, era padre. Mi padre era español de las Canarias, y en mi niñez lo recuerdo como imponente. Sólo que en la vejez, como le ocurrió a Martí con su propio padre, el mío se convirtió en mi hijo, necesitado de protección.

España fue un padre duro para nosotros los cubanos, por aquello, tan español, de que la letra con sangre entra. Todos tuvimos conflictos con nuestro padre, en algún momento, pero al final lo colocamos en un santuario. El propio Castro, que fue hijo rebelde, tiene hoy en su oficina un retrato enorme del padre y lo muestra con orgullo. El gallego Don Angel nunca soñó que iba a ocupar el lugar de honor en las paredes del despacho del hombre que iba a liberar a Cuba de españoles y americanos.

Hasta 1933, cuando otro hijo de español, Ramón Grau San Martín, redujo a la mitad la insolencia de los españoles en Cuba, la isla estaba dominada, en lo cotidiano, por los españoles. El espacio que se les dejó a los cubanos fue la política aldeana para robar centavos del erario público, meter discursos y dar mítines en las esquinas. El americano Leonardo Wood, que fue el que le dio forma a la república cubana que nació en 1902, se rodeó de españoles durante su mandato en Cuba y no cesó nunca de estimularlos a que ejercieran su dominio sobre los cubanos. El único periódico que Leonardo Wood veía con simpatía era el Diario de la Marina.

Todavía, en 1959, cuando ya Cuba había dado el salto histórico hacia la independencia, se dio el caso extraordinario del embajador Logendio. Estaba el embajador español en su caballeriza, oyendo a Castro en la televisión, cuando escuchó de boca del pichón de gallego algo que le disgustó. Y entonces hizo lo que todo buen español hace en algún momento. Se sacudió el freno, echó a trotar para la estación de televisión en que hablaba Fidel Castro, empujó la puerta y comenzó a desafiarlo. Fue el gesto postrero de la ya débil dominación española en Cuba. Lojendio tuvo que regrear a su tierra con el rabo entre las piernas. Después ya hemos visto al señorito Aznar y a su carnal Matute, inconscientemente invadidos de una prepotencia olvidada, tratando de manejar a Cuba como si fuera todavía colonia, para al final tener que tascar el freno y aceptar que tienen que respetar hoy lo que ayer llenaban de mierda. La conducta de Aznar en Cuba, durante la cumbre reciente, irguiéndose sobre sus tacones para insinuar alguna protesta contra Castro, no fue otra cosa que un suave gemido de alguien que está fuera de onda.

En síntesis, debe quedar bien claro que no hubo independencia en 1902, ni hubo república, ni tampoco fue cierto que los españoles se marcharan de Cuba adoloridos. Todo eso fue una farsa. Yo nací en 1916, en una Cuba dominada todavía por los españoles, y continuó así durante muchos años, hasta 1933, cuando se les redujo la soberbia en un 50 por ciento. Pero así y todo, la influencia española siguió todavía, reducida, por años y años, tal vez hasta el instante simbólico en que el embajador Lojendio soltó la mula que llevaba adentro y quiso darle unas nalgadas a Castro. La actitud de España con respecto a Cuba, en el año 2001, todavía contiene ingredientes de la vieja soberbia. Aun en estos tiempos, donde el aire es más claro y transparente, de vez en cuando Aznar tira una coz. Como, por ejemplo, cuando invita al pobre Cabrera Infante a la Moncloa para decirle que le va a dar el Premio Cervantes por una obra que no es tal, pero no le dice que lo hace con la intención de mortificar a Castro, como una venganza, porque Aznar se ha tragado el anzuelo de que Cabrera, el antiguo monaguillo del periódico Revolución, representa algo en el panorama cubano. Error. Ya España no puede golpear a Cuba. Lo inteligente es incorporarla a su corriente sanguínea, con amor y respeto.

A pesar de esta introducción, y a pesar de las muchas páginas que ya llevo escritas para este libro, y a pesar de que, hasta ahora, parezco impulsado a publicarlo, lo cierto es que tengo muchas dudas soterradas. Le doy muchas vueltas a la idea. Amo los libros, pero los amo como lector. Estoy absolutamente convencido de que es un ejercicio inútil escribir libros y publicarlos, con todas las molestias que todo esto lleva aparejado. No sería pues extraño que después de terminar el libro lo engavete, como he hecho con tantas cosas en la vida. Y también es muy posible que me decida a publicar el libro y después éste se quede en las cajas que me enviará la editorial. Todo es posible.

Todo libro, en estos tiempos, requiere un esfuerzo de comercialización. Por ejemplo, Zoe Valdés, estoy seguro de que debe tener un éxito tremendo con sus libros. Yo he visto una mesa de la enorme librería de Espasa, en la Gran Vía, llena de libritos de Zoe. En esos tiempos, donde el peligro de las epidemias, como por ejemplo el Sida, ha intensificado la costumbre de masturbarse en hombres y mujeres, los libros pornográficos son muy estimulantes. Se consumen como si fueran drogas.

Pero yo no creo que nadie se vaya a masturbar leyendo este libro. ¿De modo que para qué publicarlo? ¿Cómo puedo convencerme a mí mismo de que debo publicarlo?

Yo tengo un amigo muy querido que está entusiasmado con la idea de este libro. Me ha dicho, por ejemplo, que va a organizar una gran fiesta para presentar el libro.

—Ni hablar de eso... —le he dicho.

—¿Por qué? —me pregunta, asombrado.

—Ni fiesta, ni presentación, ni nada...

—Pues si no hay propaganda nadie comprará el libro...

—Que se jodan... —le he dicho.

—Pero el que se va a joder eres tú, porque nadie se enterará de que el libro se ha publicado, nadie lo comprará, nadie lo leerá.

—Me da lo mismo.

—Pues entonces no lo publiques...

—A lo mejor tienes razón...

Hoy en día los libros se comercializan mediante presentaciones ruidosas donde siempre hay un tipo que mete un discurso. Siempre hay que contar con los periódicos y la radio y la televisión. Hay que repartir unos pocos dólares entre algunos críticos para que mencionen el libro. Yo estoy fuera de ese juego. Comprendo que hay algo de onanismo en esto, pero no tiene remedio. Cuando uno está situado fuera del mundo competitivo lo inteligente es no publicar libros. Por lo tanto este libro es un error. Es un gasto inútil.

En el Herald en español, que es un suplemento, hay una sección dominical muy interesante dedicada a los libros, a la plástica, y a cosas más o menos así. En un tiempo la dirigía un tal Armando Alvarez Bravo, que ahora debe tener casi setenta años, o tal vez unos cuantos menos. No sé. A lo mejor ya no es el que dirige el suplemento. Pero lo cierto es que todos los domingos, en la primera página de la sección, Alvarez Bravo es el que se roba todo el espacio. Firma casi todos los artículos. En un tiempo logró tener muy buenas relaciones con los libreros de Miami que lo cubrían de agasajo para que hablara de los libros que vendían. Alvarez Bravo era capaz de convertir a cualquiera en un genio literario. Es el hombre que le ha sacado más partido que nadie a Lezama Lima. Como el pobre Lezama, que vivió muriéndose de hambre todo el tiempo, ya no se puede defender; Alvarez Bravo se presenta como el discípulo predilecto de Lezama y cuenta lo que le da la gana, porque ya no hay quien lo desmienta.

Alvarez Bravo, según me cuentan, en 1980, aparecía como el encargado principal de los dos tomos del Diccionario de la Literatura Cubana publicado en La Habana por el gobierno revolucionario.

Lo interesante de este Alvarez Bravo es que en el mismo diccionario se apresuró a meterse una ficha de casi cinco pulgadas de largo, hablando de sí mismo. El mismo, por sus santos, etcetera, se metió en la historia de la literatura cubana. Y lo peor del caso es que dejó fuera del diccionario a todos aquellos cubanos que le caían mal porque estaban exiliados. Por ejemplo, dejó fuera a Gastón

Baquero. Lo que son las cosas de la vida, un buen día Alvarez Bravo tuvo que salir de Cuba, no se sabe por que, se convirtió en exiliado, logró colarse en el Herald y hay que ver las cosas que ha publicado del pobre Gastón.

En la ficha que se hizo Alvarez Bravo para su diccionario cuenta que su obra más importante, la única, se llama El Azoro, un librito de versos bonitos. Muy buen título.

Digo esto para que se vea por qué yo no tengo la menor oportunidad de que los críticos de Miami, como el tal Alvarez Bravo, que debe estar muy bravo conmigo, le presten la menor atención a mi libro. Ni hablar de eso. Esta soledad no es del todo mala. Tiene sus ventajas.

Todas estas cosas que yo digo, un poco desordenadamente, van encaminadas a convencerme a mí mismo de que debo publicar el libro. Y debo, además, publicarlo con ese título provisional que le ha dado y que sale de los versos de Manrique. Como se viene la muerte, es un bello título para un viejo de 85 años. El título, en sí, contiene una promesa. Que me estoy muriendo. Un poco de tristeza y otro poco de asco. Después que salga el libro no me queda más remedio que morirme. Sería lamentable que después de tantos trajines, y de tanto prólogo, y de tantas páginas, resultaa que no me muero y que tengo que seguir pensando en la soledad de mi cuarto.

Soy, por consiguiente, un autor que no tiene prensa, no tiene amigos, no tiene dinero, no da fiestas, no presenta libros, no va a la radio a decir nada porque la tienen copada los energúmenos, no va a la televisión porque no le da la gana, y porque no tiene nada que decir ni que exhibir, no está dispuesto a mandarle el libro a nadie con esas dedicatorias rimbombantes que suelen usar mis compatriotas. Y, en última instancia, nada de eso me importa ya. Si publico el libro es porque quiero, humildemente, que algunas pobres gentes jóvenes en Cuba, olvidados de Dios y de los hombres, desesperados porque les han hecho creer que son muy desgraciados, se den cuenta cabal de que las cosas no son como se dice sino diferentes. Que vidas como la mía, con casi medio siglo en el destierro, rodeado de energúmenos por todas partes, asomando la cabeza a la superficie para poder respirar en un ambiente irrespirable, no son la excepción sino lo habitual cuando uno se queda al garete, fuera de su tierra y sin esperanzas.

Aquí termina esta introducción que es algo más que eso. Es un desahogo. Todas las páginas que vienen a continuación son notas sueltas, unas muy cortas, otras muy largas. No se trata de una autobiografía ni tampoco de confesiones. No tengo nada que autobiografiar ni nada que confesar. Son notas sueltas, escritas en diferentes fechas, algunas inspiradas en la repugnancia que me produce el medio en que vivo, que representa la degradación de todo lo cubano. No hay continuidad en las notas. No hay mucha conexión entre unas y otras. Algunas son francamente ridículas, por lo menos aquéllas que se han escapado a la tachadura final. En otras, hay tristeza y a veces indignación. Yo he llegado a ese punto de la vida en que no se siente respeto por nada ni por nadie y no por deficiencia personal sino por la pobreza del entorno. Casi todas las notas giran en torno a mis compatriotas, para llamarlos de alguna manera. Algunas sobre los españoles, que son los que nos legaron nuestras miserias humanas.

El que no entienda que los cubanos hemos tenido un destino trágico precisamente por habernos visto envueltos, por el fatalismo geográfico, en una pugna entre España y los Estados Unidos no es capaz de entender cabalmente el sentido del conflicto cubano. Los cubanos hemos estado en el medio, como víctimas, y terminamos convirtiéndonos en la presa codiciada por los que habían inventado, para su uso particular, la tesis del destino manifiesto. Siempre, a través de nuestra historia, nuestros amos estimularon a los más incapaces, porque eran los más dóciles y manejables, y porque su objetivo era degradar a los cubanos. Y cuando, en 1959, la revolución se lanza a revisar el pasado y a desechar la escoria de la república ficticia (1902-1959) Washington acude a la fórmula, muy inteligente, de acuerdo con sus intereses (porque las naciones solamente tienen intereses) de convertir a la escoria de Cuba, a los desechos del país, a las clases más explotadoras, a los más infelices y manejables, en un fastuoso exilio multimillonario, desarrollado al calor de todas las pillerías y fraudes, y quiere venderle al mundo la idea de que se trata de combatientes por la libertad y la democracia.

Pamplinas. Lo que se ha creado es una mafia feroz que controla, por el dinero, a los políticos americanos, participa en los fraudes electorales, domina todos los sectores económicos y políticos en el sur de la Florida, se involucra abiertamente en el gigantesco fraude para instalar en la presidencia al candidato perdedor; maneja jueces y policías, y, sobre todo, ha corrompido el sentido de las palabras. Ha habido un proceso de inversión de la realidad. Los violadores de los derechos humanos se convierten en jueces de las víctimas. Los culpables de ayer y de hoy se convierten en jueces para juzgar a los inocentes.

Miles y miles de seres humanos que no tenían por qué haber sido desplazados de la isla se han visto arrojados a los caminos del mundo por la infame conducta de los dirigentes americanos en complicidad con los cipayos cubanos. Nuestras vidas han sido destruidas. La relación con nuestros hijos se ha traumatizado. Nos hemos quedado al garete, amenazados por la duplicidad que se ha erigido en consigna moral. Hay una tragedia cubana real, profunda, cuya responsabilidad total no es enteramente atribuible al proceso revolucionario, a pesar de todo el traumatismo que toda revolución lleva aparejada. El peso de la culpa debe recaer, en su mayor volumen, sobre los políticos americanos empeñados en rechazar las reclamaciones cubanas y sobre los cubanos que se han convertido, durante 42 años y dos generaciones, en cómplices de los intereses americanos.

Como indiqué al principio de este prólogo, mi propósito, hace años, fue hacer un libro de mayor envergadura, con miles de fotografías y textos que aclararan, en forma sencilla y clara, la historia de Cuba desde el día en que la convirtieron en una semi-colonia americana, con la complicidad de los elementos dirigentes más importantes de la época, hasta el 1959 en que surge una generación, encabezada por Castro, que se dedica a la tarea de reanudar el proceso independentista que fue interrumpido en 1898 cuando los americanos se lanzaron sobre la isla. No me fue posible llevar a cabo ese plan por razones que ya expliqué. Me he consolado escribiendo un pequeño volumen de comentarios.

Al final de estas notas recojo tres diálogos ante el espejo. Es decir, conversaciones imaginarias con tres hombres, muertos hace muchos años, que fueron espectadores de la tragedia cubana.

Estuve tentado, por un momento, a incluir un diálogo imaginario, frente al espejo, con el propio Fidel Castro. La idea me la inculcó el diablo. Pero la deseché. Habría sido interesante imaginar una entrevista con Castro para revisar, imaginariamente, todo el proceso, porque, en el fondo, yo creo que la ficción, en casos como éste, puede ser más esclarecedora que la historia misma. Me pareció, sin embargo, prudente abstenerme.

Para terminar, quiero dejar constancia de mi gratitud y de mi afecto a dos personas que me han estimulado a escribir este libro. Una, Nelia Barletta, madrina del libro. Otro, Pedro Yanes, amigo de siempre.

L.O.

MADRID, en 1956, era una ciudad triste. Por lo menos para el extranjero, aunque los cubanos nunca nos hemos sentido extraños en Madrid, a pesar de la actitud frecuentemente hostil de las gentes. Digo hostil y tal vez exagero. Es algo más sutil. Hay un trasfondo de resentimiento, a veces inconsciente, en el español en relación con el cubano. Tal vez ocurra lo mismo con los otros extranjeros. No sé si eso ha cambiado algo con los años. Ahora que los españoles son definitivamente europeos es posible que sea peor.

Pero en 1956 uno tenía la impresión de que el español, desde el fondo de su indefensión, bajo un régimen tan sórdido como el de Franco, forzado a aguantar calamidades, estaba indignado con los que iban a España y disfrutaban de las ventajas del cambio de dólares por pesetas. La vida era muy barata para el extranjero. Y había mucha miseria en el país.

Uno de los espectáculos más tristes que yo recuerdo era el del bar de Chicote, que estaba en la Gran Vía. Uno entraba al bar y veía a varias mujeres, muy emperifolladas, tomando un café o una copa, y lo más interesante es que algunas tenían un cochecito al lado, con un niño, y a veces, mientras ellas bebían, el niño chupaba su pomo de leche. Si algún cliente las invitaba a salir, entonces la escogida le llevaba el niño a la mujer que cuidaba los servicios sanitarios y ésta se hacía cargo del crío mientras la madre iba a su faena. Todo estaba previsto. Siempre me pareció que aquello era abominable. La maternidad no juega bien con la putería.

Recuerdo un atardecer, en la Puerta del Sol, o en una de las calles que van a desembocar en la plaza, Juan Bosch y yo nos quedamos embobados mirando una mujer que era la viva imagen de María Félix en sus mejores tiempos. No iba muy elegante, pero lo que le faltaba de vestuario le sobraba de belleza. Yo me despedí de Juan y me puse a seguir a la mujer. Al cabo de un rato estábamos los dos sentados en un bar tomando unas copas y enseguida empezó a contarme su vida.

—Aquí donde me estás viendo hace tres días que he parido un crío... y todavía me arde el culo..., —me contó.

Se movía en la silla buscando una posición cómoda.

—¿Qué pasa?

—Es que tengo el ardor en el culo... Tú no sabes lo que es parir...

Era decente la mujer. Es decir, no estaba buscando nada. Se iba para la calle a caminar porque se ahogaba en la miseria.

—¿Y tu marido qué hace?

—Es un pelmazo, no sabe buscarse la vida y la tiene a una pasando trabajos, y ahora el crío...

Entonces me contó todo lo del parto. Había sido difícil. Me dijo que tenía unas marcas en el vientre a causa del parto y por poco me las enseña allí mismo.

—Yo espero que se me quiten...

—¿Y con quién dejas el niño cuando sales?

—Tengo una hermana que me ayuda.

Entonces empezó a discutir conmigo sobre los riesgos de amamantar al niño. “Tengo miedo que se me caigan las tetas...”

—Pero, hijo, ¿qué he de hacer?

Fue una experiencia inolvidable. Una mujer tan bella, con un aspecto tan fino, con una elegancia natural en el andar y hasta bien maquillada, pero en cuanto abría la boca y empezaba a contar el parto, a maldecir del marido, a expresar sus temores sobre las tetas, se derrumbaban todas las ilusiones. No había nada que hacer. Uno se llenaba de pronto de un sentimiento de compasión por el hijo y por la pobre madre, que todavía tenía, según ella, el culo adolorido, y no sabía que hacer. Un poco más y se echaba uno a llorar.

—Quiero hacerle un regalo a tu niño...

—¡Pues nada, hijo, que yo te lo agradezco!

Y entonces le regalé unas pesetas para que le comprara una cunita al niño. Ella se fue tan contenta. Yo me quedé muy abatido. Me sentía un poco culpable, sin saber de qué.

Hace pocos se ha conmemorado en Miami otro aniversario de la fracasada expedición de Bahía de Cochinos. La fecha ha pasado un poco por debajo de la mesa. Aunque siempre quedan grupos que siguen hablando de “la gesta heroica”; lo cierto es que los años han servido para ir moderando el entusiasmo. Lo que Theodoro Draper describió como “el perfecto fracaso” ha sido debidamente racionalizado por los americanos, que no han vacilado en reconocer sus culpas. El **Informe Kirpatrick**, que se dio a conocer recientemente, después de haber sido sepultado durante muchos años, revela claramente la disposición de los Estados Unidos, desde el principio, a reconocer sus errores. Las memorias de Richard Bissell, publicadas en 1996 con el título de *Reflections of a Cold Warrior* son muy sobrias y honestas. El hombre que manejó desde la CIA todos los aspectos del plan para invadir a Cuba no ha vacilado en confesar todos los errores que cometió. Y hay que admitir que Bissell (que murió en 1994) escribe sus memorias con una sobriedad sorprendente. No se excusa en ningún momento. Acepta sus culpas con gran ingenuidad.

Los que no salen muy bien de las memorias de Bissell son los dirigentes cubanos de la expedición. Tampoco el presidente Kennedy, siempre vacilante y ansioso de recibir recomendaciones de los miembros de su gobierno. Bissell se refiere a los cubanos como gentes que competían unos contra otros para recibir fondos y apoyo de los americanos y exageraban el respaldo que tenían dentro de la isla.

Es cierto lo que dice Richard Bissell. Aquellos cubanos que dirigían el Frente Revolucionario y luego el Consejo, presumían, cada uno, de tener un ejército particular en Cuba que se alzaría tan pronto la expedición tocara tierra. Eso siempre ha sido así a través de la historia de la isla. Narcizo López que no fue otra cosa que un agente americano a mediados del siglo pasado, y que perdió la vida en su empeño para arrancarle la isla a España con el propósito de unirla a los Estados Unidos, fue el primero que se dejó ilusionar con la idea de que bastaba desembarcar en Cuba para provocar un alzamiento general. López desembarcó varias veces, con personal americano, y nadie lo secundó. Curiosamente, más de cien años después, en 1961, todos los sesudos analistas de la CIA, con Bissell a la cabeza, y los del Pentágono, y los de la Casa Blanca con una ignorancia absoluta de la historia de la infortunada isla, repitieron el mismo error. Es decir, el propósito de la expedición que desembarcó en Bahía de Cochinos, fue establecer una cabeza de playa, mantenerse en ella durante un tiempo, llegar hasta formar un gobierno allí, y esperar a que el país entero se volviera contra Castro. Santayana dijo algo que se ha repetido mucho a través del tiempo y es que **los que ignoran la historia se condenan a repetirla.**

De las memorias de Bissell se desprende que los americanos no estaban muy seguros de los disparates que decían los cubanos y de las historias que hacían sobre los hombres que tenían en Cuba listos para alzarse, pero es posible pensar que Bissell, en aquellos días, se dejó engatusar por los cubanos, aunque después del fracaso pudo recapacitar. Los que presenciamos todo aquel tejemaneje de los cubanos en los años 1959, 1960 y 1961, sabemos que los dirigentes (para llamarlos de algún modo) estaban perfectamente enterados de que no habría alzamiento, y sabían que la opinión pública cubana, todavía en 1961, estaba en un 90 por ciento al lado de Castro, y que todas sus esperanzas estaban puestas en el desembarco de los **marines** y en el bombardeo de los aviones americanos. Es decir, confiaban en que todo el poderío militar americano caería sobre Cuba y sobre Castro y los brigadistas no serían otra cosa que un elemento auxiliar en la ocupación.

Lo que fracasó en 1961, el 17 de abril, no fue, en realidad, la brigada entrenada por los americanos. Esta, integrada, en su mayoría por gentes inocentes que no sabían lo que estaban haciendo, cumplió su misión y peleó con decencia y coraje. Lo que fracasó fue la siniestra conjura de los supuestos dirigentes políticos cubanos que estaban en aquel negocio y que confiaban en que los americanos “no podían tolerar un régimen comunista a 90 millas de sus costas y que, por consiguiente, acabarían con Castro, fuera como fuera”. Y, por supuesto, esperaban ser instalados en el gobierno de la isla para seguir mangoneando la cosa.

Era algo, que estaba grabado en la mentalidad política del cubano desde la ocupación militar de la isla en 1898, y tal vez antes. Cuba era, simplemente, un protectorado, una colonia disimulada. Lo de Bahía de Cochinos fue una trampa que le tendieron los cubanos de 1961 a los americanos para embarcarlos en un

esfuerzo militar, en gran escala, que daría al traste con la revolución. Fracasó la trampa porque Kennedy no se dejó arrastrar a la confrontación directa y simplemente “los llevó hasta la playa” y los dejó allí. Por eso siempre han acusado a Kennedy de haberlos traicionado. Todavía, 40 años después, los locutores cubanos de Miami siguen exigiéndoles a los americanos “que se pongan los pantalones” e invadan a Cuba.

Fue una experiencia muy dolorosa. Hubo 114 muertos en la Brigada y casi 1800 muertos y heridos en el lado cubano. Fue algo que no debió ocurrir. Los americanos, por supuesto, demostraron una ingenuidad asombrosa al dejarse embarcar por los cubanos en una empresa disparatada, condenada al fracaso. Sin duda, con pocas excepciones, los americanos que participaron en aquellos planes demostraron poca capacidad política. Richard Bissell cuenta las mil y una reuniones que hizo Kennedy pidiendo opiniones sobre la efectividad del plan. Y ni siquiera uno tuvo el coraje, o la inteligencia, de preguntar por qué era necesario invadir a Cuba. “¿Por qué tenemos que acabar con Castro y la revolución si el 90 por ciento del pueblo lo está apoyando?”, era la pregunta que habría sido necesario hacer en aquel momento.

Pero perdían el tiempo discutiendo por dónde desembarcar.

YO NACI EN EL AÑO 1916 en una calle que se llamaba Maloja, en el mismo centro de La Habana. Fui el quinto hijo de mis padres. Mi padre había llegado a Cuba allá por el año 1870 y era oriundo de Las Palmas, de la isla de Gran Canaria. Había conocido a mi madre en la Isla de Pinos, al sur de Cuba. Probablemente, se casaron hacia el año 1900. Ella tendría entonces unos 20 años. Después de Maloja, que todavía existe, mis padres se mudaron para la calle Corrales casi esquina a Revillagigedo, muy cerca de la calle Maloja.

Esta casa de la calle Corrales fue muy importante en mi educación. Era una calle estrecha y sucia, y nuestra casa estaba casi llegando a la esquina. La casa tenía dos ventanas que daban para la acera, y una de las ventanas venía quedando casi frente a una bodega. Al lado de mi casa creo que había una carbonería. En aquellos años casi todo el movimiento de carga se hacía mediante carretones tirados por mulas. A veces eran dos mulas, otras veces dos parejas de animales. Y hasta tres. La idea de que los españoles se habían ido de Cuba después de la derrota del 98 es completamente falsa. Cuba siguió siendo española de algún modo. Todos los bodegueros eran españoles. Los carboneros también. Los conductores y motoristas de los tranvías eran españoles. Casi todos los policías, y los carteros, y los lecheros, los dependientes de los establecimientos de telas y los sastres, los que manejaban los coches de caballos y los primeros automóviles que empezaron a circular eran hispanos. España, en realidad, nunca se fue de Cuba. El caso del padre de Fidel Castro es típico. Fue repatriado con el ejército español en 1899, pero al poco tiempo regresó a Cuba y se estableció en Birán, donde nació el propio Castro. Los criados de las casas ricas solían ser españoles. Los dueños de restaurantes, en su mayoría eran también españoles. Salvo la política y sus fraudes, todo estaba en manos de los españoles. Lo mismo ocurría con las escuelas privadas, especialmente las religiosas. La idea de que los cubanos ganaron la guerra es utópica. El Gobernador Leonardo Wood, según se cuenta, llamó a los españoles más representativos a su oficina y les dijo: “Ustedes se quedan en este país y no tengan miedo. Esta es su tierra y aquí deben seguir, y siempre tendrán todas las garantías”. El periódico que más defendió el gobierno de Wood fue, precisamente, el *Diario de la Marina*. De hecho, hubo una alianza entre americanos y españoles para mantener a raya a los cubanos. Eso empezó a cambiar en el año 1933 cuando Grau San Martín, que era muy español, por cierto, impulsó la ley del cincuenta por ciento obligando a todos los comercios e industrias a tener mitad de españoles y mitad de cubanos.

Pero yo estoy hablando de la ventana de la calle Corrales, que fue mi primer contacto con el mundo. La única distracción de un niño de cuatro o cinco años era, precisamente, pararse en la ventana. Yo estaba todo el día en aquella ventana. Fue, en realidad, el belvedere de mi primera infancia y allí aprendí de todo. En la bodega de enfrente, a pocos pasos de mi ventana, se instalaban, desde temprano, los bebedores a

tomar la mañanita, jugar al cubilete y hacer los comentarios más procaces del mundo. Yo era todo oídos.

—¡Dale, hijo de puta, que te voy a matar con tres seis!— gritaba un gallego o asturiano.

—¡Mierda! ¡La puta de tu madre, que me jodiste, pero ahora viene la otra!

Y en este estilo tan culto se desarrollaba toda la mañana.

Luego, la fila de carretones, manejados por españoles de aspecto brutal. Al llegar a mi ventana tenían que parar para evitar un choque en Revillagigedo.

—¡Para, cabrona, que te voy a romper el culo!— gritaba el hispano para obligar a las mulas a detenerse.

Era un destile interminable de carretones, manejados por gallegos, asturianos, andaluces, vascos, y pare usted de contar. Todos tenían un estrecho lazo de compenetración con sus mulas y se entendían con ellas a base de improperios y latigazos. Hispanos y mulas eran casi iguales. La única diferencia era que uno estaba en el pescante y las otras estaban abajo, amarradas, y en forma horizontal. Me recuerda la definición de Ortega y Gasset del toreo: dos animales, uno vertical y otro horizontal.

Allí, en aquella ventana al mundo, se empezó a formar mi vocabulario, con los borrachos de la bodega, los carretoneros, los cocheros, los negros que se reunían en la esquina a lanzar coños y carajos, las putas que pasaban por la acera. Y el niño que era yo, aferrado a los barrotes de la ventana, iba absorbiendo la atmósfera del país. Mis padres, preocupados por tantos hijos que tenían, seis en total, no podían ocuparse mucho de la educación de los menores.

Pero había algo más. En aquella esquina de Corrales y Revillagigedo, no sé por qué razón, se celebraban todos los mítines políticos, que eran deliciosos. La política, es decir, la válvula para el robo y el pillaje, era la única actividad que había quedado reservada para los cubanos. Los partidos funcionaban con mítines en las esquinas. Y en mi esquina rara vez pasaba una semana sin un mitin. Para mí aquellos espectáculos eran maravillosos. Primero, por la tarde, venían unos tipos y llenaban la esquina de papelitos de colores que colgaban de unos cordeles. Traían una especie de tribuna. Y se llenaba el ambiente de un aire de fiesta que me llenaba de emoción. Por la noche, temprano, comenzaba el mitin. Se llenaba la esquina de negros y blancos y entonces se encamaraba un tipo en la tribuna y empezaba a desgranar conceptos que a mí me parecían muy hermosos aunque no los entendía. La concurrencia aplaudía. Y a veces cargaban al orador, que por lo general era un mulato. Liberales y conservadores de aquella época, años 20, solían hablar muy bonito y modulaban la voz como si fueran artistas y nombraban mucho a un tipo que yo todavía no conocía y que se llamaba Martí. Luego, años más tarde, descubrí que Martí era el Apóstol y que liberales y conservadores se consideraban herederos de su ideario. Lo que más me gustaba eran los voladores. Se pasaban varias horas tirando voladores. Siempre he soñado con poder tirar un volador. Es un anhelo de la niñez que nunca he podido satisfacer. Otra cosa que nunca he podido olvidar son los mojones que iban dejando los mulos por el camino. Al llegar a la esquina, como tenían que parar, aprovechaban para hacer sus necesidades. Ver cagar a un mulo es una experiencia inolvidable. Me da vergüenza confesarlo, pero el olor que iban dejando los mulos en aquella calle llegó a serme agradable.

ERA EL 13 DE ENERO de 1997. Estábamos ansiosos por saber el resultado de la prueba que le habían hecho tres días antes. Era de noche. Yo estaba tratando de localizar al médico, pero no lo encontraba. Yo trataba de calmarla: “Si fuera algo realmente grave el médico nos habría llamado ya”. En el fondo yo no creía lo que estaba diciendo. Tal vez ella tampoco. La experiencia nos había enseñado que casi todos los médicos de Miami, sobre todo los cubanos, son gentes encanalladas por el dinero. Son muy pocos los que son capaces de llamar a un paciente, aunque descubran que se está muriendo.

Esa noche acudí al pretexto de la emergencia. Le dije al telefonista que se trataba de algo urgente. Al cabo de media hora, llamó el médico. “¿Qué pasa?”, me preguntó. “Es que yo quisiera saber el resultado de la prueba que le hizo a mi esposa”. No hubo respuesta. Probablemente estaba pensando. Por último

me dijo con von indiferente: “Es cáncer en el hígado”.

Olga me miraba con ansiedad. Trataba de indagar en mis ojos cual era la respuesta. Yo quería llorar. Pero no podía.

—¿Es malo, verdad?— me preguntó.

—Sí, es malo...

Ella no lloró. Yo tampoco. Creo que aquel fue el momento más triste de mi larga vida. Era como una condena a muerte.

Pero no quise darme por vencido. No podía derrumbarme.

—Mañana mismo nos vamos para la Habana a ver los médicos de allá... —le dije.

Después ella se sentó en su sillón y empezó a escribir. Tenía una gran placidez en el rostro. No estaba nerviosa. Siempre, después, pensé que ella podía enfrentarse valerosamente a la muerte porque no tenía nada de que arrepentirse. Es raro encontrar un ser humano que no tenga nada de que arrepentirse. Ella había sido siempre muy rigurosa consigo misma. Se lo había exigido todo y nunca nos exigió nada a mí y a sus hijos. A nadie.

Entre aquella noche y el 13 de mayo (otro trece), día de su muerte, ella escribió muchas páginas que pude examinar después.

Empezaba así:

“Mi gran poder de Dios: sólo tú sabes si podré terminar los proyectos contenidos en esta libreta, pues mi salud es bastante precaria. Yo acepto con humildad y resignación lo que Tú quieras mandarme, ya que sólo Tú sabes lo que cada persona merece...”

“Hoy, lunes 13 de enero de 1977, mi León pudo hablar, al fin, con el gastroenterólogo (omito el nombre) y este le dijo que el *scan* había dado que tenía cáncer en el hígado...”

Tres días mas tarde volamos a La Habana. Estaba muy animada. No esperaba un milagro. Yo tampoco. Pero le gustaba ir a Cuba. Era como si se fuera a despedir de su tierra. Quiso ir al cementerio para ver la tumba de su madre. Dos médicos la examinaron en el hospital y confirmaron el diagnóstico. Pero se sentaron con nosotros en un pequeño salón y trajeron café y jugos y trataron de darle consuelo. “Lo importante es evitar el dolor”, nos dijeron. Durante la prueba nos rodearon varios médicos y estudiantes silenciosos. Los médicos parecían más entristecidos que la paciente. Lo cual me cofirma mi sospecha de que un médico puede conservar la sensibilidad si no enloquece con el dinero.

Ella siguió escribiendo en su libreta, con mano firme. Y el 24 de enero contaba lo siguiente: “Desayunamos en el restaurante del primer piso. Me llegaron unas flores con una tarjeta de Fidel Castro. Más tarde el hotel me envió una bandeja de cortesía con frutas, queso, agua mineral, etc. y me pusieron la mesa muy bien...”

Tenía un fuerte dolor en el vientre. Pero no fue posible encontrar la medicina que le habían recetado los médicos. No se encuentran las medicinas en Cuba.

Ya el 27 de enero estábamos de regreso en Miami. Y ella siguió haciendo sus anotaciones diarias. Tuvimos que caer otra vez en manos de los médicos de Miami. Esta vez se trataba de oncólogos. No guardo buen recuerdo del médico que la atendió. Es uno de los que más propaganda se da en Miami. Habla continuamente por la radio y aparece en las páginas de los diarios. Este presume de humanitario.

Todo lo anotaba en su libreta. Las gentes con las que hablaba. Lo mucho que le dolía el vientre. Las cartas que escribía para despedirse de sus amigas. Lo que se deberían hacer con sus cosas cuando llegara la hora de la muerte.

—Dentro de poco ya yo no estaré en este mundo... —me decía.

La última página tiene fecha 25 de abril. Comienza con unas líneas casi ilegibles. Ya estaba perdiendo el pulso. Ya se le caía la pluma de la mano. Es difícil entender lo que dice en la última línea. Se corre la pluma. Se cae. Empezaba ya la agonía, que iba a durar hasta el día 13 de mayo, al mediodía Fue un martes.

Yo no puedo hacer literatura con la muerte de Olga. Lo que hago es dejar constancia escrita de una muerte hermosa y valiente. Lo que queda después (por el poco tiempo que va a durar) es el vacío. Cenizas entre los dedos, como dije. Y el horror de admitir que no supe aprovechar las semanas y los

meses que esperé la muerte a su lado para pedirle perdón. Para decirle todo lo que la quería. Dos años y unos meses después de su muerte yo estoy a punto de recorrer el mismo camino que ella transitó con tanta entereza.

ANDRES RIVERO AGÜERO, que era un hombre inteligente y que no sé por qué se metió a batistiano, me ha contado cosas muy curiosas de los preparativos del golpe de estado del 10 de marzo de 1952.

—¿Tú estabas en el golpe?

—Sí, y no, estaba convencido, por lo que me había dicho Batista, que ciertos elementos lo estaban empujando a dar un golpe. Especialmente los americanos. Nunca Batista se confió enteramente a mí. Siempre mantenía algunas cosas en secreto. De modo que yo estaba consciente de que no le quedaba otra alternativa...

El sábado 8 de marzo, por la noche, Batista estaba acostado en la cama que tenía en un cuartico al lado de su oficina, en la finca Kuquine, y le explicaba a Rivero que tenía algunas dudas sobre la conducta del vicepresidente Alonso Pujol.

—Lo ideal sería que Carlos Prío renunciara y le dejara abierto el camino al vice para sustituirlo... —decía Batista.

—¿Y es posible que Prío renuncie? —preguntaba Rivero.

—Parece que sí. El hombre está agotado y, además, tiene el temor de que va a ser muy perseguido si los ortodoxos llegan al poder. Pero es un hombre vacilante. No sabe tomar decisiones.

Era obvio que Batista había encontrado algunos *mediadores* que habían conversado con Prío. Posiblemente, Anselmo Alliegro, que había sido muy buen amigo de José Manuel Alemán y hasta le había hecho favores a Prío en otros tiempos.

—Lo que no quiere Prío es renunciar y dejar el cargo vacante. Eso le traería muchos problemas con sus amigos, que se volverían contra él... —decía Batista.

—Vamos a poner a Saladrigas de Primer Ministro... Si el gordo accede a ocupar la presidencia se mantiene el orden constitucional.

—Yo creo que Saladrigas no va a aceptar. Tiene miedo a todo. —dijo Rivero. —No va a ser fácil armar un gabinete con tanta gente pendeja...

—¿Y qué pasaría si el gordo Alonso no aparece a la hora de que tenga que tomar posesión? —preguntó Rivero.

—Es un problema... Pero debemos actuar y después veremos lo que se hace...

Y entonces Batista y Rivero Agüero se pusieron a revisar los nombres de posibles ministros. Todas las gestiones que se habían hecho sondeando algunos personajes habían fracasado. Era natural. Ninguno quería comprometerse antes de saber si el golpe iba a triunfar. Por si acaso.

Era evidente que el presidente Prío, ansioso de abandonar el cargo, no era capaz de tomar una decisión. Era necesario empujarlo. Lo que quería Prío era dejar atrás un gobierno que no lo persiguiera por los desmanes que había cometido en el gobierno.

Hubo casos interesantes. Un tal Sogo, que era teniente o capitán, se había comprometido a participar en el golpe. Pero dos días antes fue a ver a Félix Lancías y denunció el plan de Batista. Lancías fue a ver al presidente y le explicó lo que pasaba con Sogo.

—No le haga caso, ése lo que quiere es un ascenso...

Prío estaba decidido a rechazar todas las denuncias que se le hicieran. Estaba dispuesto a no creer en ningún golpe. En el fondo, según Rivero Agüero, lo que quería Prío era que le dieran un golpe para

salir de palacio con una excusa. Y para no ser perseguido.

El 9 de marzo por la tarde Sogo se fue a ver al capitán García Tuñón y denunció el plan golpista. Sogo no sabía que Tuñón estaba en el golpe. Lo gracioso de todo esto es que cuando Sogo vio que el golpe se daba, de verdad, dio marcha atrás y se declaró golpista. Y llegó a coronel. Y cuando cayó el gobierno de Batista regresó a su verdadero oficio, que era el de barbero. Dicen que Sogo era un buen barbero.

En 1936 yo empecé a trabajar en un diario que se iba a llamar *Frente*. El director, y dueño de todo era un personaje extraordinario llamado Lucilo de la Peña. Yo no conozco su historia anterior a aquel año, pero debió ser sorprendente. Era amigo íntimo del entonces Coronel Fulgencio Batista. Lucilo tenía el estilo más emperifollado del mundo. Lo había perfeccionado hasta el punto de que nadie lo entendía. Eso le producía una gran satisfacción. Quiso montar el periódico más grande del mundo. Compró una manzana entera de casas en la calle Luz esquina Compostela. Compró varias rotativas y no menos de 60 linotipos. Llenó los almacenes de papel. Puso un letrero lumínico enorme encima del café Vista Alegre, en San Lázaro y Belascoaían. Era un encanto aquel letrero. Todos los que venían por San Lázaro, en dirección a Belascoaían, se quedaban maravillados viendo aquel enorme letrero que anunciaba la próxima salida del diario más grande del mundo. Sería un tabloide y tendría 80 páginas, muchas en colores. Lucilo había contratado a los periodistas más importantes de toda la isla. Era un cuerpo de redacción de una calidad insuperable. Y excesivo. Tenía tres jefes de redacción y tres jefes de información. Y tres jefes de cables. Y cinco reporteros de policía. Y cuatro editorialistas. Y una legión de correctores de pruebas. Lo mejor del periodismo cubano se congregó en torno a Lucilo para hacer el mejor periódico del mundo. Yo logré entrar a trabajar en el periódico con el sueldo asombroso de diez pesos semanales y era auxiliar de los reporteros de policía. Además, era auxiliar del archivero.

Yo estaba encantado. Puesto que no podía ser otra cosa yo iba a ser periodista. Y me deleitaba contemplando aquel enorme lumínico que anunciaba la salida del diario. Iba a salir el 20 de mayo de 1936, el mismo día en que Miguel Mariano Gómez debía tomar posesión de la presidencia de la república. A los veinte años yo era tan ignorante que aquello me parecía una república y Miguel Mariano Gómez, creía yo, tenía el aspecto de un presidente. Hasta Lucilo me daba la impresión de que era un gran periodista. Y yo miraba con admiración a todos aquellos periodistas que estaban preparando la primera edición del gran diario de la mañana. Los otros periódicos de La Habana estaban, al parecer, aterrorizados.

Mi hermano Raúl era uno de los tres jefes de información y fue el que me metió como auxiliar de policía. Desde el mes de marzo de 1936, todo el personal empezó a cobrar sueldos. Todos estábamos trabajando para el primer número, que saldría en la mañana del 20 de mayo, justo en los momentos en que Miguel Mariano iba a tomar posesión.

Fueron días inolvidables. Todos los comercios de los alrededores nos abrieron crédito. Una sastrería de la calle Obispo me abrió crédito para habilitarme de ropa. Por primera vez en mi vida, experimenté la extraña emoción de entrar en un establecimiento de ropa y comprar de todo. Dos trajes, camisas, pantalones, medias, pañuelos, de todo. La cuenta que firmé era asombrosa. Creo que pasaba de 120 pesos. Todos los cafés y restaurantes de los alrededores del gran diario empezaron a fiarle al personal. Era un encanto. Uno invitaba a un amigo y al final le decía al mozo: "¡Eh, tú, apunta eso!"

Lucilo, que iba a ser senador y hasta presidente del Senado de la República, recorría todos los días los salones de la redacción y nos daba palmadas en la espalda y nos hacía chistes. Bendito sea Dios, que hombre tan amable.

Llegó, por fin, el 19 de mayo. Se anunció por todas partes la salida de *Frente*. Se movilizaron los vendedores. Estuvimos acuartelados desde el 18 preparando la primera edición. Yo, que era auxiliar de policía, me pasé todo ese tiempo llamando a las estaciones de policía preguntando si habían matado a

alguien y disfrutando del placer de tratarme de tú por tú con la policía, cosa que me hacía sentir muy importante. Hasta me habían dado un carnet.

El 20 de mayo por la mañana salió a la calle el primer número de *Frente*. Fue una cosa triunfal. Nunca he visto un diario mejor hecho ni con mejores artículos. Estábamos entusiasmados.

Esa misma noche, antes de empezar a preparar el siguiente número, se apareció Lucilo de la Peña en la redacción y reunió a todo el personal, que era numeroso.

—Señores, tengo que darles una mala noticia y es que *Frente* no sale más... Ha muerto al nacer.

Es inútil que lo diga. Se hizo un silencio sepulcral como suelen decir los novelistas. Se oía volar una mosca. Nadie decía nada. Lucilo tenía el rostro contraído por la amargura. No dio ninguna explicación. Se despidió enseguida.

Uno a uno, en silencio, fuimos abandonando el edificio. Nadie decía nada. Nadie se quejaba. La profesión de periodista, en aquellos tiempos, en Cuba, era heroica. El hambre y la desolación eran las compañeras inseparables del periodista. Los sueldos eran de miseria. Los periodistas, en aquella época, no tenían automóviles. Viajaban en tranvía. Muchos de ellos con los pases que repartía Frank Steinhart, el presidente de la compañía de tranvías, que me imagino que era el hijo de aquel otro Frank Steinhart que vino a Cuba con el ejército americano en 1898 y que se convirtió en el hombre de confianza del General Wood.

Recuerdo que mi hermano Raúl, para no perder la costumbre, resolvió el problema que se le presentaba de un modo original. Estuvo tres días bebiendo para olvidarse de *Frente*.

Años más tarde, mucho más tarde, yo traté bastante a Lucilo, que ya no era personaje. Mantenía la propiedad de aquel enorme taller de *Frente*, pero había abandonado todas sus aspiraciones de hacer un gran diario. Era un viejito de cabeza muy grande, de pelo blanco, muy cordial, que daba saltos por los corredores de la Asociación de Reporters. Ya no escribía nada. Cada vez que oía hablar de un duelo Lucilo se ofrecía como experto en esos lances. Se contaba de él que en cierta ocasión, hablando con Batista, le había dicho que le dolía la cabeza. Y Batista, contemplando la enorme cabeza de Lucilo, que era famosa, le preguntó **si le dolía toda**. Era un cuento que a Lucilo le proporcionaba cierta satisfacción.

Una vez, recuerdo, le hice una pregunta a Lucilo:

—Dime, ¿qué coño fue lo que te pasó con *Frente*?

—¡Nada, viejo, que el mulato Batista me había prometido una subvención bastante grande para poder hacer un periódico del tamaño que yo quería hacer y a última hora se me apareció con una basura y le dije que de eso nada!

Esa era la tragedia de la prensa en Cuba. Con muy contadas excepciones, entre las cuales hay que destacar a *Bohemia*, las empresas periodísticas en Cuba sobrevivían gracias a las subvenciones del gobierno.

El periodismo no era, en realidad, una profesión lucrativa. Era un sacerdocio, como solía decir Pepín Rivero. Uno entraba en el periodismo como quien entra en un convento. Por vocación. Yo entré en ese modo de sacrificio con entusiasmo y terminé, en 1953, con un teniente de la policía borracho que me ras-trillaba la pistola apuntándome al corazón..

ESTUVE LEYENDO, o releiendo, la renuncia de Miró Cardona a la presidencia del famoso Consejo Revolucionario. Eso fue en abril de 1963. Han pasado 37 años. Toda la argumentación de Miró, que era un abogado hábil en el manejo de las palabras, gira en torno a la **obligación** que tenían los Estados Unidos de liberar a Cuba de la tiranía de Castro. Relata todas las gestiones que hizo, todas las entrevistas que tuvo en Washington, todas las promesas que le hicieron, y al final se confiesa decepcionado. Inclusive, cita la Resolución Conjunta del Congreso, de abril de 1898, en la cual se reconocía la independencia de Cuba. Y la cita como si aquel documento obligara a los Estados Unidos a liberar a Cuba,

omitiendo, por supuesto, toda referencia al hecho de que aquella Resolución fue inmediatamente violada por los Estados Unidos.

Ahora bien, leer esto, después de tantos años, resulta interesante. Miró expresa muy bien el pensamiento de los cubanos de Miami. Y lo hace en abril de 1963, unos meses antes del asesinato de Kennedy. ¿Hasta qué punto ese pensamiento de entonces, expresado por Miró, y que contiene discretamente una acusación contra Kennedy por haber **traicionado** a los cubanos, pudo haber influido en la muerte de Kennedy? Mucho se ha hablado de la participación de algunos cubanos en el crimen de Dallas. Si se advierte el espíritu que prevalecía entre los cubanos de entonces hay motivos para sospechar de esa participación cubana.

Es curioso cómo los cubanos han falsificado la realidad. Sobre unas cuantas nociones falsas han construido un verdadero monumento a la idiotez. Si establecemos como un hecho (también rebatible, si se quiere) que Fidel Castro hizo una revolución en 1959 para independizar a Cuba de los Estados Unidos, ¿no es obvio que ya no es necesario **liberar** a Cuba de nada? La revolución, realmente, separó a Cuba de la tutela americana. Cumplió su misión. Todo movimiento que se haga contra la revolución y contra Castro tiene que ser, necesariamente, definido como otro para re-implantar la dominación americana en la isla. No es una acción. Es una reacción. No es una liberación sino todo lo contrario. Esta argumentación se cae si uno arranca de la idea de que Cuba está esclavizada y ha sido sometida a un poder extranjero, los soviéticos, que ya no existen, y se insiste en que el sistema comunista es radicalmente perverso y justifica todo lo que se haga para destruirlo. ¿Pero cómo se demuestra que eso es así, si, en la práctica, al cabo de los años, ha desaparecido la Unión Soviética, Cuba no está sometida a una potencia extranjera (nunca lo estuvo, en realidad) y la revolución sigue en pie a pesar de la profunda crisis económica que vive la isla?

Lo concreto es que Castro independizó realmente a Cuba de los Estados Unidos. Es un hecho. Puede no gustarnos, pero es así. La acción de los cubanos por **deshacer esa independencia** no puede explicarse más que de un modo. Esto es, como un servicio a los Estados Unidos.

En esto radica el callejón sin salida de los cubanos del exterior. Están liberando un país que no necesita ser liberado. Están trabajando, y lo han estado siempre, como agentes de los intereses americanos. He aquí por qué el movimiento anti-castrista se ha esterilizado. Porque no tiene una tesis correcta. Mejor habría sido que sinceraran, desde el principio, el sentido que tenía la oposición a la revolución. “Yo estoy en contra de Castro y la revolución porque me da la gana y porque no me conviene ni creo que ha sido necesario hacer una revolución”. Y punto.

El poeta Mallarmé pronuncia una conferencia, y al final se le acerca un periodista y le pide una copia para poder publicar una información al día siguiente. “Mejor no, déjeme unos días porque tengo que revisarla para introducirle un poco de misterio”, le dice el poeta.

En ese toque de misterio reside el secreto de la prosa. Y, sobre todo, la dosis. Lezama se envolvía en siete velos para decir sus cosas, y al final parecía un poco ridículo. Inclusive hasta en el hablar cotidiano Lezama andaba entre velos. Al otro extremo, yo me siento ridículo cuando narro algo y voy directo a las cosas para narrar. Me influye un poco, es cierto, Baroja. Luego, al releer, tengo la sensación de que falta algo. Lo que falta, claro, es ese poco de misterio, ese tono evasivo de insinuar las cosas y no decirlas. En el fondo, lo que ocurre es que el periodismo, el ejercicio durante años del periodismo, el hábito de pensar en términos de artículos, de información, cierra el paso a las vaguedades. Y no puede haber literatura sin vaguedad.

Ahora bien, si uno se inventa un misterio y una vaguedad para simular literatura donde no la hay, el riesgo, precisamente, es el de la falsificación. Es decir, la inautenticidad. Le he dado muchas vueltas

a este tema, durante años. Pocas gentes se resisten a la tentación del estilo evasivo. Pocos se lanzan a la narración pura y simple, sin rodeos. Lo que ocurre es que en este caso uno no puede ser el lector de sí mismo, so pena de sentirse defraudado. No se puede releer uno mismo. Hay que contar, tal como sale, y seguir adelante. La legitimidad es lo más importante. El artificio está bien para los que han practicado el sistema durante todas sus vidas y le es propio.

El 20 de mayo de 1902, en los momentos en que se inauguraba la nueva república de Cuba y mientras el júbilo popular se desbordaba por las calles, comenzaba a circular una edición de *El Fígaro* que contenía un sobrio artículo de Juan Gualberto Gómez en el cual se analizaban las graves consecuencias que había tenido para Cuba la muerte de José Martí en el año 1895.

Juan Gualberto había tenido una estrecha relación con Martí y conocía mejor que nadie las ideas que lo habían guiado a la fundación del Partido Revolucionario Cubano y era uno de los hombres más capacitados para hablar de los propósitos iniciales de la revolución del año 1895.

Este artículo de Juan Gualberto revela muy bien cual ha sido el drama de Cuba desde los comienzos de la república. El fracaso de la revolución del 95, organizada por Martí, ha tenido una influencia muy grande en el tortuoso proceso histórico cubano.

Una de las ideas directoras del movimiento del 95 se basaba en buscar la independencia de Cuba sin estimular el odio al español. Martí quiere a Cuba libre, pero evita el grito de “muerte al español”. Es decir, el quiere contar con el español para la fundación de la república. La segunda idea de Martí era la de evitar la intervención de los Estados Unidos en el conflicto cubano. Se trataba de un problema entre cubanos y españoles y era necesario evitar la intervención del país del norte. Martí quería el apoyo de los países del sur, de origen latino.

“La muerte de Martí dio al traste con la mayoría de sus proyectos”, escribía Juan Gualberto Gómez. El prestigio de que disfrutaba Martí en toda la América era un elemento indispensable para el desarrollo de sus planes. Muerto él, no quedaba nadie que pudiera seguir adelante con el proyecto.

Muerto también Antonio Maceo, a fines de 1896, la situación fue aun peor. De hecho, el destino de Cuba quedó en manos de dos hombres que se llevaban muy bien: Máximo Gómez y Tomás Estrada Palma.

He aquí un párrafo importante del artículo de Juan Gualberto:

Residiendo en los Estados Unidos el núcleo principal de los revolucionarios emigrados, y no cuidándose nadie de señalar el peligro de la injerencia yanqui, el espíritu de la revolución se desvió de su cauce primitivo, y llegó un momento en que todos los elementos cubanos del exterior volvieron los ojos a la Unión Americana. La delegación en Nueva York, desde luego, puso en ella buena parte de sus esperanzas:

Es decir, la delegación en Nueva York estaba en manos de Tomás Estrada Palma. Juan Gualberto señala el hecho de que cuando en el año 1898 se estaba gestionando que el Congreso americano reconociera la beligerancia de los cubanos, cosa que hubiera sido importante para el destino de Cuba, Estrada Palma, desde la Florida, dijo que la beligerancia no bastaba y que lo importante era la *intervención americana...*

Y sigue diciendo Juan Gualberto:

Y una vez que se acordó la intervención por el Congreso de los Estados Unidos, primero toleró y después ordenó, en circular del Secretario de Guerra, señor Méndez Capote, que las fuerzas cubanas se pusieran a las órdenes de las de los Estados Unidos, sin exigir garantías ni obtener siquiera explicaciones:

Los que estaba tratando de decir Juan Gualberto Gómez, con su estilo sobrio y discreto, es que la

república mutilada que se estaba estrenando el 20 de mayo de 1902, era la consecuencia de la frustración del proyecto de Martí. Al morir las dos figuras más importantes de la revolución, es decir, Martí y Maceo, los dos que emergen al mando del movimiento son Máximo Gómez y Tomás Estrada Palma. Y estos dos hombres son los que ponen en manos de los americanos el destino de Cuba. Desde la perspectiva de los años, se puede ver la tremenda importancia que aquella conducta tuvo para el proceso histórico cubano.

Dos meses después de la muerte de Maceo, esto, es, el 9 de febrero de 1897, Gómez le envía una carta al presidente Grover Cleveland en la cual, invocando razones humanitarias (tema siempre agradable para los americanos) le pide que intervenga en Cuba basándose en la Doctrina Monroe. “Corone su honorable historia como un gran estadista con su actuación en este gran acto de caridad cristiana...”, escribe Máximo Gómez en la carta a Cleveland, que después fue enviada a McKinley cuando éste, a los pocos meses, sucedió a Cleveland en la presidencia.

Juan Gualberto Gómez, sin duda, estaba poniendo el dedo en la llaga al denunciar, el 20 de mayo de 1902, que la república mutilada que acababa de nacer era la consecuencia de la frustración del proyecto de Martí. Gómez por un lado y Estrada Palma por el otro, poniendo a un lado el ideario del Partido Revolucionario Cubano y de Martí, habían entregado la causa cubana a Washington.

En el mes de abril de 1898, cuando ya se había aprobado la intervención militar de Cuba por los Estados Unidos, el General Ramón Blanco, gobernador de Cuba, envió una carta al General Máximo Gómez proponiendo que cubanos y españoles se unieran para repeler la invasión de los soldados americanos. Blanco insinuaba en su carta que España estaría dispuesta, una vez rechazado el enemigo extranjero, “a acoger a Cuba como otra nueva hija de las naciones del Nuevo Mundo”. Evidentemente, España parecía dispuesta a conceder la independencia total a Cuba. Máximo Gómez rechazó indignado la proposición de una alianza con los españoles y contestó a Blanco que “sólo tenía motivos de admiración hacia los Estados Unidos”.

El General Enrique Collazo señala que Gómez no consultó su respuesta con el gobierno revolucionario. En su libro *Los Americanos en Cuba*, Collazo critica la conducta de Gómez. “Ninguna oportunidad se presentó más fácil para iniciar negociaciones para la paz directamente con España”, escribe Collazo. Ya España, en aquel momento, había suspendido las hostilidades contra los cubanos. Collazo entiende que era posible negociar y obtener la independencia sin necesidad de que los Estados Unidos llegaran a intervenir en el conflicto.

Los cubanos siempre se han quejado de que España prefirió entenderse con los Estados Unidos en el Tratado de París y estuvo muy de acuerdo en dejar a los cubanos fuera de las negociaciones. Sin embargo, hay que admitir que los españoles hicieron lo posible por buscar una alianza con los cubanos para frenar las ambiciones de conquista de los americanos y fueron rechazadas áspidamente. La suspensión de hostilidades y la carta del General Blanco a Gómez fueron dos indicios muy claros de que España, a última hora, estaba dispuesta a negociar con los cubanos.

Es muy significativo que el Partido Revolucionario Cubano fundado por Martí en 1892 desapareció tan pronto Gómez y Estrada Palma tomaron el control de los asuntos de Cuba. Al iniciarse la ocupación militar de Estados Unidos, en 1899, la figura y el recuerdo de Martí quedan fuera del escenario cubano. Los homenajes que se le rinden a Martí pierden intensidad. Es como si se le quisiera relegar al olvido. La explicación podría ser que a partir de la ocupación americana la actitud de la mayoría de los dirigentes cubanos se encamina a buscar buenas relaciones con los gobernadores americanos (Brooke y Wood) y la imagen de Martí no parecía ser muy grata a los nuevos gobernantes. Esta situación se mantiene hasta el 27 de abril de 1922. En esa fecha aparece en la Gaceta Oficial un decreto del presidente Zayas en el cual se disponen una serie de honores a Martí. Se declara fiesta nacional el 28 de enero, día del natalicio del Apóstol. Todos los municipios de Cuba le pondrán el nombre de Martí a una calle. Todos los municipios le harán una estatua, un busto, un obelisco, una tarja, una columna conmemorativa, etc. Todos los días 28 de enero desfilarán los escolares con una flor blanca en el pecho.

Es decir, después de más de dos décadas de un casi olvido, se iniciaba en Cuba un proceso de revalorización de José Martí.

Aun a riesgo de caer en el terreno de las hipótesis ociosas, podría pensarse que el proceso histórico cubano habría tomado rutas muy diferentes si Martí no hubiera muerto en 1895. Estados Unidos se arrojó sobre Cuba en 1898, tal como temía Martí, cuando vio que era inevitable el triunfo de los insurrectos. No le fue difícil hacerlo porque, como dice Juan Gualberto, los dirigentes de la revolución estaban inclinados a aceptar la intervención. En rigor, estaban ansiosos de que ésta se produjera. ¿Habría sido posible rechazar la alianza con España para impedir la intervención si Martí hubiera estado al mando? Maceo, en cierta ocasión, declaró que él pelearía al lado de los españoles si los americanos intervenían en Cuba. Si España parecía dispuesta a darle la independencia a Cuba, en abril de 1898, cuando ya se vio perdida, ¿qué se perdía en negociar una alianza? ¿Habrían los Estados Unidos desembarcado en Cuba si hubieran tenido que enfrentarse a cubanos y españoles aliados? ¿Y qué necesidad tenían los americanos de invadir a Cuba si ya estaba acordada la independencia?

Claro, se trata de simples hipótesis. Las cosas fueron de otro modo y no se sabe cómo habrían sido si no hubieran sido del modo que fueron. Por lo pronto, en el folklore cubano, que brota de la imaginación popular, siempre, a través de los años de la república mutilada que duró hasta 1959, los cubanos solían decir, con amargura, que “otro gallo cantaría si Martí hubiera vivido”.

En la misma edición de *El Fígaro* donde se publicó, el 20 de mayo de 1902, el artículo de Juan Gualberto Gómez, apareció una breve nota bajo el título de *Esperanza* y firmada por Fermín Valdés Domínguez, a quien siempre se menciona como el amigo entrañable de Martí. El autor hace un elogio desmesurado del gran patriota Tomás Estrada Palma, el hombre que estaba tomando posesión de la presidencia de la nueva república. “Ante este hombre grande que se llama Tomás Estrada Palma, nos sentimos tranquilos los que hemos dado a la patria cuanto pudimos”, escribe Valdés Domínguez. Es decir, en 1902, cuando ya se ha visto frustrado el ideario de Martí, cuando Cuba está convertida en un protectorado americano, cuando ya está vigente la Enmienda Platt, cuando ya se ha visto cómo Martí ha sido prácticamente desalojado de la historia y su ideario se ha visto frustrado por la complicidad de los cubanos, he aquí que su amigo entrañable, que seguramente tenía que conocer muy a fondo el pensamiento de Martí, y tenía que saber cómo había llegado Estrada Palma a la presidencia, se deshace en elogios exagerados sobre el hombre que había tomado un rumbo diametralmente opuesto al de Martí. El contraste entre Juan Gualberto Gómez y Fermín Valdés Domínguez es sorprendente. Esto permite sospechar hasta qué punto hubo una subversión de todos los valores al producirse los hechos que condujeron a la ocupación americana y al establecimiento de una república mediatizada.

Transcribo a continuación el breve diálogo que tuve con Luis Baez, un periodista que ejerce su profesión en Cuba, a los pocos días de haberme reunido con Fidel Castro, creo que en el año 1995.

—¿Qué impresión te produjo Castro en las entrevistas que tuviste con él?

—Muy buena. Fue muy deferente conmigo. Fue una gran experiencia, sin duda. Yo dejé de ver a Fidel antes del Moncada, tal vez en 1953. Era entonces un joven al que ya se le adivinaba la dinámica. En 1995 lo que encontré fue un mito.

—¿Por qué?

—Porque ya ha rebasado la historia, ya es invulnerable. Es una leyenda de tiempos fabulosos. Eso es un mito. Yo creo que ni el mismo se da cuenta de la imagen que proyecta en 1995 sobre el mundo. Es mucho mejor que la que tenía en los años iniciales de la revolución. Yo creo que él no se da cuenta de que su prestigio internacional ha crecido desde la caída de la Unión Soviética. Al desaparecer el comunismo ocurre que Castro emerge con luz propia, como el dirigente de un país que lleva 36 años luchando contra los Estados Unidos y sin ningún apoyo... Si lo reciben con entusiasmo en todas partes no es por su filiación comunista sino a pesar de eso. Es decir, que no tiene ninguna importancia si es

comunista o no. Se ha ido por encima de eso.

—¿Qué pensaste cuando hablabas con él?

—En realidad, ratificando lo que he estado pensando durante muchos años...

—¿Qué?

—Yo siempre he lamentado no haber podido participar en la experiencia revolucionaria. Es decir, no haber podido presenciar el proceso de cerca.

—¿Y por qué no te quedaste? ¿Por qué no participaste?

—No era posible... Yo nunca he sido hombre de puestos ni de partidos. En 1959 yo era un periodista que regresaba del exilio de seis años y que aspiraba a fundar una empresa independiente. Eso era irrealizable. A mí no me hubieran permitido sentarme en mi casa a presenciar la revolución sin ir a cortar caña o sin ponerme a escribir propaganda. Probablemente me habrían metido en la cárcel por sospechoso. Yo no tenía más remedio que enfrentarme a la revolución y combatirla desde el exilio. Además, no tuve que decidir nada... A los dos meses de regresar a Cuba, en 1959, me cayó arriba la policía y logré escaparme. Sin haber hecho nada. ¿Cuántas gentes, como yo, se fueron para el exilio y combatieron la revolución porque fueron perseguidos innecesariamente?

—¿Y guardas rencor?

—Ninguno... Han pasado muchos años. La revolución ha entrado en una fase reflexiva y las gentes como yo pueden poner en orden sus ideas y sentarse a conversar con Castro sin reservas de ninguna clase... Eso es muy bueno. Ni me van a exigir nada ni yo aspiro a nada. Creo que hay muchos cubanos que piensan así, como yo, y que no se atreven a ir a Cuba por miedo a las represalias del medio en que viven. Es decir, por miedo a los elementos que controlan el exilio, o lo que llaman así, que no lo es...

—¿Tú has sido amenazado?

—Nunca. O, al menos, no me he enterado. Desde hace muchos años yo estoy en franca discrepancia con las gentes del exilio. Si se revisaran mis escritos de 1960, 61, se vería que yo estaba haciendo ya una crítica muy dura de la entrega a los americanos.

—¿De qué hablaste con Castro?

—Nada importante. Estuvimos reunidos tres noches seguidas, durante varias horas. Fue una conversación en grupo. Muy amena. El podría decirte que yo he sido, tal vez, el único cubano que no fue a darle ningún consejo de cómo tiene que resolver "la problemática cubana". Me imagino que la tendencia a hablar con Castro para ofrecerle soluciones debe ser muy frecuente. Los cubanos, en general, siempre nos inclinamos a "fijar nuestra posición histórica".

—¿Y tú no tienes posición histórica?

—Si me pongo a pensar es hasta posible que pueda improvisar una. ¿Por qué no?

—Después de la reunión con Castro no publicaste nada sobre ella?

—No lo hice. No me pareció que era necesario. Hay algo de exhibicionismo en esas publicaciones. No era una entrevista periodística.

—Pudo haber sido....

—No, nunca: Yo concibo la entrevista periodística en un tono adversarial. Y yo no tenía, ni tengo, el menor interés en hacerle preguntas desagradables a Fidel Castro.

—Si le hubieras hecho una entrevista adversarial a Fidel ¿cuál hubiera sido la primera pregunta que le habrías hecho?

—Eso me coge de sorpresa... Pero, mira, lo primero que le hubiera preguntado es si no se aburre de estar en el gobierno durante tantos años. ¿Cómo es que no te has aburrido de la revolución, de los soviéticos y de un pueblo tan ingobernable como el cubano? ¿No es aburrido gobernar un país sin parlamento, sin prensa, sin oposición, sin elecciones? Eso, de verdad, siempre me ha maravillado. De ver-

dad, si yo fuera Fidel Castro ya hace rato que habría mandado al carajo al pueblo de Cuba...

—Tú no eres muy respetuoso con el pueblo de Cuba...

—Es cierto. Desconfío un poco de un pueblo que le ponen en bandeja de plata una revolución para rescatar su dignidad nacional y lo que hace, por lo menos un millón de ellos, es huir al extranjero para ponerse al servicio del poder extranjero responsable de su drama histórico...

—Pero hay otros diez millones que se quedan ¿no te parece?

—Esa es una puerta a la esperanza. Falta por ver como termina la cosa.

—¿Te dio la impresión de que Castro es un hombre que confía en el futuro?

—Absolutamente. Mira, me llamó mucho la atención que durante las horas que estuve en su presencia nadie le interrumpió para informarle de algo o para pedirle que decidiera algo... A través de los años yo he estado reunido, en privado, con muchos jefes de estado, en Cuba y en el extranjero, y siempre hay interrupciones.

—¿Y qué conclusión sacaste de eso?

—Que Fidel se ha puesto al margen del gobierno y que le está dejando la tarea a otros... Que su presencia en el gobierno es simbólica. Lo cual me parece muy inteligente. Yo siempre he creído que el poder es degradante. Hay que tomarlo con calma.

—¿Que más puedes decirme de las entrevistas?

—Que salí muy complacido. Que fue una gentileza de su parte invitarme. Que fue una experiencia que yo estaba echando de menos. Que yo creo, con toda sinceridad, que Castro es ya un personaje que ha entrado en la historia. Es una leyenda. Ya no necesita ser revolucionario para destacarse, podría hasta hacer la crítica de la revolución sin perder prestigio. Todos los horrores de la revolución han quedado atrás y el repertorio de acusaciones que forman parte del bagaje propagandístico de la mafia de Miami resbala sobre la imagen de Castro. Una revolución es una revolución y yo sospecho que Castro no participaría en otra. De la revolución francesa se guarda memoria de sus protagonistas, pero nadie se acuerda de los que participaron en el largo y furibundo proceso que se vivió en toda Europa durante la lucha contra la revolución. Va a pasar lo mismo en el caso de Cuba. Fidel queda. Nosotros, ellos, pasan. Así es la historia.

—Tú hablas de las gentes que piensan como tú y que no se atreven a ir a Cuba para reflexionar fríamente sobre el proceso que hemos vivido desde 1959, ¿son muchos? ¿Puedes mencionar nombres?

—Nombres, no. Pero te digo que son muchísimos. Son cubanos que sienten por la masa vociferante de Miami el mismo desprecio que siento yo.

—¿Qué los detiene?

—La edad influye... No es fácil revisar las ideas que se han tenido durante tanto tiempo... No es fácil, tampoco, mantener cierto vigor intelectual cuando se envejece. La gente rechaza el cambio. Hay también la presión del medio. Pero, te repito, muchas gentes se vieron atrapadas en contradicciones profundas a partir de 1959. No hicieron lo que querían sino lo que podían. Las revoluciones son muy agresivas y la cubana lo fue mucho más. Hace algún tiempo yo comía con un cubano prominente que estuvo muy vinculado a la revolución en un tiempo y luego desertó. Y yo le preguntaba que por qué no iba a Cuba y hablaba con Fidel. Me dijo, muy seriamente, que estaba pensando escribirle a Fidel una carta pidiéndole que hiciera algunos cambios políticos que le permitieran a él justificar su viaje a Cuba....

—¿Qué le respondiste?

—Que no comiera mierda. Que su regreso a Cuba no podría ser tan importante como para que se hicieran cambios políticos solamente para justificarlo a él. "Ve a Cuba, habla con Castro si puedes, observa el panorama, medita seriamente sobre todo lo que ha pasado, y olvídate de ese protagonismo absurdo que se han fabricado algunos cubanos. Ni tú ni yo tenemos ninguna importancia. Hemos sido sobrepasados por la historia. Lo único que nos puede salvar es un poco de sinceridad". Eso fue lo que le dije. No sé si le gustó o no.

A los pocos meses del golpe de estado de 1952 algunos funcionarios del Ministerio de Hacienda comenzaron a hacer unos **negocios** que les dejaban utilidades de millones de dólares. Yo denuncié los fraudes con pelos y señales. Batista se indignó conmigo y hasta quiso enjuiciarme por difamación. Pero, al fin, cambió de idea y lo que hizo fue botar a los funcionarios. No los mandaron para los tribunales sino que, simplemente, los cesantearon. Parece que repartieron **utilidades** con el palacio.

Una noche estaba yo sentado en un café que estaba en la calle 12 esquina a 23, en el Vedado y se me acercó un individuo, mulato, bien vestido y me dijo que quería hablar conmigo de algo muy confidencial. Estábamos solos en la mesa.

—Mire, yo sé que usted tiene toda la información, y que la va a publicar...

—No sé a qué se refiere usted...

—Sí, sí, usted me conoce bien.

Yo no sabía quién era. No tenía ni la más remota idea.

—Pero, mire, yo quiero rogarle que no lo haga... Yo soy un padre de familia, yo soy un hombre bueno, si usted publica todo eso lo que va a pasar es que me van a botar, tendré que salir huyendo del país, mi familia va a pagar las consecuencias. ¡Sería un desastre que me pondría a borde del suicidio!

—¡Caramba! No tanto...

—Yo le ruego que no haga eso... El negocio no ha sido tan grande como usted piensa. Nadie se ha perjudicado. Yo quiero que usted me acepte estos diez mil dólares para compensarlo de algún modo.

—No, no, no hace falta...—rechacé yo.

—Sí, sí, tiene que aceptármelo. No hay más que hablar. Yo confío en su bondad. Recuerde que yo soy un padre de familia.

El hombre estaba ya de pie, nervioso, desesperado. Me dejó el sobre con los billetes sobre la mesa. Ya se iba. Yo no sabía que decir. Y, en efecto, se marchó casi corriendo.

Me fui al baño para revisar lo que estaba en el sobre. En efecto, eran billetes de a cien. Diez mil dólares, nuevecitos. Increíble. yo no sabía quién era el hombre ni tenía la menor idea del negocio de que me estaba hablando.

Cuando se lo conté a mi mujer, Olga, a las pocas horas, se indignó conmigo. “Tienes que devolver ese dinero”, me exigió.

—Sí, ¿pero a quién?

—¡A quien sea! —estaba enfurecida.

Olga era como la voz de mi conciencia. Para ella no existían alternativas. Todo tenía que ser recto, claro, honesto.

—Pero dime, ¿a quién le devuelvo el dinero?

—¡Llévalo a la estación de policía!

—¡Estás loca! ¡Se los coge el capitán! ¿No te das cuenta que aquí todo el mundo coge dinero de todo el mundo?

—Yo no lo creo...

Y, en efecto, no lo creía. No lo creyó nunca. Hoy confieso, avergonzado, que me guardé los diez mil dólares. Me habían caído del cielo. Nunca supe quién me los dio ni de que negocio turbio me hablaba el hombre. Y yo pregunto, al cabo de los años, ¿quién es capaz de tirar la primera piedra? Y en última instancia, con ese cinismo que es necesario poner en práctica en cosas como estas ¿no salve a un padre de familia de la cárcel y la ruina?

EN 1973 YO ESTABA montando un diario en Miami. Habíamos comprado toda la instalación de *letterpress* del Gainesville Sun a muy buen precio. Y ya en septiembre lo tenía todo preparado, pero faltaba el papel. Mi intención era hacer un periódico totalmente independiente y enfrentarme a los pequeños grupos cubanos que infectaban la ciudad. Todavía, en aquel tiempo, se podía hacer. Entre otras cosas, mi intención era darle a la comunidad cubana de Miami toda la información cotidiana de la isla. Lo bueno y lo malo. Me propuse convertir al propio Castro en columnista diario, utilizando fragmentos de sus discursos. Todo esto, por supuesto, buscando un equilibrio con las gentes de Miami. Entrevistas en Miami y en Cuba. Artículos de ambas ciudades y de todas las tendencias. Y utilizar servicios policíacos confidenciales para denunciar la corrupción que se empezaba a desarrollar en Miami. En síntesis, mi intención era hacer un verdadero periódico independiente. Lo contrario de lo que se estaba haciendo en Miami y que tan funestos resultados ha tenido.

Al llegar septiembre me encontré con la dificultad del papel. Entonces convencí a mi socio y me fui a Santiago de Chile a conseguir el papel que nos hacía falta para los primeros seis meses. Tal vez habían transcurrido dos semanas de la caída de Allende y el país estaba aterrorizado. Mi pasaporte americano me abrió las puertas. Hablé con muchos periodistas que estaban agachados y me contaron horrores del golpe. Pero mi interés era el papel. Me conecté con la papelería y les aseguré que íbamos a hacer un periódico en Miami defendiendo la dictadura. No había otra forma de conseguirlo. Firmé un contrato, les pagué el embarque, y todo quedó arreglado.

Al caer de la tarde se imponía el toque de queda. Si te cogían en la calle los soldados te mataban. Yo estaba hospedado en el Hotel Carrera, frente a La Moneda. Una noche, dos muchachas chilenas muy bonitas quedaron atrapadas en el hotel. Las invité a comer y luego las invité a quedarse en mi habitación. Se miraron sin saber qué hacer. Eran chicas decentes.

—No tengan miedo, yo he hecho voto de castidad desde hace dos años para castigarme por mi vida pecadora... Me he pasado toda la vida detrás de las mujeres y ahora me he prometido a mí mismo que no voy a mortificar más a mi esposa... Simplemente, le soy fiel después de tantos años... —me miraron asombradas. Pero no me creyeron. Pero como eran dos pensaron que podían resistir. Se acostaron vestiditas en la cama y yo dormí en el sofá. Y eso que eran bonitas. Mi pobre mujer se enteró siempre de mis desvíos, pero nunca supo de mi conducta posterior. Murió pensando que yo tenía todavía una querida en la otra cuadra.

Lo cierto es que un funcionario de la papelería me contó que en la Editorial Ercilla tenían casi un millón de libros de texto que Allende había mandado a hacer para las escuelas de Cuba.

—¿Y qué van a hacer con esos libros?

—Los van a quemar... Es una lástima.

Me busqué un contacto con el director o presidente de la editorial y fui a verlo. Era un general retirado muy amable y muy buena persona. Me vio con simpatía puesto que yo venía de Miami, donde todos los cubanos se suponía que eran pinochetistas. Me paseó por todo el almacén y me enseñó las montañas de libros de texto de Cuba.

—¿Y los van a quemar? —le pregunté.

—No nos queda otro remedio... —me dijo.

—¡Caramba, que pena!

Me marché del almacén un poco preocupado. Le daba vueltas en mi cabeza a la idea de proponerles a los chilenos un cambio. ¿Pero qué cambio?

Al día siguiente me fui otra vez a ver al general y le dije:

—Se me ocurre que el gobierno de Chile podría dar un golpe de publicidad cambiando esos libros por prisioneros dentro de la isla.

—Es difícil, pero se puede intentar... —me respondió.

—Consúltelo con sus superiores... Quemar libros es una cosa bárbara y soltar prisioneros es un indicio de civilización...

Al día siguiente me llamó el general.

—Aceptado. Yo le daré una carta aceptando su sugerencia. Haga usted la gestión. ¿Cuántos prisioneros cree usted que podrían darnos?

—Se podrían pedir diez o quince... Tal vez algunos periodistas y escritores.

Aceptó la idea. Me marché de Chile, y a las pocas semanas me llegaron las toneladas de papel. Entonces me fui a Nueva York y me instalé en la Librería de Las Américas, en la calle 23 de Manhattan. Le escribí una amable carta a Ricardo Alarcón, proponiéndole el arreglo y le dije que esperaba su respuesta en la librería. Alarcón era el jefe de la misión de Cuba en las Naciones Unidas. Me pasé varios días en Nueva York esperando la respuesta de Alarcón. Nunca me llamó.

Andando los años, en 1994, yo regresé a Cuba. Varias veces he hablado con Alarcón desde entonces, pero nunca me mencionó la gestión que yo hice en 1973. Nunca he tenido una explicación racional. Me pareció absurdo que no rescataran aquellos libros. Es posible que hayan sido *razones de estado*, que es la excusa que se emplea cuando los gobiernos cometen un disparate. Lo que sí he notado, a través del tiempo, es que Alarcón me mira como si yo hubiera sido un agente de la DINA. Nunca he sabido lo que hicieron los chilenos con aquellos libros.

En lo que atañe al periódico de Miami, a los dos meses mandé al mismísimo carajo al socio que iba conmigo en la empresa y que había puesto el dinero. Cuando el pobre hombre vio que tenía la maquinaria instalada, el almacén lleno de papel, un maquinista que yo le había traído de Chile, se creyó que era, de verdad, un gran empresario periodístico y empezó a discutir conmigo los planes editoriales. Hasta ahí llegó mi paciencia, que es infinita. Lo dejé solo y me fui a manejar un taxi en el aeropuerto, asociado con Millo Ochoa. Hasta había cierto consuelo en cargarle las maletas a los turistas antes que tener que soportar al típico cubano idiota de Miami. El hombre, por supuesto, sacó su periódico con los seis meses de papel que tenía en el almacén. Pero **nadie se enteró** en Miami. Quebró. Ahora, de vez en cuando, va a opinar al programa radial de Tamargo. Eso lo define.

EN EL AÑO 1964 empecé a tomar unos cursos de literatura en la Universidad de Miami. Muchos cubanos, recién llegados al exilio, entre ellos varios abogados muy retóricos, asistían al curso de Kessel Schwartz. El profesor era hombre muy inteligente. Creo que era judío. Y era de ideas muy liberales. El primer curso que tomé con Schwartz fue sobre los poetas españoles de la generación del 27, entre los cuales estaban poetas como Alberti, Lorca, Guillén y otros. Era un curso de un nivel alto porque se daban en la escuela de graduados. Fue para mí una experiencia muy interesante. Mirando hacia atrás advierto que ya, desde tan temprano, se estaba formando en Miami ese ambiente cerrado y cerril que le ha ganado a los cubanos de Miami una fama internacional tan desagradable. Los cubanos que asistían al curso se indignaron cuando Schwartz empezó a hablar de Alberti.

—¿Profesor, pero ese poeta es comunista? —dijo un abogado.

—¿Y qué importa? —contestó Schwartz.

—Es que me parece... —empezó a decir el abogado cubano. Y a continuación se puso de pie y largó una larga disertación sobre el comunismo para convencer al profesor de que era necesario desterrar a los poetas comunistas.

—Eso no es posible... —explicó el profesor.

Otros alumnos cubanos se unieron al primero. Y dijeron que ellos no estaban dispuestos a estudiar a los poetas comunistas. Ni siquiera Lorca. Algunos se levantaron y se fueron. Por supuesto, yo me quedé sentado y otros más hicieron lo mismo. Pero, en general, los cubanos se organizaron enseguida

para acusar a Schwartz de comunista.

Esto ocurría en 1964 y nos da la medida de cómo se iba organizando la comunidad cubana de Miami. Han pasado los años y los tiempos han ido cambiando. Hoy, en el 2001, las nuevas generaciones no comparten aquellas actitudes salvajes de los primeros exiliados, que han ido desapareciendo en los cementerios y en los asilos. Algo queda. Pero las nuevas generaciones de cubanos son más flexibles. La intransigencia se ha ido convirtiendo en una farsa, en un negocio, una manera de vivir, alimentada por pequeños grupos que dominan la radio y los periódicos, pero que se han ido quedando, poco a poco, sin clientela. Lo que subsiste es el miedo.

Otro profesor que había en la universidad, en aquellos tiempos, se llamaban José Agustín Balseiro. Era un tipo encantador que vivía en una especie de limbo. Creo que era puertorriqueño. Daba clases de literatura. Había publicado unos libros horribles y obligaba a los pobres alumnos a leer párrafos de uno de sus libros en la clase, y después explicar lo que habían leído. El alumno más aventajado que tenía se llamaba Carlos Alberto Montaner. Balseiro lo elogiaba mucho. Montaner, en aquellos años, presumía de que se había escapado de una cárcel cubana. Más adelante supe que un policía lo había detenido porque le había metido una pedrada a la vidriera de una zapatería en La Habana. El patriótico gesto de Montaner provocó que lo metieran en el calabozo de la estación de policía. Entonces vino su mamá para resolver el problema, y aprovechando que había cierta confusión en la estación (que estaba en el barrio de las putas) la mamá y el muchacho se marcharon sin que nadie los molestara. De todos modos, Montaner había convertido el episodio en una aventura épica.

Balseiro era un personaje pintoresco. “Una noche estaba yo cenando con Valle Inclán...”, decía iniciando una historia. O sino: “Aquel día Ortega y Gasset y yo íbamos por un trillo del Retiro...” Siempre todas las historias de Balseiro se referían a la intimidad que había tenido con los mejores escritores de España. Alguien me contó que como Balseiro parecía tener mucho dinero durante su estancia en Madrid, porque pertenecía a una familia rica de Puerto Rico, los escritores de su época lo dejaban asistir a sus tertulias para que pagara las cuentas. Era el peor escritor que yo he conocido. Y sus libros eran espantosos, pero bien editados.

En otro curso con el mismo Balseiro, en aquellos tiempos, me encargó hacer un *paper* o tesis sobre José Martí. Cuando se lo entregué y lo leyó pareció dispuesto a matarme. Balseiro era un devoto de Martí y de Rubén Darío y tenía unas muchachas en la clase que se deleitaban oyéndolo recitar. La pequeña tesis mía era herética, según Balseiro, y las muchachas me cogieron odio. Luego convertí aquel pequeño trabajo en un librito que publiqué alrededor del año 68 con el título de *El Sueño y la Distancia*. Lo que yo trataba de decir en mi pequeño opúsculo era que Martí se había dejado arrastrar por la poesía en sus planteamientos políticos y había construido, en el aire, una república ideal y hasta cierto punto delirante que no era factible dada la distancia a que se encontraba Cuba de los Estados Unidos. En el sueño poético de Martí se atravesaba la maldición de la distancia. En el trasfondo de mi tesis estaba la sospecha de que Martí era demasiado grande y ambicioso para pueblo tan pequeño y tan cerca del enemigo. Insinuaba, por otra parte, que su muerte, arrebatadoramente hermosa y poética, había sido inútil porque le había abierto el camino a la dominación americana. Tal vez hoy le haría algunos cambios a aquella tesis, no muchos, porque los 42 años exigen un replanteo. Ahora se puede ver que Castro representa, en cierto modo, la repetición del sueño de Martí, con la diferencia de que Castro, un político nada poético, no se inmola como el Apóstol sino que se mantiene en la trinchera con un pueblo acosado detrás. Ha sido un sacrificio enorme y brutal. Queda la incógnita del futuro.

AQUEL OPUSCULO sobre Martí y su sueño de una patria libre y soberana, ha circulado bastante desde su publicación en 1968. Muchas veces he pensado desarrollar mejor aquellas ideas y darle más amplitud a la tesis. Me ha fallado la voluntad. Pero sigo pensando que Castro lo que ha hecho es recoger un anhelo que estaba en la entraña del pueblo, entre sus clases más inteligentes, y darle un nuevo giro a la historia de Cuba. Un nuevo sentido. De hecho, aunque muchas gentes se escandalicen, Castro ha recogido el sueño martiano de una patria libre de la dominación americana. Todavía en el año 68, cuando yo publiqué aquel pequeño folleto, podía sospecharse que tanto Martí como Castro, animados del mismo propósito de sacar a Cuba de las garras de los americanos, imaginaban algo irrealizable, un sueño condenado a fracasar por la distancia que nos separa de un imperio implacable. Sin embargo, 42 años después, el sueño, convertido tal vez en pesadilla, sigue en pie. Cuba ha tenido que pagar un precio muy alto por su rebeldía, pero está ahí, viva y sin ceder un ápice de su soberanía. A eso, a la larga duración, es a lo que se debe la extraña fascinación que ejercen Castro y Cuba sobre los otros pueblos de la América Latina.

Yo estoy convencido de que en los años por venir se emprenderá una revisión cuidadosa de Martí para descifrar su obra y despojarla de las ñoñerías. Me refiero a su obra política. No es fácil entender cómo y por qué Martí, viviendo en los Estados Unidos, en las entrañas del monstruo, no se enfrentó más resueltamente al peligro que representaba Estados Unidos para Cuba y la América. Siempre hay un aire equívoco en sus artículos y pocas definiciones concretas.

El Palacio de los Capitanes Generales se construyó a fines del siglo XVIII y una de las habitaciones quedó reservada para el Rey de España. Allí ha estado, durante más de dos siglos, el saloncito del trono esperando por el monarca que quisiera usarlo. Un trono forrado en terciopelo rojo, sobre una plataforma de madera, con tres escalones, ha permanecido durante siglos esperando las posaderas del Borbón que se tomara la molestia de viajar a la isla. Inútilmente. Es probable que el único que se haya sentado alguna vez en el trono habría sido, tal vez, el General Leonardo Wood, durante la ocupación militar americana. Wood gobernó la isla con el desdén de un monarca absoluto y trató a los cubanos como súbditos de su imperio.

Pero el 15 de noviembre, por primera vez en la historia de la isla, un rey español, Juan Carlos I, entró en el salón del trono y se puso a contemplar la egregia silla.

Un fotógrafo irreverente le insinuo la idea de que debía sentarse en el trono.

—No, eso no... —dijo el rey, respetuosamente.

Fue un gesto amable. Y cuando alguien le preguntó que por qué, lo único que se le ocurrió decir fue algo incoherente.

—Para sentarme habría tenido que hacerlo con todos los españoles y no habríamos cabido todos...

De todos modos, hay cierto simbolismo en la visita del monarca español a Cuba. Allí, en la Plaza de Armas, frente al Palacio, fue ovacionado por una reducida multitud de turistas y cubanos. Un rey siempre inspira cierta curiosidad.

En esa misma Plaza de Armas, en 1899, frente al Palacio, mientras el General español Adolfo Jiménez Castellanos, tratando de disimular el berrinche que le andaba por dentro, le entregaba el gobierno de la isla de Cuba al nuevo Gobernador militar americano, General Brooke, se congregaban los soldados españoles, listos para embarcar hacia España, vencidos y humillados. Algo les consolaba en aquel momento. Ya habían tupido todos los inodoros, rotos los papeles, destrozados los muebles, y cometido toda clase de vandalismos para molestar a los nuevos dueños de la isla. (En honor a la verdad, los españoles nunca se fueron de la isla completamente. Estaban muy arraigados al país).

Pero no eran solamente los españoles los humillados el 1 de enero de 1899. También los cubanos estaban disgustados. No se les dio participación en la ceremonia. Apenas si se dejó entrar al Palacio una

pequeña comisión de insurgentes. No se permitieron paradas en las calles. No valieron de nada las protestas. Los nuevos dueños de la isla prohibieron todos los festejos.

Cien años, once meses y quince días después, justicia poética, los excluidos de la Cumbre y de sus ceremonias fueron los americanos. La Secretaria de Estado, la pintoresca Madeleine Albright, nacida en Praga, lanzó una encendida protesta en una circular enviada a los presidentes que asistieron a la Cumbre exigiéndoles que denunciaran las violaciones de los derechos humanos en Cuba. Nadie le hizo caso. Lo cual es una buena señal. Cuba, digan lo que digan, es el único territorio americano realmente independiente y los asistentes a la Cumbre se sintieron contagiados del espíritu de rebeldía de los cubanos. Cuba entró en el siglo veinte vencida y doblegada por los invasores. Ahora entra en el nuevo siglo y nuevo milenio, con un nuevo espíritu. Con la frente alta, con la dignidad entera, con el corazón anhelante. Los gobernantes que asistieron a la Cumbre deben haber regresado a sus países con algo de pesadumbre ante el ejemplo de un pueblo hambriento, que lleva 42 años sitiado por la potencia militar y política más amenazadora del mundo. Todo lo demás es superfluo. Lo que importa de Cuba, lo impresionante, no es si el país se está cayendo a pedazos, sino el ejemplo de su altivez frente a las amenazas. La Iberoamérica dominada por Washington no tuvo más remedio que acudir a la cita de La Habana para respaldar con su presencia a la víctima, a pesar de las amenazas del verdugo.

Desde hace varios días estoy caminando por las calles de la Habana Vieja. Esta es la parte más viva de la capital, en estos tiempos, y ha llegado a convertirse en una pequeña república donde todo es distinto y donde la lucha contra el tiempo lo domina todo. El esfuerzo por rescatar el pasado oculto en las piedras centenarias tiene un sentido poético. El hombre que está detrás de esta obra gigantesca es Eusebio Leal, el Historiador de la Ciudad de La Habana, pero, en rigor, es mucho más que historiador. Es el creador de una nueva ciudad vieja. Es el que le está buscando la raíz poética a la ciudad. Cuando pasen los años, cuando nos hayamos adentrado en el nuevo milenio, cuando la revolución sea solamente un capítulo en la historia, el nombre del nuevo fundador de la Habana Vieja quedará en la memoria de las gentes. Esta lenta y morosa reconstrucción de la ciudad que estaba oculta bajo la costra de los siglos, es, en lo externo, labor arquitectónica, pero en lo interno es labor del espíritu. Es poesía. Eusebio Leal lleva ya años trabajando en este ambicioso proyecto, pero pasarán muchos años antes de que se termine, en el supuesto de que se termine alguna vez, porque esta búsqueda del pasado es infinita.

Caminar por las calles estrechas de esta ciudad, sorteando escombros y gentes, tratando de evadir a los miles de alemanes, italianos, ingleses, latinoamericanos, japoneses que deambulan en busca de no se sabe que, es una experiencia aterradora para el que vivió intensamente la ciudad en otros tiempos ya irrecuperables. Sobre todo, para el que nació en ella y amó, y sufrió en ella, y lloró en sus esquinas, y se la sabía de memoria, banco por banco. En cada esquina la memoria rescata del olvido el nombre de un muerto. Todos han muerto. Todos han sido sobrepasados por el olvido. En algunos instantes se tiene, tal vez, la sensación de que uno está viendo las casas y las esquinas desde la transparencia del otro mundo. Uno está ya muerto. Uno es ya fantasma y ha regresado para ver lo que fue y a llorar en el quicio de las puertas.

Este es el Callejón del Chorro, en la Plaza de la Catedral. Por aquella puerta ancha se entraba para el primer piso donde alquilaban cuartos a hombres solos. El balcón da para la plaza. Aquel era el balcón donde el que fui yo, el desconocido que era uno, se sentaba a leer a los 18 años, mientras las mamparas que daban para el amplio pasillo temblaban por el ruido de los ronquidos de los estibadores fatigados que, de tarde en tarde, se levantaban para ir al retrete común a aliviar sus vejigas y se oía, en el silencio de la noche, el ruido de los chorros.

A pocos pasos, allí, estaba el viejo periódico *La Discusión*, de clara estirpe cubana, que salía penosamente todas las mañanas. Su director, entonces, era Tomás Juliá, que era fascista y usaba un sombrero de alas anchas y un revólver de cañón largo. El diario tenía un hermoso archivo y el que se detiene ahora

frente a la fachada del edificio se embelesaba leyendo las viejas crónicas, en papel amarillento. Eran tiempos en los que los periódicos tenían olor a tinta, a grasa, a papel almacenado, al sudor de los que manejaban la rotativa, al plomo derretido en la caldera. ¿Cómo rescatar del olvido aquel olor? Imposible. Hoy los periódicos son inodoros. Tampoco tienen sabor.

Camino por la calle de la Lamparilla y llego a la de Compostela, doblo a la derecha para ir a la esquina de la calle de la Obra Pía (Obrapía) y me asalta de pronto el balcón, a punto de caer, donde en las tardes se veía a una muchacha rubia, acodada, que dejaba caer sonrisas al que pasaba despacio por la esquina. La muchacha ha desaparecido, el balcón está roto, pero la sonrisa ha quedado en el aire y en la memoria.

El que viene del pasado y anda por las calles de la Habana Vieja no puede dejar de pensar en el tranvía. Cualquier reconstrucción del pasado tiene que contar con el tranvía. Era el medio de transporte más civilizado y eficiente. Los tranvías cruzaban la Habana Vieja en todas direcciones. Fue una estupidez suprimirlos.

Hay algo fantástico en todo retorno, ya sea en el tiempo o en el espacio. Pero hay algo profundamente trágico en el conflicto con la memoria. No es cierto que recordar sea bueno. Los varios que fuimos en el pasado se desdibujan y se pierden. El olvido es una forma de muerte. Uno puede recordar lo que había allí en aquella esquina, pero es un recuerdo que le pertenece al otro. Al otro que fuimos y que ya no somos, suponiendo que realmente “somos” ahora. “Entre los juncos y la baja mar, que raro que me llame Federico...”

Al entrar en el bar del hotel Meliá-Cohiba, en La Habana, vi a J. J. Armas Marcelo agazapado detrás de una mesa, con la mano derecha en el bolsillo, y devorando con los ojos a una negra que estaba en una mesita cercana. Se levantó apresuradamente al verme y no quise estrecharle la mano que me ofrecía, aun a riesgo de parecer descortés, porque no sabía lo que había estado haciendo con ella. Todo es posible en el mundo mágico de Cuba. Me pareció que era mejor hacerme el distraído.

Era en los días de la Cumbre cuando La Habana estaba llena de periodistas. Marcelo estaba allí como enviado especial del *ABC* de Madrid. Nos habíamos citado en el bar. Marcelo es un español jacarandoso que está ya recorriendo el último tramo que lo debe llevar a los 60 años. Escribe libros y artículos y ha viajado muchas veces a Cuba. El hecho de que se hospede en el Meliá-Cohiba, donde las habitaciones cuestan alrededor de \$350 por noche, nos puede dar una idea de que es un periodista de grandes ligas. Es muy amigo, casi un asociado, de Carlos Alberto Montaner, el cubano que lleva muchos años recorriendo el mundo y visitando presidentes con la noble tarea de recaudar fondos para liberar a Cuba. Nunca podremos los cubanos agradecerle de manera suficiente a Montaner los esfuerzos económicos que ha hecho para consumir la tan ansiada libertad. Que Dios lo bendiga.

Pero Marcelo es también socio fuerte de Norberto Fuentes. Estaba ya unido fraternalmente a Norberto desde los tiempos gloriosos en que éste participaba con Tony De la Guardia y Ochoa en los trajines del narcotráfico.

Yo sospecho que Montaner y Marcelo fueron los que apadrinaron el libro de Norberto Fuentes donde este cuenta sus aventuras.

Marcelo había llegado a La Habana unos días antes de que empezara la Cumbre y había traído una cantidad de ejemplares de su último libro, una interesante novela, titulada *Así en La Habana, como en el cielo*, publicada por Alfaguara. La novela está hecha, más o menos, con la técnica de Faulkner, pero con el espíritu de Zoe Valdés. Es sobre Cuba y contra Cuba. Uno de los personajes principales es Norberto Fuentes, que aparece con el nombre ficticio de Tano Sánchez. Al parecer, según la novela,

que es un poco libro memorioso, Armas Marcelo y Norberto corrían grandes juergas en La Habana. El que relata las historias es, precisamente, un personaje llamado Marcelo. Me imagino que Armas Marcelo llevó su novela a La Habana para distribuirla entre sus amigos. La Cuba que presenta Marcelo en su novela, de casi 500 páginas, es muy interesante y vale la pena leer el libro.

Es la visión insolente de un español de estos tiempos (los tiempos del señorito Aznar) sobre una pobre isla devastada por los americanos. Parte de la novela se dedica a describir los intensos amores de Marcelo con la negra Petra. Las descripciones pornos son mucho mejores que las de Zoe, porque Armas Marcelo es un escritor más serio y es capaz de amoldarse a Faulkner. Se ve que Marcelo escribió algunas páginas en estado de excitación sexual, sobre todo cuando sueña a Petra en una cama con otras mujeres, etc. Ustedes me entienden. Fogoso el hispano casi sesentón.

Fue breve mi conversación con Armas Marcelo en el bar. El hombre estaba nervioso porque la muchacha, en la otra mesa, parecía a punto de irse. De pronto ocurrió una catástrofe y los ojos de Marcelo se le querían salir de las órbitas. Otro español, miserable, se estaba llevando a la negra. En La Habana siempre hay un español en el *lobby* de un hotel cazando a una negra y viceversa. Lo grave es que estas negras en los hoteles son una copia exacta de la Rosario de Popeye. Son la imagen viva de la miseria. Me imagino que los españoles de hoy sueñan con rescatar la colonia que perdieron en 1898 y disfrutaban con entusiasmo la miseria de Cuba.

Algun día Castro tendrá que meterlos a todos en un nuevo Marqués de Comillas (el viejo barco de las deportaciones) y mandarlos para España con el trasero magullado.

Dejando a un lado a Marcelo, Montaner y Norberto, y sin tratar de penetrar en el trasiego de sus intrigas en La Habana, hay que señalar la transformación del español. En el siglo XVI, cuando el español era la lengua de la diplomacia, los españoles eran odiados en toda Europa por su desfachatez.

Ejercieron el imperio con una soberbia que los hizo impopulares y odiosos. Luego de la desaparición de Felipe II (creo que en 1598) comenzó la larga odisea histórica de España cuesta abajo. Cuba fue víctima de la mala bestia española de aquellos tiempos. La primera vez que fui a España, en 1946, vi a un pueblo humillado y arruinado. Los cubanos simpatizábamos con la tragedia española. Yo soy hijo de un canario. Viví en España en 1956 y contemplé el espectáculo de un pueblo en ruinas.

Recuerdo a Pío Baroja, en la calle de Alarcón, (¿sería esa la calle?) hablándome con desprecio de su propio país. Camilo José Cela lo asediaba llevándole albóndigas. "¿Qué le parece Cela?", le pregunté. "Bueno, jode mucho", me dijo el vasco. Recuerdo a un hombre inteligente, Dionisio Ridruejo, que quiso, sin temor, hacer una entrevista conmigo que le costó el destierro en Ronda. Recuerdo algunas conspiraciones. Pero el español era noble y discreto. Se despotricaba en las tertulias, como decía Tierno Galván. Buero Vallejo me contaba horrores de la cárcel con tal de que no mencionara su nombre.

Pero España era despreciada en toda Europa. "El Africa comienza en los Pirineos", decían los franceses.

"Es una Francia que le salió mal al Creador", agregaban. Hoy España, los españoles, son insolentes y brutales, sobre todo con los cubanos, muchos de los cuales fueron a morir en las trincheras de la república. La prensa española, empezando por el *ABC*, ataca a Cuba despiadadamente. Los españoles vienen a Cuba con paso de conquistadores. Se sienten europeos. La comunidad los ha enloquecido. Le han dado una patada a Unamuno: se han dejado europeizar. Tienen a Dios agarrado por la barba. El tal Aznar, en Cuba, caminaba con el paso de Tacón. La conducta de los españoles en Cuba, durante la Cumbre fue sucia y prepotente. Yo critico el libro de Armas Marcerlo porque es un libro deplorable. Y sospechoso. No me gusta.

EL GENERAL BATISTA gobernó benevolamente en Cuba entre los años 1940 y 1944. Se dice que **benevolamente** porque durante ese período constitucional era presidente y se le apretaron los huevos a menos gentes que durante el período anterior de 1933 a 1940 cuando era Jefe del Ejército y usaba gorra alta y polainas brillantes. Durante todos estos años el que mandaba en Cuba, era, en realidad, el embajador de los Estados Unidos. El último embajador con Batista se llamaba Braden y este no se preocupaba de ocultar su dominio sobre el país.

Me contó años después Andrés Rivero Agüero que en aquellos tiempos él, Rivero, era Ministro de Agricultura y un día Braden empujó la puerta de su despacho y le dio un grito:

—¡Ese decreto me lo echa abajo ahora mismo!— Braden estaba furioso porque Rivero había firmado un decreto sin su aprobación.

Rivero, que todavía no tenía mucha experiencia y creía que Cuba era de verdad, un país independiente y soberano como decía la Resolución Conjunta del Congreso de los Estados Unidos se puso de pie y mando a Braden al carajo.

Spruille Braden se marchó dando gritos y anunciando que iba a destituir a Rivero Agüero. Y en efecto, se fue al palacio, entró al despacho de Batista y exigió la inmediata destitución del ministro. Batista, asustado, llamó a Rivero y le ordenó que se presentara inmediatamente en el palacio.

—No se atrevió a botarme, pero me metió un discurso de media hora ordenándome que en el futuro tuviera cuidado con el embajador americano.

Durante ese período existían en Cuba dos Primeras Damas. Una, a la luz del día, que vivía en el palacio. Y otra, secreta, que ejercía las funciones de querida del presidente. En Cuba eso era normal. Lo primero que hacía un cubano cuando se enredaba con una media fortuna era echarse una querida. Sobre todo, los políticos, los militares, los doctores de alguna jerarquía, etc. Tener una querida, o dos, era casi como entrar en el libro de oro de la sociedad secreta. Todos, en algún momento, cometimos ese pecado, si eso se puede llamar pecado. En el fondo era un castigo.

Me ha contado el General Manolo Benítez, que todavía vive en Miami en el año 2001, que en aquellos tiempos, del 40 al 44, Batista tenía una dama oculta que se llamaba Martha Fernández Miranda, la misma que después ascendió al rango de esposa legítima.

Un día iba a entrar la señora en la tienda El Encanto, que era la preferida del mundo elegante, y que estaba situada en Galiano y San Rafael. Y de pronto se apareció el Cojo de la Bocina, un personaje que tenía una pata de palo y usaba una bocina para halagar los oídos de los personajes.

—¡Acaba de entrar en la famosa tienda la ilustre dama señora Martha Fernández Miranda, la muy querida y respetable y bondadosa señora que es orgullo de nuestra sociedad!

En situaciones normales las damas se sentían muy orgullosas de que el Cojo destacara su presencia y hablara de su rango en la sociedad, y los doctores cubanos, un país donde todos éramos doctores mientras no se demostrara lo contrario, siempre se apresuraban a darle una propina al Cojo, que vivía de eso.

Pero Martha era un personaje secreto. Todos la conocían y le rendían honores, pero era secreto su rango social.

Cuando el Cojo le metió el discurso a la mujer, ésta echó a correr y se perdió dentro de la tienda, toda abochornada. Esa misma noche, en la intimidad, le armó una bronca al Señor Presidente. Y éste, sin perder tiempo, le dio una orden al Jefe de la Policía, que era, precisamente, el General Manuel Benítez, para que se presentara a la mayor brevedad en el palacio presidencial.

Cuando Benítez se cuadró delante del general y presidente recibió una lluvia de insultos.

—¡Usted es pendejo! ¿Cómo permite usted que ese miserable Cojo de la Bocina ande por las calles insultando a las damas? ¡Me agarra al Cojo, ahora mismo, y me lo mete inmediatamente en el calabozo y me le quita la bocina!

Dicho y hecho. A las dos horas estaba el Cojo en el calabozo.

Una semana más tarde, al entrar Martha en la misma tienda, el Cojo volvió a anunciar su presencia, esta vez con mayores elogios a su jerarquía social. Y esa noche ya la cosa fue peor. Martha hasta lloró de indignación. Batista estaba hecho una furia. Al día siguiente volvió a ordenar a su Jefe de la Policía, el

General Benítez, que se presentara en Palacio.

La escena, según me contaba Benítez, fue indescriptible. Batista estuvo a punto de destituirlo.

—¡Usted es un miserable! ¡Le dije que agarrara al Cojo!

Benítez, que todavía tenía al Cojo en el calabozo, no entendía.

—¡Otra vez el Cojo se metió con Martica! ¡Esto es intolerable! ¿Qué clase de policía es usted?

Benítez salió dando tumbos del palacio. Movilizó a todas las fuerzas a su mando. Ordenó a sus mejores torturadores que localizaran al Cojo. Al otro Cojo, porque el auténtico ya lo tenía metido en el calabozo. Lo que ocurría era que el oficio que había inventado el Cojo, que era el de cronista social callejero, se había convertido en una actividad productiva y existían varios cojos. La cosa terminó porque Benítez agarró a todos los cojos de la bocina que andaban por las calles de La Habana, los reunió en su despacho, y les dio instrucciones precisas de lo que **no podían hacer** de ningún modo. Tenían que guardar la bocina cada vez que vieran a Martica.

—¡O de lo contrario lez aprieto loz huevoz a todoz uztedez!

Después que Batista abandonó la presidencia en 1944 se casó con Martica. Pero los íntimos del general y presidente cuentan que Martica estaba muy desconsolada porque no había logrado ascender al rango de Primera Dama. Batista, al parecer, la quería tanto, que el 10 de marzo de 1952 dio un golpe de estado para que Martica pudiera ser Primera Dama de verdad.

Yo recuerdo algo muy curioso. El día del golpe de estado del 52 yo no vi por ninguna parte a Martica en el campamento de Columbia. Me extrañó la cosa. Entonces le pregunté a uno de los militares más próximos a Batista por que la esposa no estaba allí.

—Batista le dio a beber un narcótico antes de salir para dar el golpe... Todavía debe estar durmiendo.

—¿Y eso por qué?

—Porque el general tenía el temor de que no se podría dar el golpe si Martica se enteraba de que salía por la madrugada a meterse en el lío del campamento. Le hubiera armado una bronca y no se habría podido dar el golpe.

Martica tuvo un hermoso despertar al día siguiente. Ya era Primera Dama.

No es difícil entender, al saber éstas cosas, por qué Cuba era un país de relajo. Todos éramos un poco, un poquito, y sin saberlo, personajes errantes de Valle Inclán.

CREO RECORDAR QUE EN alguna parte, tal vez en los **Cuadernos**, Rainer María Rilke, hablando del chambelán, decía que “su muerte reside a la sazón en...” Es decir, la muerte como algo que vive, algo que reside, algo con lo que se convive, que se tiene al lado, que se padece. Yo tuve esa experiencia durante más de un año. Yo viví la muerte de Olga en un pequeño apartamento, solo, sintiendo su respiración agitada, sabiendo que nada se podía hacer, hablándole al oído para darle ánimos, pero sintiendo que se me iba. Fue una muerte que empezó a crecer y a tomar vida desde los primeros meses de 1996, cuando la operaron de la vesícula y le encontraron que allí estaba el cáncer. “Pero ya se la sacamos, ya el cáncer esta fuera”, decía el médico. No era cierto. Fue un lento proceso. La muerte fue tomando forma poco a poco, lentamente, hasta que en enero del 97 se instaló entre nosotros y ya no era la vesícula sino el hígado. Y se sabía que era cuestión de meses. Días más días menos. La muerte estaba allí, residía a nuestro lado como la del chambelán de Rilke. Hablábamos de ella como para no darle importancia. Pero era una muerte compartida entre dos que a fuerza de estar juntos durante tantos años eran casi uno. No es cosa de literatura. Es real. Ella llevaba su diario, a solas, y yo solamente lo descubrí después. Al principio, la letra, firme, porque no le temblaba el pulso, iba expresando su resignación y se despedía de sus gentes. Luego, poco a poco, al acercarse al final, la letra se vuelve temblorosa. Sigue hablando de su muerte, y de como la espera, y de como le duele dejarme solo, y pocos días antes ya el pulso le empieza a fallar, hasta que un día la mano se le cae y la frase no se termina... Poco antes me exige que contrate la cremación. No quiere funerales. “Llama a la mujer de la funeraria...” Quiere hablar con ella. No, eso no. “¿Cuánto cobra la

funeraria por la cremación?” No te ocupes. Que si quiero saberlo. Y lo sabe. Y cuando firmo el contrato lo revisa y exige que pongan una caja, la más barata. No es avaricia, que nunca la tuvo. Y puesto que va a morir, que importa. Es la pasión por la humildad. Quiere irse en puntillas, sin llamar la atención. ”¿Por qué has pagado dos servicios de cremación?” Uno para ti y otro para mí. No le gusta. Quiere que lo devuelva. Le digo que sí. No es literatura, ni es Rilke, si digo que la muerte, de verdad, estaba allí. Esas cosas ocurren. Nadie cree que puedan ocurrir, hasta que al final vemos que sí ocurren. Pasa un día y otro día, un mes y otro mes, y nuestra vida se reduce a eso, a esperar que llegue el momento. A compartir la muerte, a luchar contra el dolor con la morfina. Es una bendición la muerte súbita, inesperada, que llega sin anunciarse, y cumple su misión, y se va. Pero es terrible la muerte que va creciendo dentro de nosotros, y a nuestro lado, y se instala en la soledad, y uno lo sabe. Fue una muerte hermosa la de Olga, una muerte que estaba en relación con su propia vida a mi lado, durante tantos años, sin quejarse, sin que jamás le saliera de los labios una palabra que sonara mal o fuera áspera, a pesar de todo. A pesar de todo.

En rigor, uno comparte la muerte de alguien a quien se quiere mucho y después ya no queda vida que vivir porque todo en derredor se convierte en memoria de la muerte. Kant aconsejaba que uno debería **acordarse de olvidar**. Pero a cierta edad la memoria de la muerte es más fuerte que el olvido.

Y al final, después de meses y meses de convivir con la muerte viene algo peor. Es la resaca. Es la soledad del después. Es quedarse a solas en el mismo sitio, en el silencio de la noche y del día, es el ruido que nos queda en la cabeza, es la memoria de la muerte, es el vacío.

UNO DE LOS personajes más controversiales de la guerra de independencia fue el General Máximo Gómez. Cien años después, todavía hay quienes elogian ardorosamente sus hazañas militares. Pero hay otros que le hacen críticas muy severas. Hay muchos aspectos oscuros en la conducta del general Gómez. Es evidente, y hay pruebas documentales, que Gómez, a la muerte de Martí y Maceo pidió a los presidentes Cleveland y McKinley la intervención en Cuba. También su respuesta al General Blanco, cuando éste lo invitó a unir fuerzas para impedir que los americanos invadieran a Cuba, ha sido muy criticada. La conducta de Gómez durante los pocos años de la ocupación militar de la isla por los Estados Unidos, desde 1899 hasta el 20 de mayo de 1902, ha sido muy censurada. Se le acusó de haber sido sobornado por el Gobernador militar americano, Leonardo Wood. El 17 de junio de 1902, poco después de inaugurada la república, el periódico *The New York Times* publicó en su primera página una extensa información dando cuenta de las cantidades de dinero que había recibido Gómez del Gobernador Wood. Este último había declarado que no era cierto que le hubiera entregado dinero a Gómez, pero el Secretario de Guerra, Elihu Root, sí aceptó que Gómez había recibido dinero de Wood y por *razones muy sabias de estado*. Se sabe que Leonardo Wood había decidido que Tomás Estrada Palma ganara las elecciones y ocupara la presidencia, y se realizaron maniobras para forzar al General Bartolomé Masó a retirarse de las elecciones. Estrada Palma no tuvo adversario y obtuvo un triunfo fácil. A Gómez se le acusó en aquellos días de haber recibido dinero de Wood para no aspirar a la presidencia y dejarle el camino abierto al favorito de Wood.

El propósito de los Estados Unidos, durante los años de la ocupación militar, era impedir que se produjeran disturbios en Cuba. Se temía, con bastantes razones, que los cubanos hicieran lo mismo que habían hecho los filipinos. En la misma prensa de los Estados Unidos se publicaron numerosas informaciones anunciando una posible sublevación en Cuba en protesta contra la imposición de la Enmienda Platt. La política de Elihu Root, Secretario de Guerra, muy bien secundado por el Gobernador Wood, estuvo inclinada siempre a pacificar la isla. Es obvio que Máximo Gómez fue un factor importante en esta tarea. Era la personalidad más destacada entre los combatientes de la guerra de independencia y fue una valiosa ayuda para Wood. Esto explica que Gómez, y posiblemente algunos de sus más íntimos seguidores, hayan recibido cantidades de dinero del gobernador militar. No hay dudas de que un sector importante de

la sociedad cubana de aquellos años colaboró activamente con Wood. Empresarios españoles y cubanos ayudaron a los Estados Unidos a construir el nuevo protectorado. El gobernador fue muy hábil en el reparto de beneficios para acallar las protestas. Los elementos como Juan Gualberto Gómez que alzaron la voz para rechazar la Enmienda Platt fueron acusados de ser *exaltados y buscapleitos*. Leonardo Wood describe a Juan Gualberto Gómez como "...un negrito, hombre de infame reputación, así en lo moral como en lo político".

Root en Washington y Wood en Cuba, manejaron la situación cubana y lograron imponer la Enmienda Platt. El peligro de una sublevación de los cubanos fue conjurado mediante el reparto de dinero. No es nada extraño que un hombre como Máximo Gómez, que ya había dado muestras de su posición pro-americana, recibiera beneficios económicos, para él y para sus seguidores.

Un libro que se publicó años más tarde, en dos tomos, bajo el título de *Los primeros años de Independencia*, y firmado por un personaje de la política cubana llamado Rafael Martínez Ortiz, describe con palabras muy acertadas el ambiente de complicidad que existió en Cuba durante los años de la ocupación militar. El autor le prodiga grandes elogios al Gobernador Wood y a los cubanos *decentes y responsables* que entendieron que lo patriótico y lo correcto era aceptar que los Estados Unidos mantuvieran un cierto control sobre la isla. Hacer lo contrario era peligroso y solamente los elementos *exaltados*, como Juan Gualberto Gómez, eran capaces de adoptar una actitud de protesta. Esta incitación a la moderación y a la aceptación de la realidad estuvo siempre presente en grandes sectores de la sociedad cubana durante todos los años que duró la república, desde 1902 hasta 1959. La complicidad se convirtió en una virtud.

A LO LARGO DE la vida hay momentos que se nos meten en la memoria y quedan grabados para siempre. Nunca olvidaré el 6 de septiembre de 1933. Me veo en un destartado automóvil de alquiler, abierto, con mi madre a mi lado, saliendo del reparto La Víbora en dirección al Hospital de Emergencias, que estaba en la Avenida de Carlos III. Mi madre se me estaba muriendo y yo estaba aterrizado. Recostada sobre mí hizo todo el viaje al hospital. No recuerdo que lanzara ninguna queja. Yo tenía 17 años.

Al llegar al hospital me estaba esperando mi hermano Bruno, que era estudiante de medicina. La llevaron a una sala del hospital y empezaron a atenderla. Hacía falta no recuerdo qué producto y no lo había en el hospital.

—Ve a la bodega y cómpralo... —me dijo mi hermano.

Yo corrí y recorrí varias bodegas sin encontrar el producto. Al fin, llegué a una bodega que sí lo tenía. Lo compré y corrí al hospital. Cuando llegué, todo sofocado, encontré a mi hermano que me dijo que ya no hacía falta. "Acaba de morir", me dijo.

Poco después yo estaba a la entrada del hospital y vi llegar a mi padre. Corrí hacia él y le di la noticia. Mi padre empezó a llorar. Yo lo agarré por el brazo y lo llevé a un rincón hasta que se repuso.

Pasaron 64 años. Y el 13 de mayo de 1997 Olga estaba agonizando en Miami. Era el mediodía. Algún producto, no recuerdo el nombre, le faltaba al aparato del oxígeno. Yo salí a buscarlo a la farmacia. Apenas si demore una media hora. Al regresar, mis dos hijos salían del cuarto y me interceptaron. "Ya murió, Papi", me dijo uno de ellos, no recuerdo cual. Yo escondí la cabeza en el pecho de uno de ellos, no sé cual, y empecé a llorar. El mundo se me había derrumbado.

EL INGLÉS JOHN DONNE decía en el siglo XVII que nadie duerme en la carreta que lo lleva de la cárcel al patíbulo y, sin embargo el hombre duerme plácidamente desde la cuna hasta el sepúlcro. De mí puedo decir que yo me instalé en la carreta, camino de la muerte, con los ojos bien abiertos, cuando se inició la larga agonía de Olga.

Esa agonía duró una eternidad. Por las noches, para atenuarle el dolor, yo le daba narcóticos y ella se acostaba en la cama, boca arriba y se quedaba quieta, inmóvil. Apenas si respiraba. Pálida, desencajada, con la boca abierta, con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía una estatua yacente. Yo me sentaba en el sillón a leer, temeroso de acostarme a su lado. Al cabo de un rato, una duda terrible me asaltaba. ¿Estará muerta? Yo le vigilaba la débil respiración. Algunas veces, para estar seguro, usaba un espejito.

Eso, así, cada noche, durante semanas y meses, siempre esperando la muerte inevitable. Hubo noches en que pensé en el suicidio. Pero yo no podría matarla. No podría. Viví angustiosamente su muerte.

El propio Donne dice en alguna parte que **la cama de un enfermo es una tumba**. Pero, más todavía, toda cama es una forma de sepúlcro.

Conocí un impresor, llamado Raúl Echevarría, que formaba con su mujer una pareja impresionante. Parecían personajes del Greco. El, flaco, feo, nervioso. Ella, enferma, achacosa. De tarde en tarde, Raúl tenía que correr con ella al hospital para que le amputaran un dedo por la diabetes. Un dedo o algo más. Poco a poco, se iba agravando. La iban cortando, pedazo a pedazo. Una noche, el hombre agarró el revólver y se acercó a la cama para matarla porque no podía verla sufrir tanto. Cuentan que se acercó a la cama, le apuntó a la cabeza y en ese instante ella se despertó y dio un grito. Raúl se asustó y echó a correr al otro cuarto. Se suicidó de un balazo en la boca.

Uno puede, ciertamente, marchar de la cuna al sepúlcro durmiendo tranquilamente. Pero llega tal vez un momento en que la muerte se nos instala al lado y nos interrumpe la marcha. Es esa carreta de que habla Donne. Que avanza hacia un patíbulo misterioso que no se puede evadir. Tal vez podría decirse que al llegar a cierta altura de la vida se instala uno en el salón de espera de la muerte.

HACE AÑOS, allá por el de 1957, el ex presidente Prío Socarrás estaba reunido con un grupo de sus amigos en un lugar de Miami. La conversación, como siempre, giraba en torno a la “inminente caída” de Fulgencio Batista. Uno de los presentes le hizo una pregunta a Prío: “¿Presidente, y qué vamos a hacer con Fidel Castro?” Prío, muy tranquilo, sin vacilar, dijo lo siguiente: “No habrá problemas con este muchacho... Yo estoy seguro de que bajará enseguida de la Sierra y si lo nombramos Director de la Renta de Lotería quedará satisfecho”.

Frente a una decisión tan extraordinaria yo no me atreví a decir nada.

Un año antes, en 1956, el presidente Batista estaba jugando al *bridge* en casa de García Montes y Tabernilla se le acercó y le dijo que Fidel había desembarcado por Oriente. “Luego hablaremos de eso” dijo Batista. Y al terminar su juego, varias horas más tarde, le pidió a un ayudante que le buscara un mapa de la *Esso*, lo extendió sobre la mesa, y de acuerdo con su gran experiencia militar hizo una evaluación de la situación. Entonces ordenó que unos cuantos soldados de la Guardia Rural le cayeran atrás a los invasores, y se fue a dormir tan tranquilo.

En 1959, en abril, después del triunfo de la revolución, Fidel fue a Washington y lo recibió el vicepresidente Nixon. Fue una conversación muy interesante. Nixon le aconsejó a Castro que imitara la política económica que había seguido Muñoz Marín en Puerto Rico. “Pero es que Puerto Rico es una colonia americana”, le respondió Fidel. Nixon, de todos modos, no quedó muy complacido y aconsejó a Eisenhower que lo mejor era tumbar a Fidel. Allí comenzó la cosa, hace 42 años. Sobornaron unos cuan-

tos supuestos dirigentes políticos, ayunos de ideas, reclutaron unos mil cubanos que no tenían la menor idea de lo que iban a hacer, y los tiraron en la Ciénaga de Zapata. Ya se sabe lo que pasó. (Andando los años Nixon rectificó sus ideas sobre Castro).

Es decir, la incompetencia, la frivolidad, la falta de sentido histórico, la ignorancia, la arrogancia, la estupidez, la avidez de dinero, todo eso, en un extraño *cocktail*, ha estado a la base de la política sobre Cuba, tanto entre los pobres cubanos como entre los americanos. Siempre, todos, han subestimado a Fidel Castro en lo personal y no han podido entender el profundo sentido histórico que tiene su gesta. Después de 9 presidentes y casi 42 años de disparates, y después de haber arruinado al infeliz pueblo de Cuba con una crueldad genocida, los Estados Unidos han llegado a elaborar una política genial... “No hacer nada y esperar a que Fidel Castro se muera de viejo y entonces mandaremos a la isla a un tipo a comprar cubanos al por mayor”. Es decir, comprar otra vez la vieja colonia y sobrecargarla de pícaros, que abundan.

Es posible que se vuelvan a equivocar. El ideal nacionalista de Castro y su lucha por la independencia de Cuba no es una vocación unipersonal. Ni empezó con él ni va a terminar con él. Es algo que tiene raíces.

Si cubanos y americanos (con la excepción de los Cuban-Americans que son bichos híbridos) se tomaran el trabajo de leer atentamente el discurso que pronunció Castro en Cienfuegos, el pasado 26 de julio, hablando del problema de las drogas, podrían empezar a sospechar que detrás de toda esta intriga anti-castrista hay algo siniestro.

Sospechosamente, los medios de Miami no han tocado el discurso de Castro porque se refiere a un tema peligroso en Miami. Lo de la droga y el lavado de dólares es el secreto mejor guardado entre las tribus de Miami. Hace años, un periódico de la región decidió que no era conveniente publicar noticias sobre las detenciones de los traficantes de drogas porque eso “podía ofender a gentes importantes de la ciudad, especialmente los cubanos”.

¿Increíble, verdad?

Obviamente, el tema era considerado como muy sensible. Y, ciertamente, lo era. El tráfico de drogas era una industria importante. La droga, con sus variantes, está en el trasfondo del sórdido mundo de Miami.

Toda esta gente que se pasa el tiempo acusando a Castro de ser el gran traficante de drogas del Caribe parece estar muy interesada en que los Estados Unidos no lleguen a un acuerdo con Cuba para la persecución del narcotráfico. Y sin embargo, Cuba, como lo demuestra Castro en su discurso del día 26 de julio, ha realizado una labor extraordinaria en la persecución del tráfico, dadas las condiciones excepcionales de la isla.

¿Por qué no se quiere que Estados Unidos y Cuba lleguen a un nivel de cooperación efectivo?

La respuesta podría estar en el hecho de que Miami es la ciudad de los Estados Unidos donde los políticos americanos obtienen más dinero para sus campañas políticas: ¿Dónde salen tantos dólares? ¿Quién investiga el origen de esos dineros? ¿Por qué Helms y Burton y Torricelli y otros se han llevado tanto dinero de los cubanos de Miami? ¿Qué ocurriría si Cuba y Estados Unidos llegan a un acuerdo de cooperación para interceptar el tráfico? ¿Cómo influiría eso en los negocios de Miami? ¿Cómo afectaría eso las contribuciones electorales?

Castro lo señala de manera muy concreta: “Al sabotear el acuerdo para que Cuba y Estados Unidos, conjuntamente, organicen una lucha efectiva contra el tráfico de drogas esta gente se está haciendo cómplice del narcotráfico”. ¿Por qué algunos cubanos y sus cómplices en Washington insisten, una y otra vez, en presentar a Cuba como un centro vinculado con las drogas cuando, los hechos, revelan todo lo contrario? Acusar a Castro de ser un vulgar cómplice del narcotráfico es una estupidez y está en línea con la vieja tendencia a subestimar su importancia en la historia de Cuba. Mientras Castro disfruta hoy, después de 42 años, de un prestigio extraordinario en el mundo entero, estas gentes siguen insistiendo en ubicarlo donde no debe y puede estar. Yo lo he dicho muchas veces. En torno al anti-castrismo se han montado muchos negocios. Sería una bendición para Miami que los políticos, los de aquí y los de Washington, no pudieran recaudar tantos millones entre los cubanos para sus campañas.

EN UN VIAJE A Cuba, en 1997, hablaba yo con un alto dirigente del Partido Comunista, hombre de edad avanzada, y éste me hablaba del pasado de Cuba con un cierto desprecio.

—Estás escupiendo para arriba... —le dije.

Me miró con sorpresa.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Porque los comunistas no son seres de excepción. Ustedes no pasaron por el charco sin recibir su cuota de fango...

—No te entiendo... —me dijo.

—Hombre, acuérdate que el partido, en 1933, empezó a entenderse con Machado, cuando ya era evidente que se iba a caer... Fue una maniobra audaz. ¿Lo recuerdas?

—Bueno... —empezó a decir.

—¿Y te acuerdas cuando se entendieron con Batista y obtuvieron varios ministerios y muchos cargos importantes, amén de infinidad de puestos públicos para los militantes del partido? ¿No fueron los comunistas los que le dieron los votos a Batista en 1940 para la elección presidencial?

Mi amigo callaba.

—Y además, tú debes saberlo, Batista fue miembro del Partido Comunista de los primeros años. Y fue amigo de Julio Antonio Mella.

Puso cara de sorpresa.

—Mira, tendría yo trece o catorce años cuando asistía a un colegio en el barrio de la Víbora, que se llamaba Milanés. El dueño era un tipo muy simpático llamado Macau. Eso era por los años 20, al final. Batista era el maestro de taquigrafía del colegio y yo fui su alumno durante algún tiempo. Se decía que Macau era simpatizante del comunismo. El y Batista se llevaban muy bien. Yo los veía a diario. El sargento y el profesor eran uña y carne... Y puedo decirte que Batista era un sargento muy listo. Después, cuando comenzó la lucha contra Machado, Batista se metió en el ABC, en el ramal de Oscar de la Torre, según creo...

—Estás defendiendo a Batista...

—Ni hablar de eso. Estoy fijando datos para la historia. Batista fue tan estúpido, después del año 1959, que se puso a escribir unas historias falsas para ocultar su verdadero pasado... En vez de confesarse con entera sinceridad, como hacen las gentes inteligentes, se puso a segregar tinta como el calamar para enturbiar las aguas... Se ha querido presentar a Batista como un sargento analfabeto que se apoderó del poder en 1933 por pura casualidad. Y no es así. El mulato tenía mucha trastienda. Había trajinado mucho durante los años 20 con los comunistas, había sido amigo de Mella, y cuando se inicia el movimiento de los sargentos él es el único que sabía lo que estaba haciendo. Tenía ese raro instinto del poder que no se da con mucha frecuencia. Logró apoderarse del mando militar porque era el más capaz. Y tan pronto se dio cuenta que el bonche de estudiantes eran gentes sin sentido común y que no sabían hacia donde iban, se puso de acuerdo con el embajador Sumner Welles, traicionó a todo el mundo, y se alzó con el poder entregándole la isla a los Estados Unidos... No hay dudas de que el sargento era un personaje interesante.

—Tremendo hijo de puta... —dijo mi interlocutor.

—El poder no tiene nada que ver con la moral.

No me contestó. Entonces me empezó a hablar de los gobiernos anteriores al triunfo de la revolución, y de la corrupción, y de las **botellas** que se repartían, etc.

—Es cierto todo eso. En definitiva, Cuba era una colonia americana muy pobre, explotada por una especie de oligarquía criolla en contubernio con los americanos. Pero vamos al grano. El desempleo en Cuba hoy es pavoroso. ¿Y qué hace el gobierno? Millones de cubanos cobran un subsidio para poder sobrevivir y **no trabajan**. No sé que nombre le dan ustedes a eso. Pero en el pasado le llamaban **botella**. No trabajan porque no hay nada que hacer. No hay grandes empleadores. Las dependencias del estado están llenas de gentes sentadas en sus sillas sin hacer nada, porque sobran los empleados... Estorban. Vas, por ejemplo, a la Biblioteca Nacional y te das cuenta que hay más empleados que visitantes leyendo. Es un problema de espacio. En Cuba se les da un dinerito a las gentes para que se queden en sus casas. Tú vas

por los barrios y ves a las gentes sentadas en los quicios de las puertas, sin hacer nada... Son **botelleros**. No sé que nombre le dan ahora a eso. Pero es que el estado no puede permitir que las gentes se mueran de hambre y hay que darles algo. Las gentes tienen que comer.

—Pero en el pasado, los **botelleros**... —empezó a decir.

—¡No, hombre! Era lo mismo. No jodas. José Manuel Alemán robó, no tanto como dicen, pero inundó el país de **botellas** para que las pobres gentes pudieran comer algo. Grau decía que **ahora todos los cubanos tienen cinco pesos en el bolsillo**. Y era verdad. ¿Pero qué hacer si no había empleos suficientes? ¿Si las gentes no estaban preparadas? ¿Si el estado era deficiente y corrupto? Hay que darle de comer a las gentes. De un modo u otro. Mira, en los Estados Unidos millones de americanos reciben, y por correo, un dinero. Es el **welfare**. ¿Sabes lo que es el **welfare**? Es el bienestar, es la pequeña felicidad que recibe el pobre, el desvalido, el incapacitado, el viejo. En Cuba le llamaban **botella** pero era, de hecho, asistencia social. Y eso sigue igual, por necesidad.

—El pasado no tiene defensa... —me dijo el dirigente comunista.

—Claro que no, sobre todo por la dependencia al norte. Pero los cubanos de entonces no eran ni mejores ni peores que los de ahora. No les metan a las gentes en la cabeza la idea de que todo el pasado era espantoso, porque no es cierto.

—¿Tú conociste a Alemán?

—Lo vi una vez. Todavía no era nadie y él me quiso ver a mí para que yo lo ayudara en el periódico, porque aspiraba a Ministro de Educación y necesitaba un poco de publicidad. Yo lo invité a comer en el restaurant de la Asociación de Reporters y estuvimos hablando un par de horas... O más. Era un tipo simpático. Yo lo ayudé. ¿Y sabes una cosa? No lo volví a ver jamás. Nunca recibí ningún beneficio de él. Nunca le pedí nada. Nunca me dio nada. Con una excepción. A los pocos días de tomar posesión del ministerio me trajeron cuatro nombramientos en blanco... ¿Y sabes quién me los trajo?

—¿Quién?

—Eddy Chibás. Nada menos que Eduardo Renato Chibás, el líder moral de la nueva Cuba, el caballero intachable de **vergüenza contra dinero**.

—¡Arrea! —me dijo.

Y me preguntó entonces que había hecho con los cuatro puestos.

—Tres se los di a tres gentes que lo necesitaban. Y me quedé con uno solo, según creo. Yo no buscaba puestos.

—Pero el periodismo estaba muy corrompido...

—Despierta... Yo lo viví en todas sus fases. Las empresas de periódicos no eran tan opulentas como en los Estados Unidos. No recuerdo a ningún empresario periodístico que se hubiera hecho millonario. Y los periodistas, los trabajadores, eran unos infelices muertos de hambre. El sueldo mínimo de un periodista, después de mucha batalla sindical, era de 21 pesos semanales. O séase, 84 pesos al mes. No le alcanzaba ni para pagar la renta de la casa. ¿Y qué diablos podía hacer el infeliz reportero o redactor de un periódico? En vez de afinar la inteligencia para hacer bien su trabajo tenía que hacerlo para sobrevivir. Se podía prosperar usando un poco la imaginación. Pero, en el fondo, era una profesión miserable. Y la competencia era muy dura.

—Pero parece que tú estás tratando de justificar el pasado.

—Claro, justificar quiere decir hacerle justicia. El pueblo de Cuba, en el pasado, era víctima, no victimario. Tú puedes condenar el ordenamiento político, el sistema de sumisión al norte, pero no puedes vilipendiar a sus víctimas... Todos éramos víctimas. Fuimos un país de víctimas.

—Tú mencionaste la posición del Partido Comunista en los últimos días de la tiranía de Machado. Eso es algo que forma parte de la campaña de difamación contra el partido.

—¿No fue cierto el intento de entendimiento?

—Bueno, puesto que los agentes del imperialismo y la oligarquía criolla se estaban enfrentando a Machado, no tenía mucho sentido que los comunistas se aliaran al embajador y a los ricos de Cuba. Rubén Martínez Villena defendió una estrategia audaz que consistía en darle una salida momentánea a Machado,

acabar la huelga, y tomar el control de la situación. Hubo alguna oposición dentro del partido, pero al fin se impuso la tesis de Martínez Villena. Una comisión, presidida por Ordoqui, se reunió con Machado en el palacio... Machado, que estaba con el agua al cuello, accedió a todo lo que se le pidió, entre otras cosas el reconocimiento del Partido Comunista. Pero, en definitiva, ya era tarde. Machado no tenía salvación. El embajador Welles se impuso... En vez de caer Machado por un movimiento popular legítimo lo que ocurrió fue que el embajador lo destituyó...

—Lo que me estás diciendo es que la maniobra de Rubén Martínez Villena iba encaminada no tanto a respaldar a Machado, que ya estaba liquidado, sino a quitarle al embajador americano el poder de decisión que tenía...

—Más o menos... Hubiera sido mejor que Machado cayera por un movimiento de la clase obrera cubana, encabezada por el partido. Lo que hizo Welles, al imponer a Céspedes en la presidencia fue una grosera maniobra del imperialismo que, en definitiva, le abrió el camino al golpe de los sargentos del 4 de septiembre... Es una historia muy vieja y algo complicada. Pero las acusaciones que se han lanzado contra nosotros no han tenido una base sólida.

—De todos modos ustedes después se entendieron con Batista y fueron un factor importante en la Asamblea Constituyente y después participaron en el gobierno de Batista, a partir de 1940...

—Cierto, las circunstancias internacionales, por supuesto, habían cambiado... Nuestra política, en aquellos tiempos, fue muy favorable para el movimiento obrero... Lo curioso es que, a pesar de los años, tú todavía tienes una posición anti-comunista. Nos atacastes mucho en el pasado...

—Es cierto. Pero yo no soy **anti** nada. No tengo animosidad contra los comunistas. Tampoco estoy a favor... Es cierto que en una época los atacué mucho, pero reconozco que fue una estupidez producto de las circunstancias. Me faltaba experiencia. En el caso de Cuba estoy convencido de que la alianza con los comunistas fue una maniobra de Castro para frenar las apetencias de Washington. Esa alianza le salvó la vida a la revolución. Por eso ha durado estos 42 años... Yo sospecho que ya, en el año 2001, el comunismo no juega ningún papel en el caso de Cuba. Lo que ocurre es que Castro no puede, de buenas a primeras, quitarse la etiqueta que se puso en 1961. El problema de Cuba no tiene ya nada que ver con el comunismo, digan lo que digan. Los enemigos de la revolución usan el argumento precisamente porque le da un cierto aire de vejez y de cosa muerta al gobierno de Cuba... “El régimen comunista de Cuba...”, dicen, continuamente, y eso le resta prestigio y sentido a la revolución. Se quiere hacer ver que es un régimen que se sobrevive, que ya no tiene asidero en la realidad, un régimen obsoleto. Lo cierto es que, dejando a un lado la etiqueta, el régimen de Cuba, enfrentado a los Estados Unidos, tiene hoy más vigencia que nunca. Es más actual que nunca... Más vivo, más real, más proyectado al futuro... Tendría más sentido que se dijera “el régimen revolucionario de Cuba”. Comprendo, sin embargo, que a ustedes les es difícil reconocer que algo ya está muerto y que no tiene vigencia... No hay duda de que cuando Fidel dijo una vez que sería comunista hasta el día de su muerte cometió un error.

—¿Y tú puedes estar seguro de que el comunismo ya ha desaparecido, que no tiene vigencia?

—Todo induce a pensar que sí. ¿Qué crees tú?

—No estoy de acuerdo.

—Se comprende. “Si la realidad está en contra mía... peor para la realidad”.

LAS Memorias de Pío Baroja, a pesar de que las fue escribiendo cuando ya prácticamente no se acordaba de nada, son muy interesantes y, sobre todo, están hechas en un estilo muy peculiar donde lo que se destaca es la sencillez. Hablando de Fernando VII, cuenta una historia muy simpática. El rey estaba desesperado porque no lograba embarazar a su mujer, la reina María Amalia. Entonces la lleva al balneario de la Isabela, siguiendo los consejos del médico. Todos los días el rey hace su faena para ver si

logra preñar a la reina. Pero no hay modo. Un día del mes de agosto salen el rey y la reina con unos palacios. Ella va en coche. El rey y los cortesanos van a pie. Hace un calor sofocante. Fernando está indignado. “De aquí vamos a salir todos preñados... menos la reina”.

Baroja tenía la obsesión de los relojes. Tenía cuatro en su apartamento y cada uno daba una hora distinta. Nunca logró ponerlos de acuerdo. Uno de los que más lo visitaba, en los últimos tiempos, cuando ya se iba aproximando a la muerte, era el entonces joven Camilo José Cela, que siempre le llevaba un pastel de regalo. Baroja siempre se refería a él como el chico del pastel y se reía con los chistes de Cela. “Es muy solemne –decía– pero es simpático y ocurrente”. Le asombraba la generosidad de Cela. “¡Qué barbaridad! Este pastel debe haberle costado por lo menos dos duros...”

Pero lo que buscaba Cela con el pastel era que Baroja le hiciera el prólogo para su Pascual Duarte.

—¿Se acuerda de aquello, Don Pío? —preguntaba Cela, ansiosamente.

—¿De qué?

—Del prólogo de que hablamos...

—Ah, sí, como no... ¿Qué prólogo?

—El de mi novela...

—Sí, hombre, sí, voy a leerla.

Pero nunca la leyó. Y tampoco le hizo el prólogo a Cela, a pesar de la insistencia de éste. Nunca lo tomó en serio. Sin embargo, Cela se le mantuvo fiel todo el tiempo. Iba a su casa. Le llevaba pasteles. Creo que fue el que inventó la visita de Hemingway pocos días antes de que Baroja muriera. Siempre ansioso de publicidad, al precio que fuera, Cela estaba obsesionado con las cámaras. Cuando fue necesario sacar el féretro de Baroja del piso donde había muerto, en Alarcón 12, Cela le metió un empujón a uno de los que había puesto ya el hombro y ocupó su lugar. Aquel día un diario dijo que Baroja había bajado a la tumba en hombros de Camilo José Cela.

En 1956 yo me acerqué al piso de Baroja con la intención de hacerle una entrevista para Bohemia. Fue inútil. Había llegado tarde. Ya Baroja había perdido la memoria y era casi un vegetal. Con quien logré tener siempre muy buenas relaciones fue con Clementina Téllez, la criada. Ella me tenía al tanto de todo lo que pasaba en torno a Baroja.

Un día que el vasco parecía estar más lúcido que de costumbre, Clementina me lo trajo al saloncito. Estaba ya terriblemente viejo. Tendría entonces unos 83 años. Se había caído y tenía una cadera fracturada.

—Don Pío, ¿cómo se siente? —le pregunté.

Me miró con algo de asombro. “¿Y quién será este hideputa?”, pensé yo que él estaba preguntándose a sí mismo. Tal vez ni eso.

—Es un señor que viene de Cuba... —le dijo Clementina.

—¿Cuba? Eso debe estar lejos. ¿Hay muchas negras allá?

—Algunas, Don Pío, algunas...

Lo interesante de Baroja es que fue uno de los pocos españoles que descubrió enseguida que en Madrid lo mejor era no salir a la calle. Fue siempre un solitario, lo cual, sin duda, era una señal de inteligencia. Siempre me ha maravillado, antes y ahora, la incontenible tendencia que tienen los españoles, y las españolas, a pasarse todo el día en la calle perdiendo el tiempo y empujándose unos a otros. Baroja fue el hombre que prefería quedarse en casa. Además, le aconsejaba a sus amigos que no salieran a la calle. Eso era admirable.

Un día que se había pasado horas hundido en su sillón, en silencio, de pronto le preguntó al sobrino: “¿Y cuándo me he muerto?” Y poco después: “¿Y cuándo me van a enterrar?” Parece que a fuerza de olvidarlo todo se había olvidado de que todavía estaba vivo.

Ya en los meses finales de 1956 Baroja era apenas una sombra. Hemingway, que nunca se había ocupado de él, al darse cuenta que Baroja se iba a morir, porque tal vez Cela se lo dijo, decidió presentarse en su casa, seguido de un enjambre de fotógrafos y periodistas. De hecho, el americano, que se había ganado el Premio Nóbel, le estaba robando al pobre Baroja el espectáculo de su propia muerte. Lo importante, en aquel momento, no fue que Baroja muriera sino que Hemingway lo visitara y le llevara unas chucherías.

Por ejemplo, le llevó una botella de whisky, unos dulces, un libro (El viejo y el mar) unos calcetines, un jersey, y se hizo retratar al lado del pobre viejo que ya se enfrentaba a la muerte.

—Don Pío... —le decía creo que Cela— Este señor es Hemingway, que obtuvo el Premio Nóbel...

Baroja, en la cama, inmóvil, abrió la boca y dijo:

—¡Caramba! Que cosa...

Yo pienso que si Baroja hubiera sido cubano se habría limitado a lanzar un coño.

Ya el 29 de octubre la situación del enfermo se agravó. La respiración se hizo jadeante. Se quejaba en voz tenue.

El día 30, a las cuatro de la tarde, terminó todo. Clementina estaba junto al lecho de muerte. Los periódicos de Madrid, que eran todos horribles, no dieron la noticia hasta el día siguiente. Muy temprano en la mañana, el 31 de octubre, se le hizo un entierro muy humilde. Allí estuvo, puntual, Hemingway, que se robó la atención de todos los asistentes. Un americano con barba y Premio Nóbel y además cazador de leones en Africa, suele ser más importante que un novelista español. Fuegon algunos escritores y un torero, Dominguín. El Ministro de Educación representó al mundo oficial. También se aparecieron por allí algunos viejos académicos. Y hubo algunos jóvenes. La orden era que no se pronunciara ningún discurso. Yo no vi un solo cura por aquellos alrededores. Además, lo enterraron en el cementerio de los ingleses, lo que llaman el Cementerio Civil, porque Baroja había vivido de espaldas a la iglesia.

A las dos o tres horas de su muerte yo había logrado entrar al cuarto donde había muerto Baroja. La imagen de aquel hombre, envuelto en el sudario, en una cama tan humilde que parecía de hospital, me dejó una impresión profunda. Al lado de la cama, en una antiquísima mesa de noche, se veían sus botas, muy viejas y gastadas, una arriba y otra abajo. Probablemente, eran sus únicas botas.

El sepelio de Baroja fue tan rápido, el día 31 de octubre, que muchas gentes llegaron al cementerio cuando ya todo había acabado. Un grupo de estudiantes se congregó en torno a su tumba y uno de ellos escribió su nombre, Pío Baroja Nessi, sobre un pedazo de madera para improvisar una cruz que permitiera reconocer el lugar donde estaba enterrado. Me sorprendió el hecho de que Baroja despertara tanta admiración entre los jóvenes en un país, en 1956, donde los jóvenes parecían vivir en una especie de submundo, aplastados por la prepotencia del régimen franquista.

Después de las diez de la mañana, grupos de estudiantes comenzaron a reunirse frente a la casa de Baroja, en Ruiz de Alarcón número 12 y protestaban entre ellos porque el entierro había sido tan rápido y casi subrepticio. Más tarde se dirigieron al cementerio para ver la tumba. A algunos de ellos yo los conocía porque en aquellos días solía frecuentar la universidad para tomar unos cursos. Una sobrina de Madariaga, que estaba allí parecía la más indignada.

—Hay que hacer algo para rendirle un homenaje a Baroja... —me dijo uno de ellos.

A mi se me ocurrió sugerirles que se debía invitar a Hemingway a participar allí, frente a la tumba, en un homenaje de desagravio a Baroja en vista del tratamiento brutal que le había dado el régimen. La prensa española, que era toda oficial y pedestre, había reseñado la muerte de Baroja con un cierto desdén. Hubo algunos elogios, pero pocos. El periódico YA, que era falangista, publicó un artículo de un tal Nicolás González Ruiz en el cual decía que “Baroja era un nihilista injerto de vasco con manía ambulatoria” y a continuación escribió sobre la “torpeza y dificultad del estilo barojiano”.

(En la prensa española de todos los tiempos siempre hay un Paco Umbral listo para denigrar a los muertos. Es una constante de la vida española. Es la roña.)

Supe después que un grupo de estudiantes se presentó al día siguiente en la redacción del periódico y le pidió a González Ruiz que rectificara lo que había escrito. El hombre se negó patrióticamente. “Supongo que ustedes no querrán linchar a un viejo de sesenta años”, les dijo. “No señor”, respondieron los muchachos, muy comedidos, “solamente queremos decirle que es usted un cerdo”.

Mi proposición de invitar a Hemingway a participar en un homenaje a Baroja en el cementerio, a manera de desagravio, fue acogida con entusiasmo por los estudiantes.

Pero no sabían cómo localizar a Hemingway. Averiguamos que estaba parando en El Escorial. Al cabo

de un par de horas estaba yo en el *lobby* del hotel, con cinco o seis muchachos, llamando a Hemingway a su habitación. Una de las muchachas habló por el teléfono con el americano. Yo observaba la escena. Ella trataba de convencerlo. Hemingway ponía reparos. No quería. Ella insistía. Entonces la muchacha me pidió que yo hablara con Hemingway.

—¡Por favor, suba a mi habitación solo que quiero hablar con usted! —me pidió Hemingway.

Subí, estaba en calzoncillos, metido en la cama.

Yo lo conocía de La Habana. El americano tenía muchos vínculos con la revista *Bohemia* y conocía a todo el mundo en la prensa cubana.

—Hombre, quíteme a esos muchachos de arriba, que yo no me puedo aparecer en el cementerio armando un mitin en honor de Baroja... Me expulsarían de España...

Estaba realmente preocupado. Y, además, decidido a no hacer lo que le pedían. Y no lo hizo.

De todos modos, al día siguiente, primero de noviembre, hubo un acto frente a la tumba de Baroja al cual asistieron unos doscientos estudiantes y muchos de ellos leyeron discursos elogiando al escritor.

Por los alrededores de la tumba merodeaban los agentes del gobierno vigilando a los muchachos. Los discursos fueron nerviosos y apresurados. En aquellos tiempos, España era un país donde todo estaba prohibido, inclusive elogiar a novelista muerto que había tenido la osadía de ser independiente.

Yo siempre he sentido una particular simpatía por Baroja. Precisamente, lo que más me gusta a mí de Baroja es lo que le disgusta a muchas gentes, es decir, la ausencia de un estilo tal como esto se entiende. En 1910 publicó Ortega y Gasset un ensayo titulado “Ideas sobre Pío Baroja” en el cual decía “que si en España existiese la crítica literaria habría Baroja hallado hace tiempo un correctivo que tal vez hubiera impedido ciertos graves defectos de su producción”. Ortega le señala muchos defectos a la novelística de Baroja. “Los defectos existen, dice, pero los compensa con creces cierto defecto que no hay. Y lo que no hay es la retórica. La retórica es ese pecado de no ser fiel a sí mismo, la hipocresía en arte”.

Los hombres de su tiempo, los que convivieron con él literariamente, no le amaban porque Pío Baroja se pasó la vida maldiciendo de todos. Tenía devociones muy firmes, como Dickens, Dostoiweski y Cervantes, por ejemplo. Pero, en general, era duro con sus colegas. De Rubén Darío dijo que era un tío loco que dormía como una marmota después de tomar dos copas. A Juan Ramón Jiménez no lo soportaba. Tampoco hablaba bien de Lorca. “Hay mala relación entre un andaluz que se entusiasma con los gitanos y un vasco que no los estima”, decía. Sentía devoción por Ortega, pero de Unamuno decía que no lo entendía. A Valle Inclán lo ridiculiza. “Es un hombre de tertulia de café”. Tampoco se veía a sí mismo con benevolencia.

Una vez alguien le preguntó:

—Al hacer un balance de su vida ¿se siente satisfecho?

—Ni satisfecho ni insatisfecho. Es una cosa como después de comer. Dice uno: “Ya he comido ¿bueno y qué?”

Sin embargo, Baroja, en la vida íntima, era un hombre tierno y dulce. Su criada, Clementina, que le sirvió en los últimos días de su vida y que jamás leyó uno de sus libros, me dijo la última vez que la vi “que el señorito Don Pío era un angel”.

Al escribir estos recuerdos de aquel Baroja que yo conocí hace tantos años, en 1956, no puedo evitar sentir algo de terror. El Baroja destruido que yo vi en 1956, poco antes de morir, tendría en aquel momento unos 83 años. A mí me daba la impresión de una ruina humana. ¿Qué ha pasado? Hoy, en el 2001, yo tengo 85 años. Soy más viejo que aquella ruina de hombre. Estoy perdiendo la memoria. No tengo mucho equilibrio. Sin embargo, salgo a la calle, manejo un automóvil, viajo a otros países, me hago mis comidas, voy al *grocery*, no tengo una criada que me atienda, estoy sentado frente a una máquina de escribir, todavía miro a las mujeres que pasan a mi lado con una secreta e inútil admiración... ¿qué pasa? ¿Hasta cuándo? Baroja en los últimos días, a fuerza de olvidarlo todo, se había olvidado de que todavía estaba vivo. Yo he olvidado algunas cosas, pero lo que siempre recuerdo es que tengo una cita con la muerte. ¿Pero cuándo? ¿Es posible que hayamos llegado a un punto en que, a pesar de los médicos, la vida se ha prolongado demasiado y hoy sea más difícil morir que en 1956? Quien sabe.

Creo que fue a principios de los años 40 que yo asistí a una conferencia que daba María Zambrano en la Academia de Ciencias, en La Habana. Tengo idea de que el edificio estaba en algún lugar de la vieja ciudad. Era de noche. La conferencia era sobre San Agustín. María subió a la tribuna, que era un púlpito, dirigió una mirada a la concurrencia, que era escasa, tanto como es de suponer en una ciudad perennemente dedicada al chanchullo, y unió sus bellas manos como si fuera a entonar una oración. Y entonces empezó a hablar...

Yo quedé inmediatamente extasiado y enamorado. Creo que a todos los oyentes les ocurrió lo mismo. En un silencio sagrado, durante más de una hora, María fue invocando el recuerdo de San Agustín. Han pasado muchos años, casi, tal vez, sesenta, pero nunca he olvidado aquel encuentro con María Zambrano.

María estuvo entre el grupo de españoles de altísima calidad intelectual a los que se les negó en Cuba el acceso a las cátedras en la Universidad de La Habana. Porque la universidad, en rigor, no pasó nunca de ser un centro burocrático, con un profesorado mediocre y un alumnado que, en su mayoría, solamente iba a la universidad a sacar lo más pronto sus títulos, engancharse el doctorado (todo el mundo era doctor en Cuba) y entonces salir a la calle a forrajear. Aquel grupo de profesores españoles errantes pudo haber influido mucho en el desarrollo de la cultura cubana. Cuatro pícaros lo impidieron.

Años más tarde, a fines de los 50, estando en París, fuimos Mario Parajón y yo a comer con María Zambrano y José Bergamín en un pequeño restaurante italiano a las orillas del Sena. María y Bergamín se trabaron en una conversación sobre el conflicto español que los había aventado al destierro y los había dejado sin futuro, lejos de su tierra, capeando siempre la miseria, errantes por los países de la América y Europa, y yo tuve aquella noche un vislumbre de lo que es el destierro, cuando se prolonga y se hace casi eterno. Los exiliados españoles dieron un ejemplo de decoro e inteligencia en todos los países de la América Latina donde fueron a vivir. Muchos fueron a parar a Cuba e hicieron una excelente labor en el periodismo y en otras profesiones. Lo curioso es que muchos de aquellos hombres y mujeres, al regresar a España, muchos años más tarde, no fueron acogidos con el valor y el respeto que merecían. Habían naufragado en el olvido.

Los españoles están celebrando los cien años del desastre de 1898 con una cierta alegría. No se entiende bien lo que **celebran** y tampoco la alegría, pero es evidente que han dejado atrás las penas del 98. El director de *El Mundo*, Pedro Ramírez, acaba de publicar un artículo con el título de "¡Viva el Desastre!", en el cual hace algunas consideraciones sobre la manera que tienen los españoles de recordar el pasado.

Con ese estilo un poco ambiguo y retorcido que usan hoy los mejores columnistas de la prensa española (y del cual es un ejemplo Francisco Umbral, siempre sinuoso) el director de *El Mundo* hace alguna ligera insinuación contra el masoquismo de los fundamentalistas que insisten en el tono funeral con deleitación morbosa. "Pero el viento ha cambiado", dice. Y ahora, según él, la línea que domina es la de "España va bien ahora" y tampoco debió ser para tanto lo de hace un siglo.

Pedro Ramírez menciona el caso de José María Marco, el provocador intelectual favorito de Aznar, quien acaba de decir en *El Mundo* que el desastre de 1898 podría haber sido una simple invención. Y es el propio Ramírez el que pregunta si los 50,000 muertos son una invención y si la pérdida de las colonias y la derrota militar y naval que sufrió España en 1898 a manos de los Estados Unidos pueden ser descartadas en forma tan ligera.

Pero Ramírez es una excepción. La mayoría de los columnistas de la prensa española se han tirado

por la línea de destacar la importancia de la generación literaria del 98 que reaccionó –literariamente– contra la derrota y el desastre. Es decir, lo importante es lo que se escribió después de la derrota. Azorín, Baroja, Valle Inclán, Unamuno, los hombres claves del 98, vuelven a la actualidad y se empiezan a reeditar sus obras. ¿Quiénes los van a leer ahora? ¿Es posible que en la España medio boba y elegante del señorito Aznar aparezcan ahora lectores de los hombres del 98 y de los que vinieron después como Ortega y Gómez de la Serna? Parece difícil. Los estantes de las mejores librerías de Madrid están abarrotados de libros de autores desconocidos probablemente con libros también sin importancia. La pornografía de Zoe Valdés y Paco Umbral tiene más importancia en la España de 1998 que las obras del 98 angustioso. Este último se deleita en un libro contando las aventuras de un personaje que se dedica a fornicar con las muertas.

La ministra de cultura, Esperanza Aguirre, acaba de declarar a la prensa que el gobierno prefiere poner énfasis en la generación literaria antes que hacer hincapié en la derrota, porque estos cien años han servido para que España figure actualmente entre los países más avanzados del mundo. Van a hacer exposiciones sobre la España de hace un siglo. Van a publicar los 73 libros más importantes de doce autores del 98. El ministerio va a gastar 2,500 millones de pesetas para conmemorar el 98.

En realidad, no pueden hacer otra cosa. No van a ponerse a lamentar los disparates que hicieron en el 98 y que ya, cien años después, no tienen remedio. Pero lo que se echa de menos en la prensa española de hoy, y en su literatura, es la ausencia de espíritu crítico para ver la España de hoy como realmente es. Esto es, hace falta **otra generación de otro 98**.

España perdió la ridícula guerra de 1898, pero en 1998 lo que ha perdido, o está perdiendo, es su identidad nacional. Cien años después España rinde vasallaje cultural a los Estados Unidos. La penetración americana es incontenible. Basta entrar en un cine cualquiera para observar el espectáculo que ofrecen los españoles contemplando películas americanas dobladas a un español espantoso (que nadie entiende) mientras devoran con entusiasmo cubos llenos de palomitas (pop corn) y cuando salen corren al McDonald, o al Burger King, o al Dunkin Donut o al Pizza Hut.

Claro que esto no es como para echarse a llorar. La influencia americana se siente en toda Europa, pero no tanto como en España, la víctima del 98. Cien años después, Aznar y Matute han enganchado la política exterior de España a los dictados de Washington. España juega como país satélite de los americanos. Esa es la crítica que debieran hacer en 1998 en vez de reproducir a los autores de hace cien años, que ya no tienen vigencia. Hacen falta ahora otros Barojas y otros Unamunos. Y otros Ortegas. La crítica a la sociedad actual de España es lo que hace falta. Lo que sobra es, precisamente, la pornografía de los Umbral y otros tantos. Lo que se advierte en España es que el país ha perdido seriedad. Cien años después el balance dista mucho de ser positivo.

Sobre todo cuando se ve desde afuera y con ojos críticos.

Es tarde en la noche. Y, de pronto, suena el timbre del teléfono. Pienso que es algo raro. Ya recibo pocas llamadas. Una voz recia, enérgica, me pregunta que si soy yo. Claro que sí. Entonces oigo que me dice, secamente: “Te voy matar”. La promesa me agarra de sorpresa. Lo único que se me ocurre es preguntarle, ingenuamente, que cuando me va a matar. En realidad, me asiste todo el derecho a saber cuando va a ser la cosa. El hombre, la voz, se indigna. “Usted es un cínico”, me dice. Le explico que no, que no es verdad, y puesto que ya ha decidido matarme, sin conocerme, sin razones de ninguna clase, sin haber hecho yo nada que justifique esa condena, debo tener, al menos, el derecho a saber cuándo. Y es más, apelo a su generosidad y le pido que me diga por qué quiere matarme. Se queda en silencio. Debe estar pensando. Hay una larga pausa. “¿Estás ahí todavía?”, le pregunto. Me dice que sí, que está ahí. Pero tengo la impresión de que la cólera se va disolviendo poco a poco. Entonces pregunto si alguna vez ha matado a alguien. “Nunca”, me dice. “Tengo enten-

dido que es una cosa desagradable”, le digo. Le razono, además, que a veces meten en la cárcel a los que matan a alguien. “No creo que valga la pena correr ese riesgo”, le explico. Sigue sin decir nada. Es probable que ya se haya arrepentido de la llamada. Entonces le hago una sugerencia: “Es mejor que no me mates por ahora... Espera un poco y me moriré sin tu ayuda”. Al llegar a este punto me tira el teléfono. Aparentemente, me he salvado.

Esa es la cosa. Yo vivo en una ciudad donde todos mis paisanos están de acuerdo. O, al menos, se han puesto de acuerdo, tácitamente, para simular que están de acuerdo en todo. Aquí usted tiene que creer en ciertas cosas y tiene que decirlas en voz alta. Y tiene que ir a los periódicos y a la radio y a la televisión y decir lo que es necesario decir. Hay un solo patrón de pensamiento. Digo, si eso se puede llamar pensamiento. Desde hace muchos años los elementos más ignorantes de esta peculiar sociedad cubana del sur de la Florida han elaborado un repertorio de ideas (si eso se puede llamar ideas) y no es posible apartarse de esa línea. Usted tiene que creer en el crimen del remolcador 13 de marzo. Usted tiene que participar en la indignación que ha producido el caso de los cuatro muchachos de los Hermanos al Rescate. Todos los días, al atardecer, el locutor Pérez Roura lee la lista de los cubanos fusilados ese día, hace 40 años, por la tiranía de Castro, y uno está obligado a guardar un minuto de silencio para conmemorar aquellos crímenes. El hecho de que Pérez Roura, precisamente, en los momentos en que hace 40 años, y 41 años, y durante ocho o diez años, haya estado vestido de miliciano y dando gritos a favor de los fusilamientos, podría servir para descalificar moralmente a cualquiera en una sociedad civilizada o, al menos, podría inducir al curioso personaje a sentir algunos escrúpulos. Pero no es así, lamentablemente. Los fusiladores de ayer son los héroes de hoy.

Ahora bien, ¿por qué a alguien se le ocurre la idea de matarme? Es una pregunta interesante. La explicación podría ser que en Miami toda discrepancia, que es natural en una sociedad democrática, ha pasado a ser un delito o un crimen. Aunque uno discrepe a más de mil millas de distancia. Siempre uno es un malvado por oponerse a la idiotez.

La característica de Miami, en materia de opinión, es la unanimidad. Por ejemplo, usted oye en la radio unas supuestas mesas redondas donde todos los participantes están de acuerdo. Se supone que el concepto de mesa redonda envuelva la idea de confrontación. Si dos individuos se presentan en un programa de radio o televisión para discutir algún problema relacionado con Cuba uno debe esperar que intercambien ideas contrapuestas. Pero eso no ocurre en Miami. Los sujetos siempre están de acuerdo. Uno ratifica lo que dice el otro y lo amplía. Y los mismo ocurre en los periódicos. Todos los artículos del *Herald* siempre dicen lo mismo. Los hay que son más enérgicos que otros. Pero todos dicen lo mismo, con las mismas palabras y los mismos argumentos.

Es decir, en el sur de la Florida, sobre todo en Miami, la norma es la unanimidad. Por supuesto, detrás de todo esto hay una farsa. Los medios no están reflejando el sentimiento de la mayoría silenciosa de cubanos que ya está harta de corrupción y demagogia. Una minoría de elementos corruptos que se han enriquecido con el negocio del anticastrismo y que reciben grandes beneficios económicos (inclusive de Washington) es la que mantiene un ambiente de terror. Locutores millonarios, cómplices en todo el proceso de corrupción que existe en el sur de la Florida, son los voceros de esta peculiar forma de Inquisición. El anticastrismo militante sirve para obtener votos. Para hacer negocios y disfrutar de una absoluta impunidad. Para situarse en las mejores posiciones. Para protegerse de las investigaciones, inclusive las federales. Es el escudo protector. En rigor, un cartel. Un aparato de poder ilícito.

Hace algunos años Jesse Jackson, que suele decir cosas muy inteligentes, dijo que *“lo peor que le podría ocurrir a Estados Unidos era que su política sobre Cuba llegara a triunfar”*. De ese modo estaba señalando que esa política podría desembocar, después de casi 40 años de dislates, en un escenario que afectaría seriamente los verdaderos intereses de los Estados Unidos.

¿Cuál es el sentido de esa política que han seguido, invariablemente, los últimos nueve presidentes? Theodore Sorensen, que fue uno de los asesores de John Kennedy y participó, de algún modo, en los comienzos de la disparatada política de Washington, dijo en una reciente entrevista que *“la relación entre Estados Unidos y Cuba es altamente emotiva por ambas partes: no es racional, no es lógica, es emocional”*. Y agregó que el embargo *“ha sido perpetuado más allá de su utilidad”*.

¿Por qué los dirigentes de la política americana no han podido racionalizar su posición frente a Cuba? Sorensen tiene razón. Interviene un factor emocional. Desde mediados del siglo XIX, cuando se inició el proceso de expansión de los Estados Unidos hacia el oeste y hacia el sur, los americanos se acostumbraron a ver a Cuba como una colonia más o menos encubierta. Cuba era una parte del territorio americano. Una prolongación. Un sector bastante grande de la población cubana, sobre todo las clases económicas, los hacendados, compartieron siempre ese criterio y se sentían muy cómodos en sus relaciones con el norte. Estados Unidos le arrebató la colonia a España en 1898, ya para ese momento muy infiltrada por los intereses americanos desde hacía años y la convirtió en un discreto protectorado.

Sin embargo, en Cuba estaba el germen de una nacionalidad. Desde el principio hubo una minoría inteligente que se opuso al control de los americanos. Ese anhelo quedó sepultado durante años en el alma nacional, en forma más o menos vaga. Los esfuerzos de Washington por hacer en Cuba lo que habían hecho en Puerto Rico (y siguen haciendo) fracasaron siempre. Castro no inventó nada cuando llegó al poder en 1959. Recogió lo que estaba en la tradición de las mejores gentes de la isla. Es decir, el afán por la independencia y por la soberanía. La alianza con la Unión Soviética fue estrictamente coyuntural. Deliberadamente, los Estados Unidos empujaron a Castro a los brazos de Moscú, con la intención de aislarlo, cosa que lograron.

Hoy, 42 años después, el problema del comunismo ha desaparecido. Cuba no representa un peligro para la seguridad del vecino del norte. Pero la política de aislamiento y bloqueo permanece.

Tenemos que preguntarnos qué es lo que pasaría si esa política llegara a triunfar. Es decir, cae la revolución y los americanos instalan en el gobierno a los grupos de Miami, que han sido entrenados para la ocupación. ¿Alguien se ha puesto a analizar, seriamente, la estructura moral y política de estos grupos que llevan años sirviendo de comparsa a la política de Washington?

Hace pocos días, un abogado de prestigio muy controversial, ya muy anciano, decía en uno de esos programas de radio que se transmiten por Miami, que en el sur de la Florida hay más de mil millonarios cubanos. El hombre probablemente se quedó corto. En Miami hay muchos más millonarios. Pero no son millonarios de uno o dos millones. Los hay que manejan hasta cien millones. ¿Y cómo en 38 años estas gentes han desarrollado esas enormes fortunas? Esa es la pregunta clave. Pocas fortunas de cubanos, en el sur de la Florida, escaparían al escrutinio de una comisión investigadora seria y responsable. Sin caer en el error de generalizar, porque hay gentes que han hecho su dinero trabajando honestamente, se podría decir que un porcentaje considerable de esos millonarios han prosperado al ritmo de la zona más corrupta de los Estados Unidos. Después de Medellín y Cali, Miami fue, en un tiempo, el paraíso del narcotráfico y el lavado de dinero. Los bancos y los negocios de la construcción, en una época estaban infiltrados por elementos vinculados a la droga y al lavado. Hay que entender que los Estados Unidos se hicieron un poco de la vista gorda con los “empresarios” cubanos a cambio de que dieran señales de ser anticastristas además de contribuir a las campañas políticas. ¿No vimos hace poco a un “empresario” cubano donando \$20,000 al Partido Demócrata y retratándose al lado del Vicepresidente y de la Primera Dama para caer preso por narcotraficante a los pocos días y forzando al Partido Demócrata a devolver los dólares urgentemente? Ese tipo de hombre ha estado pululando por la zona desde hace muchos años. Algunos, con mejor suerte, han seguido prosperando y hoy figuran como austeros caballeros de la mejor sociedad de Miami y hasta es posible que sean recibidos en la Casa Blanca. Nixon y Reagan fueron benévolos con

estas gentes.

Pues bien, esa es la gente que caería sobre Cuba si desapareciera el gobierno de Castro y comenzara una transición, como ellos llaman al proceso. Si los Estados Unidos se vuelven a apoderar del control de la isla no tendrían otra alternativa que instalar en el poder, en los bancos, en los negocios, a los que han sido sus cómplices en Miami durante tantos años. Es posible que ningún cubano decente e inteligente se prestaría a servir los intereses americanos en un país devastado y lleno de sangre. Solamente aquellos de bajo nivel intelectual y moral, dispuestos al chanchullo y al soborno, se prestarían a servir de comparsas para “reconstruir” a Cuba, como ellos dicen.

¿Qué quiere decir todo esto? Que Cuba, en la época post-Castro, se convertiría en un centro infernal de corrupción. Todo lo malo de Cuba y del estercolero de Miami afluiría sobre la isla para “reconstruirla”.

El resultado sería que Medellín y Cali parecerían vetustos conventos al lado de lo que sería esa Cuba del futuro, poblada por los peores elementos de Cuba, en alianza con los elementos más ávidos e inescrupulosos de la sociedad americana. La “reconstrucción” del sur de los Estados Unidos, después de terminada la guerra civil, se convertiría en un juego de niños al lado de lo que pasaría en Cuba. Con una isla a 90 millas de las costas norteamericanas, con miles de millas de costa, Cuba se convertiría en el punto estratégico de las mafias cubanas para contrabandear con la Florida. Los Estados Unidos, después de imponer su política en Cuba, se enfrentarían a una situación peor que la que tienen ahora con Castro.

Es obvio que durante 38 años, Washington no ha podido manejar a los elementos cubanos en el sur de la Florida. Fue posible en un comienzo, en los años 60 y 61, cuando trataban a los cubanos del Consejo Revolucionario y los engañaban con pequeños salarios y hasta llegaron a encerrarlos en un hotel, presos, cuando lanzaron la expedición sobre Bahía de Cochinos. Después los cubanos han aprendido mucho, han hecho enormes fortunas, sobornan a los políticos, consiguen contratos, pagan por la impunidad, han asimilado lo peor de la sociedad americana con la natural picardía del cubano ambicioso. Ese animal, ese Cuban American, es el que caería sobre la infeliz isla, protegido por Washington.

La política inteligente y racional sobre Cuba, la que echa de menos Theodore Sorensen, es la de renunciar a la soberbia, al conflicto emocional, la que podría llevar a los Estados Unidos, en varias etapas, a respetar la independencia y soberanía de Cuba y convertir a Cuba en un aliado respetuoso y respetable. Eso es posible. Pero no lo hacen. Hay pasión y hay ceguera. Y están caminando derechamente a convertir a Cuba (Dios no lo quiera) en un refugio de bandoleros.

Yo nací en el mismo centro de La Habana, en una casa marcada con el número ocho de la calle Maloja. Toda mi niñez, y mi adolescencia, y hasta los 37 años de edad, viví en La Habana. Nunca se me ocurrió que podría ir a vivir a otra parte, a otro país. De modo que los más de 47 años que he estado viviendo en el extranjero han sido un accidente lamentable. He sido víctima de las turbulencias políticas de la isla. Pero, sin duda, aun a mi pesar, instintivamente, yo tengo un gran apego a mi tierra y a mis gentes. Pude haber organizado mi vida, como han hecho otros, para asentarme en el extranjero. Nunca pude hacerlo. Ni siquiera pude abandonar mi lengua para trasladarme a la inglesa. Tengo el conocimiento que se requiere para la lectura y escritura, pero mi rechazo al habla ha sido casi permanente. Estudie francés e italiano, y me ocurrió igual. Sigo aferrado al español. Es decir, yo he mantenido, contra viento y marea, mi adhesión a la tierra donde nací. Y a mi lengua.

Sin embargo, con las excepciones de rigor, yo no siento mucha simpatía por mis compatriotas. No siento esa solidaridad que debe ir acompañada con el amor a la tierra materna.

Por ejemplo, cuando tiro la vista al pasado y advierto con que facilidad los cubanos, que se habían pasado 30 años en lucha con los españoles para obtener la independencia, se sometieron a la tiranía de los americanos, se me revuelve un poco el estómago. ¿Por qué tanta sangre, tanta lucha, tanto

heroísmo, tanta desolación, tanta ruina, para venir a convertirse al final, en 1898, en alabarderos del gobernador americano? Los filipinos se sublevaron y pelearon. Los cubanos se doblegaron. Hubo rebeldías, pero fueron esporádicas y murieron al nacer. Son pocos los cubanos que se salvan de aquel período de vergüenza que va del 1898 al 1902.

¿Y después? Nuestra historia como pueblo es grotesca y triste. Desde el 1902 hasta el 1959 hay un itinerario de infamia. El ambiente en Cuba fue sórdido y brutal. No se salva nadie en ese período. Algunas voces aisladas dejan constancia de su repugnancia. Yo viví en las calles, como un joven de 16 años, el sueño de independencia de 1933. Pero duró poco. Casi nada. Antes de que terminara el año 33 ya casi todos se habían entregado a los Estados Unidos otra vez. Y los mejores habían muerto. Batista, con su corte de sargentos con tatuajes, fue una ofensa a la inteligencia y al pudor de los cubanos mejores. Grau tuvo gestos, algunos, pero fue débil y al fin también fue a **visitar** al embajador americano.

A partir del 33 yo fui testigo, primero desde lejos y después desde muy adentro, del proceso de envilecimiento en Cuba. En la juventud uno busca desesperadamente a quien admirar, pero eso era irrealizable en Cuba. Nada era admirable. Nadie. Los mejores hombres aspiraban a los ministerios y terminaban en las casas de putas. Uno tenía que escoger entre la tuberculosis o la adaptación al medio para no morir de asco.

Durante toda mi juventud estuve oyendo hablar de la necesidad de hacer una revolución en Cuba. Yo no conocí, desde el 33 (antes, ni hablar) un solo dirigente político al cual se le pudiera atribuir una dosis de inteligencia y vergüenza. Es posible que haya existido. Pero yo no tuve la oportunidad de encontrarme con él. Mala suerte.

Yo no lo puedo negar. Siempre fui íntimamente partidario de un gobierno de mano dura. Siempre creí que era necesaria en Cuba una dictadura. Claro, era una utopía. Un gobierno duro e inflexible que metiera en cintura a las clases económicas que saqueaban el país, un gobierno que llenara las cárceles con los culpables de la corrupción oficial y privada, un gobierno enérgico que pusiera al embajador americano en el lugar que le correspondía, un gobierno que se ocupara de educar a las gentes del pueblo para formar ciudadanos responsables que al menos no se mearan en las calles. Era un sueño, por supuesto, un sueño irrealizable, porque todas las dictaduras al fin y al cabo se corrompen. Y a veces se corrompen absolutamente.

Todos los que pensábamos seriamente en Cuba albergábamos tal vez en lo íntimo de nuestras conciencias el mismo pensamiento. Aquí hay que gobernar con mano dura y justa para crear la nación que nos falta todavía. Todo el rejuego democrático que nos querían imponer los americanos para manejarnos era cosa de relajo. Cuba necesitaba, de espaldas a los Estados Unidos y a sus tendencias corruptoras, una cura de silencio y rigor. Para lograr la verdadera independencia de la isla, la que tanto habían soñado los mejores, era indispensable ir a las raíces para forjar la nación.

Eso fue, tal vez, y repito que tal vez, lo que se quiso iniciar en Cuba en 1959 con la revolución. No hablemos de comunismo, eso no paso de ser una coyuntura. La ruptura con los Estados Unidos era necesaria para llevar a cabo un proyecto de creación nacional. Es obvio que durante 42 años, hasta ahora, Cuba se ha ido recreando mediante el sufrimiento y el acoso. El acoso de Washintong ha sido el mejor abono para la formación nacional.

Durante esos 42 años Cuba ha tenido la suerte de poder sacudirse casi dos millones de habitantes que eran un peso muerto atravesado en el camino de la renovación. Tal vez será necesario sacudirse otros dos millones. Ese desgajamiento de población ha sido benéfico para el país. Primero, porque ese era el sector de población que no quería participar en la dolorosa formación de la empresa nacional. Eran las excrescencias, los tumores. Cuando en un país que se enfrenta a un bloqueo brutal de una potencia vecina poderosa hay dos millones de seres humanos que se quieren marchar “en

busca de la libertad”, como dicen, y dejar atrás la tierra en que nacieron, eso revela que en ese país ha existido una situación cancerosa. Ha sido un país enfermo. La extirpación era necesaria. Y no debe limitarse a los dos millones. La amputación debe avanzar hasta donde sea necesaria. Las tendencias dispersivas no siempre son malas.

Eso, en primer lugar, como una medida saludable. Y, en segundo lugar, como un acto de guerra secreta contra el país del norte que está atravesado en el destino de Cuba. ¿Por que esto último? Porque esos detritus de población, esos elementos residuales de la población cubana, asentados en el país del norte, constituyen el mejor castigo a su política agresiva contra Cuba.

Los Estados Unidos empezaron a atraer cubanos hacia su territorio en el año 1959 con la ingenua idea de que dañaban al proceso revolucionario. Ha sido al revés. Las masas cubanas en los Estados Unidos han sido un elemento corruptor. Han destruido las instituciones en el sur de la Florida. Se han infiltrado hasta en el Congreso americano y allí representan las causas peores. Han corrompido a los políticos americanos con enormes sumas de dinero de dudoso origen. De modo que lo que se pensó que sería un daño para Cuba, y una manera de abrir la brecha para derribar el proceso de renovación en la isla ha operado a la inversa. Ha sido una trasmisión infecciosa. Agréguese a esto que otras nacionalidades en la América Latina se han aprovechado de la invasión cubana para lanzarse por las mismas rutas. De hecho, es una invasión incontrolable. El origen de esto está en el conflicto con Cuba.

En rigor, y hablando con un sentido crítico, a Cuba ya no le conviene restablecer relaciones con los Estados Unidos. Todavía Cuba está en un proceso de depuración y necesita consolidar sus objetivos primarios. Las relaciones con los americanos servirían para introducir en Cuba, nuevamente, los ingredientes de descomposición que estuvieron siempre presentes en nuestra triste historia. A Cuba le conviene la soledad y el acoso. Le conviene depurar más su población. Más le vale tener cinco o seis millones de cubanos conscientes de la misión que se han impuesto que doce de elementos residuales que sueñan con un bote. Las relaciones interrumpirían el proceso de saneamiento moral que Cuba tiene que llevar a cabo.

Sinceramente, y aunque esto parezca que va contra las nociones más comunes, no creo que a Cuba le convenga caer en la trampa de la democratización a que quieren llevarla. Creo que Cuba debe ser respetuosa de los derechos humanos, sobre todo en un mundo como el actual donde los tales derechos no se respetan en ninguna parte, sobre todo en los Estados Unidos. Que no se hable de Colombia, donde los ríos ya no llevan agua sino sangre. Y en Brasil donde más de 5000 niños son asesinados cada año. Y otros tantos cazados como fieras en las calles de Sao Paulo. Pero, por otra parte, Cuba debe endurecer sus leyes, debe no solamente mantener el orden político sino, además, lanzarse a disciplinar seriamente a la población. Cuba es hoy un país de relajo donde los ciudadanos (¿son ciudadanos?) hacen lo que les da la gana, desde mear en la calle hasta destruir poco a poco todo lo que forma la infraestructura pública. El gobierno, que durante 42 años ha estado a la defensiva, se ha olvidado de que tiene que regular la conducta de sus ciudadanos. Cuba es hoy el país más desordenado del mundo occidental.

En mi reciente viaje a La Habana tuve el honor de reunirme con un nutrido grupo de intelectuales, todos ellos jóvenes y progresistas, algunos hasta con barbas, casi todos delgados y mustios, como es de rigor que sea en una isla sitiada desde hace tantos años, y pude sostener con ellos un diálogo inolvidable. La reunión fue en una casa situada en la calle Desamparados, de la

misma capital. Cometí el error de no anotar los nombres de todos los asistentes a la reunión. Recuerdo, sí, que el más verboso me dijo que se llamaba Diosdado de la Fuente. Tengo la vaga impresión de que algunos de los presentes eran miembros del gobierno y dirigentes importantes del partido.

—Tenemos grandes planes para el año 2000 y queremos conversar con usted para saber su opinión en relación con algunos proyectos... —me dijo Diosdado para empezar. Todo esto después de habernos tomado un café que estaba frío y un poco aguado.

—Con mucho gusto y fina voluntad... —le respondí.

—Hemos decidido que es importante elaborar un proyecto de reconciliación cubana para hacer justicia... —agregó Diosdado.

—¿Es qué piensan abrir otra vez el paredón? —le pregunté.

—Nada de eso. El paredón ha sido superado por la historia. El proyecto que estamos elaborando se titulará Rescate del Milenio.

—Muy interesante... —dije con cierta emoción.

—Ocurre, —continuó diciendo Diosdado— que en nuestras discusiones hemos llegado a la conclusión de que ya en Miami quedan muy pocos enemigos de la revolución porque casi todos se han muerto.

—Eso es muy cierto.

—Entonces, partiendo de la base de que casi todo el personal que está en los puestos de combate de Miami son viejos compañeros que, en un momento de pesimismo perdonable, desertaron de la revolución y se pusieron al servicio del imperialismo, se nos ocurre que el gobierno de Cuba debe dictar una amnistía general para que esos viejos compañeros de luchas se reincorporen a las tareas revolucionarias.

—Hermosa idea —exclamé con entusiasmo.

—Después de 42 años la revolución puede ser generosa y perdonar a los compañeros descarriados. La amnistía, seguramente, la aprobaremos como general, sin excluir a nadie. Pero estamos pensando que, en algunos casos, debemos hacer invitaciones especiales dirigidas a viejos compañeros que fueron verdaderos héroes fundadores de la revolución.

—¿Y el compañero Fidel, está enterado de este plan maravilloso?

—Absolutamente. Está entusiasmado con la idea. La nostalgia lo tiene muy adolorido. El quisiera, por ejemplo, poderle dar un abrazo a Carlos Franqui, su viejo amigo, su inolvidable secretario, el hombre que desde las páginas inolvidables de Revolución supo entusiasmar a las masas con los fusilamientos y las confiscaciones...

—¿Y le exigirían a Franqui que devolviera los cuadros y las joyas que se llevó cuando escogió la libertad? —pregunté candorosamente.

—No señor. Eso es historia pasada. Inclusive a Franqui se le devolverían las propiedades que tenía en Cuba antes de irse. Hasta le devolveríamos el palco privado que tenía en la Cabaña para disfrutar los fusilamientos.

—¿Entonces, pensarían reanudar los fusilamientos?

—De ninguna manera. Ya aquí no se fusila a nadie. Pero el palco serviría a Franqui para dormir la siesta.

—¿Está incluido también Guillermito Cabrera Infante en ese maravilloso plan? —indagué con ansiedad.

—Sin duda, sin duda... —dijo Diosdado y los demás aplaudieron.

—¿También le devolverían el palco en La Cabaña?

—Por supuesto. La revolución necesita hombres del calibre de Guillermito y es necesario propor-

cionarles lugares para la expansión.

—¿Qué otros personajes están incluidos en ese extraordinario plan de rescate?

—Tamargo, por ejemplo, el hombre que ha escrito las más bellas estrofas sobre el Comandante en jefe. Hemos pensado que se le nombraría director de *Bobemia* para rescatar el prestigio de la revista. Fidel quiere darle un abrazo y darle las gracias... A Pérez Roura lo vamos a nombrar Director General de Radio Rebelde porque a Fidel le encanta oír sus discursos...

—¿Y qué harían con el dinero que tiene?

—Que lo traiga, que lo traiga...

—¿Y qué me dicen de Alvaro Prendes?

—Ese es un héroe de la epopeya de Bahía de Cochinos que ha sido maltratado en Miami. Fidel quiere devolverle sus condecoraciones.

—Pero ese plan de ustedes es terrible. Se quedaría el *Miami Herald* sin columnistas y redactores. Carlitos Castañeda abandonaría su puesto. Raúl Rivero volvería al *Gramma*. Las estaciones de radio de Miami se quedarían sin personal... lo mismo la televisión.

—Todos son compañeros inolvidables que merecen el perdón. Hasta César Leante, que vive en Madrid, y a quien llamaban el verdugo, tiene derecho a la reivindicación.

—Sospecho que lo que ustedes pretenden es joder a Miami... —dije.

—La Patria es de todos... —me dijo Diosdado escondiendo una sonrisa debajo de la florida barba.

Cuando operaron a Olga de la vesícula, en un hospital de Hollywood, ella me contó que la primera noche su madre se había pasado mucho tiempo al lado de su cama.

—Yo la veía, a mi lado, y ponía la mano aquí... No me decía nada, pero me miraba con ternura... —me contó.

—¿Y no tuviste miedo?

—No, no lo tuve —me respondió—, al contrario, sentí una gran paz interior.

Yo no creo en nada. Tal vez porque me falta sensibilidad. Pero esta extraña visita de la madre, muerta hace, muchos años, me dejó muy impresionado. Me pareció... como un aviso. Y, en efecto, lo fue, porque al año siguiente murió Olga.

Recuerdo que después de aquella operación me decía que ahora le tocaba morir a ella. Varias de sus medias hermanas habían muerto y quedaban dos.

—Yo voy a ser la próxima... —me decía. Pero no lo decía con miedo sino con una gran resignación.

Su conducta en la hora de la muerte, su gran valor, ha sido para mí una terrible lección. Tengo la conciencia herida. Tantas cosas que pude haberle dicho en el proceso de su enfermedad y sin embargo, no lo hice. Fue un error que ahora pago con creces. Creemos que se le debe quitar importancia a la muerte para no afligir al que muere, que nos es muy querido. Y es un error. Se debe hablar de la muerte con los que van a morir. Pienso que para Olga habría sido un gran consuelo hablar conmigo de su muerte y recordar todo lo que habíamos recorrido juntos. Y, sobre todo, pedirle perdón por todo el daño que yo le había hecho con mi conducta.

Creo que fue a fines de 1948 que yo le hice una primera entrevista a Batista. Había comprado una senaduría por la provincia de Las Villas e iba a regresar a Cuba. Ya Carlos Prío Socarrás había tomado posesión de la presidencia y le había dado garantías a Batista para que regresara. La entrevista fue en Miami, la noche antes de su regreso a Cuba. Hice la cita con sus amigos en Cuba y Batista me estaba esperando en la casa del ex-General Tabernilla. Me pareció que le daba mucha importancia a la entrevista, a juzgar por la buena recepción que me hicieron. Batista, se encerró en un cuarto conmigo y comenzamos la conversación.

—¿Cuándo vas a publicar esta entrevista?

—Usted llegará a las seis de la tarde a La Habana y *Prensa Libre* estará circulando, más o menos, a las siete de la noche con la entrevista.

Eso pareció gustarle mucho.

—General, algunas gentes en Cuba, en conversaciones privadas, creen que usted podría representar un peligro para la estabilidad de la democracia en el país... Usted tiene todavía seguidores en el ejército.

—No, eso está descartado completamente. Yo contribuí al restablecimiento del orden democrático en el país y nadie puede pensar que yo podría echar abajo mi propia obra. No hay que olvidar que yo fui el que propició la Constitución de 1940. No voy ahora a participar en una conjura para echarla abajo.

El que más se preocupaba por la presencia de Batista en Cuba era Genovevo Pérez, Jefe del Ejército. Pero Genovevo, de todas maneras, era un jefe muy exigente. Dormía con un ojo abierto. Adivinaba las conspiraciones. Batista nunca habría podido dar un golpe si Genovevo Pérez hubiera continuado como Jefe del Ejército. El presidente Prío no entendió esto como tampoco entendió muchas otras cosas. Cometió el error de destituir a Genovevo Pérez más o menos a la mitad del período y dejó a las Fuerzas Armadas acéfalas. El nuevo Jefe del Ejército fue Ruperto Cabrera, un hombre excelente cuya verdadera vocación era la carpintería y que había llegado a ser general porque Cuba era, exactamente, un país surrealista. Siempre ocurrían las cosas más extrañas del mundo.

—¿Usted va a aspirar a la presidencia? —le pregunté a Batista.

—Es muy temprano para lanzar una aspiración semejante. Pero, claro, esa posibilidad no puede descartarse...

—Pero, por supuesto, usted es ya senador y va a hacer política.

—No me voy a retirar. Mi destino ha sido siempre la política...

Batista era un hombre que medía mucho sus palabras. Siempre estaba en guardia cuando se enfrentaba a un periodista. Nunca decía más de lo que quería decir.

Esa fue la primera vez que yo hablaba con Batista y confieso que me hizo muy buena impresión. Había un contraste muy fuerte entre Batista y el resto de los políticos cubanos. Años más tarde yo sería víctima del gobierno de Batista y sería perseguido por él hasta el punto de que creo que fue él quien le puso fin a mi carrera como periodista en Cuba. Siempre él se opuso, personalmente, a que yo regresara a hacer un periódico. Cuando Miguel Angel Quevedo, en 1956, quiso comprar *El Crisol* y ponerlo en mis manos, Batista lo llamó y le dijo, sin rodeos, que no estaba de acuerdo con esa decisión. Quevedo tuvo que acatar el veto. De todos modos, y pese a todo eso, yo tengo que admitir que la personalidad de Batista ha sido distorsionada y nunca se ha sabido entender que el hombre que apareció súbitamente en el escenario el 4 de septiembre de 1933 no era un improvisado.

Batista, en 1933, no era el sargento ignorante que ha difundido la leyenda. Ya desde hacía años había estado trajinando con los grupos políticos. Algunas gentes lo vinculan a Julio Antonio Mella y al Partido Comunista. Durante la lucha contra la dictadura de Machado Batista aparece envuelto con los abecedarios. Es decir, el 4 de septiembre de 1933, Batista se apodera del mando de las Fuerzas Armadas porque en medio de un bonche de sargentos ignorantes él era el único que sabía lo que estaba haciendo. Y luego, entre el 4 de septiembre y el 15 de enero, Batista liquida a todos los dirigentes políticos que le disputaban el poder, incluyendo a Grau San Martín. La característica fundamental de casi todos los que participaron en aquel proceso del 4 de septiembre fue, precisamente, la incompetencia. Entre los estudiantes no había ninguno que pudiera destacarse por una habilidad política apreciable. Los dirigentes políticos de aquellos

tiempos eran mediocres. El único que sobresalía era Grau San Martín, y no supo maniobrar frente a Batista. Es posible que lo que le daba la mayor ventaja a Batista era su carencia absoluta de escrúpulos y su ambición desmedida de poder y dinero. Batista, a la hora de agarrar el poder, traicionó a todo el mundo. Para él la única realidad era el poder y cuando se dio cuenta de que todos los que participaron en aquel proceso del 4 de septiembre manejaban un lenguaje revolucionario por el día y por las noches corrían a la Embajada de Estados Unidos para intrigar con el embajador Sumner Welles, siguiendo una costumbre muy cubana que había comenzado en los tiempos del General Leonardo Wood, entre 1899 y 1902, cuando Batista vio el espectáculo, es muy posible que haya decidido superar a todos los demás en el sometimiento al embajador. De ahí arranca su triunfo. Fue el hombre que en aquel momento, con las fuerzas en su mano, le dio garantías a Washington y se convirtió en una especie de pro-cónsul. A partir de aquel momento, el propio Batista trató de ocultar su participación en las correrías revolucionarias antes del 4 de septiembre e inclusive sus vinculaciones con los comunistas. La única lealtad invariable de Batista fue hacia los Estados Unidos. Ellos lo instalaron en el poder absoluto en septiembre de 1933. Y luego, en 1952, lo apoyaron para dar un golpe de estado.

Pero en 1948, cuando yo lo estoy entrevistando en Miami, todo aquel pasado ha quedado atrás. Batista es un líder civil. Es un senador. Va a regresar a Cuba para hacer política. El presidente Prío es un hombre profundamente torpe y no es capaz de prever el futuro. Su gobierno es corrupto. Batista le pide garantías y Prío se las da. Inclusive le pone a su disposición una escolta de militares.

Pero Batista, a pesar de esas garantías, no las tiene todas consigo. Le preocupan las pandillas que operan impunemente en Cuba. Es cierto que algunos pandilleros prosperaron durante los cuatro años del gobierno de Grau. Pero hay algunos grupos supuestamente revolucionarios, aunque no se sabe de que revolución hablan, que presumen de tenerle odio a Batista.

—¿Tú crees que esos grupos son realmente peligrosos? —me pregunta Batista, bajando la voz.

Me doy cuenta que eso es lo que más le interesa a Batista. Tener una impresión, de primera mano, sobre los grupos.

—Yo creo que sí, General... —le digo.

—¿Por qué? —me pregunta.

—Porque en Cuba, en estos tiempos, las garantías se las tiene que dar uno mismo. Grau no pudo controlar las pandillas ni tampoco la corrupción. Y Prío es todavía más flojo.

—¿Qué es lo que tu sugieres?

—Que debe cuidarse mucho...

—Comprendo, yo pienso lo mismo...

La entrevista, como estaba previsto, salió publicada en *Prensa Libre* una hora después de la llegada de Batista al aeropuerto. El tema de la entrevista fue la decisión del nuevo senador de participar en la lucha política con el mayor respeto al sistema democrático, etc.

Al llegar a Cuba y asomarse a la escalerilla del avión, un millar de amigos del ex-presidente lo estaban esperando para ovacionarlo y protegerlo. Batista no descendió por la escalerilla. Lo que hizo fue lanzarse en brazos de sus amigos que lo cargaron con entusiasmo y lo sacaron del aeropuerto. Probablemente, fue algo que estaba preparado. Después se sumergió en su casa de Arroyo Arenas.

Pero los grupos **revolucionarios** siguieron insistiendo en que tenían que matar a Batista. Hubo planes. Le hicieron algunas encerronas para atentar contra él. Pero siempre ocurría algo que impedía el atentado. Batista se cuidaba. Yo sospecho que el atentado a Batista era algo que los grupos utilizaban para chantajear al presidente Prío. Es posible que cada vez que Prío tenía que intervenir para impedir "que le mataran a Batista", se viera en la necesidad de conceder algunos beneficios a los supuestos matadores. Cuba, en aquellos años, era un país poco serio. Nadie tuvo interés, realmente, en matar a Batista.

A través de todos los tiempos se ha hablado mucho del extremismo de los cubanos y se les ha criticado la tendencia a la violencia. Sin embargo, la república que construyeron los americanos y que arranco el 20 de mayo de 1902, nació bajo el signo de la moderación. Es obvio que a partir de 1898, al terminar la guerra que le habían hecho a España para apoderarse de Cuba los Estados Unidos se encontraron en una situación muy embarazosa. Las campañas de la prensa americana a favor de la independencia de Cuba y el fervor que se creó en la opinión pública forzaron al Congreso a aprobar la resolución conjunta. Hubo también presiones económicas de los cubanos sobre el Congreso para inclinar el ánimo de los senadores a la aprobación de la resolución. Se repartieron bonos por dos millones de dólares que fueron pagados, con intereses, años más tarde. Sea como sea, el Congreso declaró que Cuba era y de derecho debía ser libre e independiente. McKinley no tuvo más remedio que firmar la resolución.

¿Cómo dar marcha atrás después de haber contraído formalmente el compromiso de respetar la soberanía de Cuba? Al desplazar a los españoles e izar la bandera americana el 1 de enero de 1899 comenzaron los trajines en Washington para no cumplir el compromiso. ¿Que hacer? De todas partes, en la prensa y en el Congreso, surgieron voces sugiriendo, casi exigiendo, que se pusiera a un lado la famosa resolución y se anexionara la isla a los Estados Unidos.

De acuerdo con la justicia y la razón, la bandera que se izó el 1 de enero de 1899 debió ser la bandera cubana. El pueblo cubano percibió como un abuso la ocupación militar de los Estados Unidos que duró tres años y medio. No era necesaria. La excusa de que los cubanos no estaban preparados para el gobierno y que los Estados Unidos habían contraído un compromiso en el Tratado de París para pacificar el país era inaceptable. ¿Por qué los cubanos de aquella época aceptaron la imposición militar? Prevalció entre aquellas gentes un criterio moderado. Es posible que bajo la superficie de esta moderación existiera una capa de complicidad. La influencia de los Estados Unidos en Cuba, sobre todo en el orden económico, era ya muy grande a fines del siglo pasado. El delegado del gobierno cubano en Washington, Tomás Estrada Palma, era un convencido anexionista. Máximo Gómez había pedido, poco después de la muerte de Maceo, la intervención de los Estados Unidos. Cuando los americanos se apresuran a desarmar al ejército cubano que estaba ocioso en los pueblos es evidente que lo hicieron, con la ayuda del General Gómez, para impedir una sublevación.

Es decir, la ocupación militar que comenzó el 1 de enero de 1899 fue, de hecho, un escamoteo de la independencia, que fue muy bien visto por los sectores económicos tanto españoles como cubanos. Se vio como una garantía del orden público. Inclusive hubo una gestión de los españoles con los americanos pidiendo que se les diera la ciudadanía americana para protegerse de unas eventuales venganzas de los cubanos. En Santiago de Cuba, por ejemplo, al tomar la ciudad, los americanos impidieron la entrada de los cubanos y mantuvieron en sus puestos a las autoridades españolas.

Estaba sembrada, desde hacía años, la semilla de la complicidad con los americanos. No solamente entre los cubanos sino, además, entre los españoles, muchos de los cuales eran partidarios de la anexión.

La moderación de las clases dirigentes cubanas que habían luchado por la independencia fue un factor importante en la ocupación militar. A juzgar por la forma en que se portaron algunos sectores de la sociedad cubana en años posteriores, evidenciando un apoyo escandaloso a la injerencia americana, es posible creer que primero el General Brooke y luego el General Wood, las dos figuras de la ocupación militar, encontraron un absoluto acatamiento por parte de importantes sectores de la población. Lo que ocurrió después, desde 1902 hasta 1959, es revelador de la actitud de los cubanos. Los embajadores todopoderosos en tiempos de José Miguel Gómez, Menocal, Zayas, Machado, hasta llegar a Sumner Welles en 1933, que prácticamente manejó a su capricho a los cubanos hasta que surgió un breve movimiento revolucionario encabezado por Grau San Martín, revelan el tipo especial de relación que han tenido los cubanos con los Estados Unidos. La creación, a partir de 1959, hasta hoy, de una comunidad en el exilio, de casi dos millones de cubanos, convertidos en cómplices de la política de Washington para aplastar la revolución, corrobora lo que estamos señalando. No es tanto que los Estados Unidos hayan querido apoderarse de Cuba durante dos siglos como el hecho de que un sector importante de la población cubana estaba dispuesta a ver con satisfacción esa aspiración.

No hubo una sublevación de los cubanos contra la ocupación militar en 1899. Y si se habló vagamente de eso, el propósito murió al nacer.

A partir de aquella ocupación, sin embargo, los Estados Unidos se enfrentaron a la necesidad de buscarle una vuelta a la resolución del Congreso que reconocía la soberanía de Cuba.

El hombre clave para amarrar a Cuba fue el abogado de Nueva York Elihu Root, nombrado por McKinley en la Secretaría de Guerra ya avanzado el año 1899. En julio de 1899 un ayudante de McKinley llamó por teléfono al abogado Root y le dijo que el presidente quería nombrarlo Secretario de Guerra. Su respuesta fue que no aceptaba el cargo porque “el no sabía nada de guerras. “Espere un momento”, le dijo el ayudante. Y al poco rato regresó al teléfono y le dijo que el presidente no estaba buscando un secretario para la guerra sino un abogado inteligente para manejar las nuevas colonias que le habían caído en la mano. Es decir, Puerto Rico, Filipinas y Cuba. Estados Unidos se estaba estrenando como potencia colonial y no tenía experiencia en esos asuntos. Era necesario darle forma legal a las nuevas adquisiciones. La misión de Root, por consiguiente, era organizar la administración colonial. No era una empresa fácil.

Elihu Root llegó a Washington a las 10 de la noche del 24 de julio de 1899 para conferenciar con McKinley. Y unos días después tomó posesión del cargo. Entonces, el nuevo secretario le escribió a su esposa diciéndole que estaba impresionado por la tarea que tenía por delante. Es decir, “influir en las vidas de millones de infelices criaturas que miran hacia los Estados Unidos en busca de civilización y libertad y esperan la bendición de la ley y el orden”.

Entre las infelices criaturas que necesitaban ser “civilizadas” por Elihu Root estaban los cubanos. En pocos días se dio cuenta de que era necesario buscar una fórmula legal para no soltar la isla. Poco después fue el propio Root el que propuso que el General Leonardo Wood se hiciera cargo de la gobernación de la nueva colonia. No se equivocó en la selección. Trabajaron muy de acuerdo y lograron resultados admirables.

Años más tarde, testificando ante un comité del senado americano acerca del trabajo de Leonardo Wood, Root hizo una declaración que nos revela cuál era la situación en Cuba. Dijo: “No había ni 12 hombres en Cuba, en aquel año de 1899, que creyeran que los Estados Unidos iban a cumplir la resolución conjunta del Congreso que garantizaba la independencia de la isla y estábamos todos los días a punto de que ocurriera la misma sublevación que ocurrió en Filipinas. Todos los días temía ver en los periódicos la noticia de que las tropas americanas estaban disparando contra los cubanos”. Eso decía Root.

Pero los cubanos de aquella época, hábilmente manejados por Leonardo Wood, fueron muy moderados. No se sublevaron. Aceptaron la realidad y con pocas excepciones siempre predicaron la paz, el orden, la obediencia y la resignación.

Véase, por ejemplo, lo que decía uno de los hombres más inteligentes de Cuba, Enrique José Varona, un verdadero patriota:

Si los delegados a la convención (de 1901) se obstinan en pretender que en las relaciones internacionales de Cuba, cualesquiera sea su índole, nada tenga que decir el gobierno de Washington, vamos a dar contra un muro infranqueable y podemos encontrarnos, por muchos años, en la posición de las provincias otomanas que Austria-Hungría administra y ocupa militarmente.

Si un hombre como Enrique José Varona, de gran prestigio intelectual, aconsejaba la moderación y el respeto, no era posible esperar que aquellos generales de la guerra de independencia pudieran lanzarse a una campaña de resistencia contra la ocupación militar americana.

Hay abundante información que nos revela que para llevar a cabo la misión de “estrechar las relaciones” entre Cuba y los Estados, la pareja que formaban Elihu Root y Leonardo Wood utilizó hábilmente el soborno, el halago, las presiones, y cuanto recurso les vino a mano, para impedir que los cubanos se mostraran intransigentes. Y no lo fueron. Fue necesario esperar hasta 1959, es decir, 60 años, para que surgiera en Cuba una generación realmente intransigente.

En sus cartas, publicadas posteriormente, Root insiste en decir que su objetivo en Cuba era "preparar a los cubanos para el gobierno propio". Por ejemplo, en mayo de 1900, en una carta dirigida al presidente de la Universidad de Harvard, Charles W. Eliot, Root le decía:

Habría sido un error sacar a los españoles de Cuba y dejar que los cubanos resolvieran sus problemas, teniendo en cuenta que dos tercios de la población no saben ni leer ni escribir e ignoran todo lo relacionado con el gobierno.

Evidentemente, Elihu Root pensaba que Cuba era una isla en estado salvaje. Quería ignorar el hecho de que en el país existía una minoría culta, de un alto nivel, que a pesar del índice de analfabetismo, producto de la habitual incuria del colonialismo español, había sabido pelear contra el poderoso ejército de la metrópoli hasta el punto de que ya, en 1898, los cubanos habían llevado a España al borde de la derrota. Por otra parte, Root parecía ignorar, en su carta al presidente de Harvard, que la Universidad de La Habana había sido fundada antes que la de Harvard.

La Convención para redactar la constitución de la nueva república se reunió por primera vez, convocada por el gobernador Wood, el 5 de noviembre de 1900. En la convocatoria iba la petición de que los cubanos resolvieran, del mejor modo posible, el problema de las relaciones futuras de Cuba con los Estados Unidos. Root le insiste a Wood que no se deben hacer demandas ni se debe presionar a los cubanos. La Convención debe tener la iniciativa. Es decir, el abogado que es Elihu Root quiere que sean los cubanos los que tomen la iniciativa de darles poder a los Estados Unidos en la misma Constitución, para recibir su protección. Pretende que no parezca como una imposición del vencedor.

Pero ya, en ese momento, Root tiene preparada lo que iba a ser, con leves cambios, la enmienda que llevaría el nombre del senador Platt.

Ya, desde entonces, comienzan las amenazas veladas contra los cubanos. Root le escribe a Wood diciéndole que le explique a los cubanos que no deben tener la idea de que, hagan lo que hagan, van a tener siempre la protección de los Estados Unidos. Si Cuba no les da ellos, a los americanos, suficiente autoridad para protegerlos, entonces se las van a tener que arreglar solos en caso de que tengan problemas con alguna otra nación. "Y nosotros negociaremos con esa otra nación no a favor de Cuba sino a favor nuestro... Si el pueblo americano llega a tener la impresión de que los cubanos son ingratos y poco razonables, entonces el pueblo americano no será tan altruista y sentimental la próxima vez que ellos tengan que intervenir en los problemas cubanos como fueron en 1898", escribe Root.

El 19 de enero de 1901, Wood le escribe a Root advirtiéndole del peligro de entregarle el gobierno de Cuba a "un bonche de aventureros que son los que están al frente". Cree que hay que mantener el control de la isla hasta que "los mejores elementos" se hagan cargo.

El bonche de aventureros al que se refería Wood eran, precisamente, los grupos de cubanos que insinuaban algunas protestas contra la ocupación militar. Uno de ellos era el amigo de Martí, Juan Gualberto Gómez, que no daba señales ostensibles de estar dispuesto a renunciar a la soberanía de Cuba. Los "mejores elementos" eran los que estaban al servicio del gobernador. Siempre, a través del tiempo, hasta 1959, hemos de ver como los "mejores elementos" han sido siempre, en la historia de Cuba, aquellos que han sido partidarios del protectorado.

El texto de la enmienda que había preparado Root para ser agregada a la nueva Constitución había tenido su origen en una carta del General James H. Wilson, que era partidario de la anexión, y que había sugerido que era necesario que Estados Unidos se reservaba el derecho a intervenir en Cuba para evitar la anarquía.

Root insiste siempre, en sus instrucciones al gobernador Wood, en que es necesario que sean los cubanos los que, en forma espontánea, sin presiones de ninguna clase, decidan como debían ser las relaciones con Estados Unidos. En honor a la verdad, y en defensa del honor de los convencionistas, hay que decir que estos no tenían mucho entusiasmo en tomar la iniciativa.

Por último, y en vista de la demora, el Congreso decidió aprobar la Enmienda Platt el 2 de marzo de 1901, sin esperar la aprobación de los cubanos.

El texto de la Constitución fue terminado y aprobado el 21 de febrero de 1901, sin el apéndice de la enmienda. El 2 de marzo el Congreso de Washington, unilateralmente, aprobó la enmienda. Y ese mismo día Root, en forma muy clara y sin rodeos de ninguna clase, le dio instrucciones al gobernador para que le informara a los cubanos que si no aprobaban la enmienda, tal como estaba, ellos, los americanos, no se retirarían de Cuba.

Comenzó entonces un largo rejuego. Muchos de los cubanos de la Convención estaban de acuerdo con la enmienda, pero temían pronunciarse a favor de ella por temor a algunos elementos que eran opuestos. Había un sector, entre ellos Juan Gualberto Gómez, que quería la independencia sin trabas de ninguna clase. "Los cubanos quieren que los obliguemos a aceptar la enmienda para cubrirse.. ", le escribe Wood a Root.

Los miembros de la Convención quisieron ir a Washington en comisión para hablar con el presidente McKinley. Y, en efecto, fueron, y en la capital se les dijo que la enmienda no era otra cosa que una fórmula para preservar la independencia de Cuba. Era un instrumento legal para que los Estados Unidos tuvieran siempre una justificación para defender a Cuba contra cualquiera otra potencia que quisiera apoderarse de la isla.

Entonces los cubanos, al regresar, propusieron algunos cambios leves, pero se les dijo que no. La enmienda era una ley del Congreso y era inmodificable.

El 28 de mayo de 1901 la Convención aprobó por 17 votos a favor y 11 en contra incluir en la Constitución, como un apéndice, la Enmienda Platt tal como había sido aprobada por el Congreso.

Pero esto no fue suficiente. Root era un abogado escrupuloso y le daba mucha importancia a la forma de redactar un texto. He aquí lo que decía en una carta el 6 de junio:

Esto parece exigir que la Convención no declara meramente su asentimiento a la Ley del Congreso sino que la Convención misma expresamente estatuya, no disposiciones de la Ley del Congreso a las que asiente la Convención sino que sean la Ley de la Convención formal y solemnemente acordada por ese cuerpo y formando una parte de la Constitución de Cuba ya por incorporación al cuerpo de la Constitución o en forma de un apéndice...

Es decir, no era suficiente aceptar la enmienda. Tenía que ser una Ley de la Convención, acordada por el cuerpo y formando parte de la Constitución.

La carta de Elihu Root, dirigida a la Convención a través del gobernador, era muy clara. Era un *ultimátum*. Si los cubanos no aceptaban la enmienda en la forma en que se les exigía no se retirarían las tropas de Cuba. La ocupación será indefinida. De otro modo, si el presidente McKinley examinaba la Constitución y veía que en ella se habían adoptado, en substancia, las disposiciones de la Ley del Congreso, entonces se podía proceder a retirar el ejército de Cuba.

Véase cómo comenta Rafael Martínez Ortiz, autor de la obra *Los primeros años de independencia* publicada en dos tomos en 1929, las reacciones de los cubanos al tener que aceptar las instrucciones de Root.

Textualmente:

Así terminó su labor trabajosa la Asamblea Constituyente. La realidad se impuso a todas las conciencias capaces de apreciar la naturaleza del problema. Solo continuaron haciendo alharaca los fanáticos, los políticos ganosos de pescar en río revuelto, a las personas de escasa cultura; tenían que ver las cosas desde el punto de vista de su sentimentalismo; no podían hacer, por la carencia de conocimientos respecto al proceso histórico político de su país, un análisis cabal del caso.

Y después explica el autor que “Cuba debe a cuantos votaron por la aprobación agradecimiento eterno, pero se lo debe principalísimo a los generales Gómez (José Miguel) y Monteagudo, y al Sr. Sanguily. Sin el concurso de ellos hubiera sido imposible sacar adelante la aceptación”.

El fogoso orador y gran tribuno cubano Manuel Sanguily dijo en su discurso que “la personalidad nacional cubana se habría perdido para siempre” si no se hubiera aceptado la enmienda.

En rigor, el Secretario de Guerra Elihu Root defendió muy bien los intereses de los Estados Unidos. Sus biógrafos dicen que él no era partidario de la anexión de Cuba a Estados Unidos. Reconoció que la Isla de Pinos pertenecía a Cuba. Fue el hombre que manejó la estrategia para convertir a Cuba en un protectorado. Muchos autores, cubanos y americanos, aceptan que los americanos hicieron una buena labor sanitaria y educacional en Cuba durante la ocupación militar. El cubano Alfredo Martín Morales; en los días finales de abril de 1902, decía en la revista *El Figaro*, de La Habana, que el balance de la “ocupación era positivo. “Hace una crítica muy severa de la conducta de los americanos, pero admite que “no alardearon de la presencia militar”. Criticaba el desorden en la agricultura y en la administración y en las instituciones jurídicas. Y, sobre todo, el afán de injertar en las costumbres legales, económicas y aun sociales las prácticas americanas.

Al hablar de las obras realizadas por la ocupación militar hay que señalar el hecho de que enviaron a miles de maestros cubanos a la Universidad de Harvard para entrenarlos y que estos luego regresaron a la isla para trabajar en las escuelas. Fue un intento para “americanizar” a los cubanos que rindió algunos frutos a lo largo de la república.

Allá por el mes de febrero de 1952 rodaba por La Habana el rumor de que Batista iba a abandonar la política y estaba pensando retornar a vivir en Daytona Beach. Creo que hasta se publicó algo en forma de chisme. Recuerdo que lo llame por teléfono y le pedí una entrevista. Al día siguiente estaba sentado frente a él en el portal de su casa de Arroyo Arenas.

—¿Qué hay de verdad en eso de que usted regresa a Daytona? —le pregunté.

—No, no es cierto. Pero no puedo negarte que estoy disgustado con lo que está pasando...

—¿Qué es lo que pasa?

—Este muchacho... —y hacía una mueca como indicando desprecio.

Batista se refería a Carlos Prío Socarrás, el presidente. Algo en la conducta de Prío lo desalentaba.

—Yo no sé, este muchacho, Prío, que es lo que quiere. Me ha ido sobornando, poco a poco, a todos mis aliados...

Y entonces hizo un alto.

—Lo que te estoy diciendo no es para publicar, claro...

—Por supuesto.

—¡Ha llegado hasta el extremo de sobornar a mi propio hermano, Panchín! ¿Qué papel puedo hacer yo en las elecciones si el gobierno me quita a todos los aliados? Castellanos, Pujol... Me quieren dejar solo.

Era cierto. Prío, que era muy torpe, en vez de alimentar a Batista para dividir la oposición estaba tratando de aislarlo.

Lo curioso, sin embargo, y esto lo supe después, mucho más tarde, es que en el momento en que Batista me estaba haciendo el teatro del aislamiento ya tenía la autorización del presidente Truman para avanzar en el golpe de estado. Ya García Montes se había entrevistado con Dean Acheson para preguntarle si el gobierno americano apoyaría el golpe. Ya tenía la respuesta afirmativa.

Pero hay algo más. Ya, en aquel momento de febrero, el presidente Prío había recibido informaciones, por diversos conductos, denunciando que existía una conspiración militar y que Batista estaba complicado en ella. ¿Por qué no hizo nada para detener la conspiración? ¿Por qué rechazó todas las denuncias diciendo que eran chismes? Muchas gentes, en aquellos tiempos, sostuvieron la teoría de que Prío se

había hecho el desentendido porque no veía con malos ojos la posibilidad de que una conspiración en el ejército le impidiera a los ortodoxos ganar las elecciones que se iban a celebrar en junio de 1952. El terror de Prío eran los ortodoxos, no Batista.

De todos modos, aquella tarde, en la finca Kuquine, frente a Batista, yo tuve la impresión de que se trataba de un hombre desesperado. El creía, o quería aparentar, que Prío lo había cercado. Es posible que estuviera tratando de difundir la idea, a través mío, de que estaba vencido y en retirada. Todo es posible. Batista era astuto.

Algo, sin embargo, no andaba bien. Los tres candidatos a la presidencia, en febrero de 1952, eran Carlos Hevia, Roberto Agramonte y Fulgencio Batista. Y los anuncios de Batista en la radio eran un poco misteriosos. Decían “Batista presidente... Batista irá a donde el pueblo lo lleve”.

Yo no podía sospechar lo que venía ni tenía ninguna información confidencial sobre lo que se estaba tramando. Pero el ambiente en Cuba era extraño. El asesinato de Alejo Cossío del Pino había estremecido el país. Yo hice, desde *Prensa Libre*, una campaña muy dura contra los grupos que habían participado en el crimen. A principios del mes de marzo de 1952 aparecieron en algunos periódicos unas declaraciones de las mismas gentes que estaban complicadas en la muerte de Cossío anunciando que me habían condenado a muerte.

Era un ambiente sórdido y hasta grotesco. El hombre que había asesinado a Cossío del Pino, que se llamaba Orlando García, estaba escondido en el Palacio Presidencial.

En ese mismo mes de febrero, otro delincuente llamado Policarpo Soler, quien también estaba protegido por el propio presidente Prío, y que era buscado, aparentemente, por toda la policía, me había llamado para pedirme que lo entrevistara. Me reuní secretamente con el hombre y las declaraciones que me hizo, grabadas, fueron sorprendentes. Policarpo, un notorio pistolero, se presentaba ante la opinión pública como un dirigente político injustamente perseguido.

Lo importante no era Policarpo. Tampoco Orlando García. Lo grave, en aquel mes de febrero, es que era evidente que el gobierno de Prío tenía conexiones con el gangsterismo. La entrevista a Policarpo, que apareció en *Prensa Libre*, en *Bohemia* y fue transmitida por Unión Radio, fue un escándalo porque desprestigiaba al gobierno. Prío hizo esfuerzos por impedir que la entrevista saliera a la luz, pero no pudieron controlarme. En rigor, hoy creo que yo contribuí algo a la caída de Prío y no porque yo tuviera una militancia política de oposición, que no la tenía, sino porque yo ponía demasiado énfasis en el trabajo periodístico independiente.

Hoy se cumplen 65 años de la muerte de mi madre. Lola se llamaba mi vieja. Estaba muy enferma y yo la llevé en un carro de alquiler al hospital y ayude a bajarla. Tenía oclusión intestinal. Mi hermano me dijo que hacía falta una cosa, no recuerdo bien, tal vez alumbre. Porque en aquel hospital de Cuba, el Hospital de Emergencia donde mi hermano era estudiante de medicina, no había muchos medicamentos. Era el 6 de septiembre. Machado acababa de caer hacía unas semanas. Dos días antes se habían sublevado los sargentos. En las calles sonaban los tiros. Yo corrí por todas las bodegas y farmacias del barrio buscando aquel producto y llevaba el alma en un hilo, porque sabía que mi madre se estaba muriendo. Cuando conseguí el producto, que sigo sin recordar lo que era, corrí al hospital y al llegar a la sala, donde había muchos enfermos, me di cuenta que mi madre acababa de morir. Le falló el corazón. Poco después llegó mi padre, mi viejo, y estaba conteniendo los sollozos. Yo le puse el brazo por el hombro para consolarlo. Yo tenía menos de 17 años.

Todo aquello me dejó muy impresionado. Era mi primera muerte. Después del entierro me pasé varios años yendo todos los días a su tumba para leer. Me pasaba las tardes junto a ella. Le hacía compañía.

Pues bien, con Olga me pasó igual. El médico nos dijo que tenía un cáncer en la vesícula que le habían operado, pero que no había problemas.

“Ya se la sacamos”, dijo el imbécil. Yo sabía que el cáncer estaba allí.

Entonces empecé a vivir al lado de Olga sabiendo que se me iba a morir. A veces lloraba en silencio. No quería que ella se diera cuenta de mi pena. Todo el año 96 y el 97, hasta el 13 de mayo, la cuidé con un amor muy profundo. Muchas veces pensé matarla y luego matarme. Le tenía miedo al sufrimiento que iba a llegar.

En noviembre y diciembre del 96 ya los dolores eran grandes. Fue cuando aquel médico argentino, un verdadero animal, la atendió mal y por eso le puse un pleito. A principios de enero del 97 fue el diagnóstico final. Cáncer en el hígado. Corrí con ella para Cuba, soñando con una cura milagrosa. Fue inútil. Un grupo de médicos y alumnos le hicieron unas pruebas en el Hospital Amejeiras. Ella reía y conversaba con ellos. Estaban maravillados de su temple.

Estuvimos en el Hotel Meliá Cohiba. Fidel Castro le envió unas rosas, y se sintió muy contenta. Se lo agradecí mucho.

Al regreso, a fines de enero, comenzó el calvario. Me hablaba de su muerte y yo no podía llorar. “Para tal fecha ya yo no estaré en este mundo”. Todo se hacía en base a la muerte. Dormía a mi lado muchas noches. Le daba pastillas para dormir. Pero yo no podía dormir. Algunas veces se volvía boca arriba y yo estaba aterrado entonces. Temía tocarla. Parecía un cadáver. Muchas veces yo seguía en la cama, sin hacer un movimiento, dudando si estaba muerta o viva. Así vivimos parte de enero, febrero, marzo, abril, hasta el 13 de mayo. Vinieron mis hijos y me ayudaron. Nunca se los podre agradecer bastante. He vivido todos estos meses al lado de ella, sabiendo que era inevitable, que estaba condenada, y que yo no podía expresar mi pena ni llorar. La idea de matarla me obsesionaba, pero no podía. A veces deseaba que muriera pronto, que no sufriera más. Aquellos pensamientos hoy me torturan.

Durante tantos años de vida en común, hubo peleas, hubo palabras malas, hubo injusticias, hubo traiciones. Hoy todo eso se ha vuelto contra mí y estoy enfermo. Todo eso es veneno en el alma. Me reprocho todos los días no haber llorado delante de ella, no haberle pedido perdón, no haberle hecho saber todo lo que la quería. Su muerte, en realidad, no ha sido otra cosa que un preludio de la mía. Aquí viene.

¿En que consiste la belleza en la expresión literaria? Algunas lecturas me impresionan y comprendo que yo no puedo escribir así. Es decir, no puedo expresar líricamente un pensamiento. No puedo darle vueltas a una idea para buscar el efecto. No puedo escoger palabras elegantes para decir alguna cosa. Yo creo que es una deficiencia mía. Huyéndole a la cursilería de los que escriben en español con artificios he caído, tal vez, en una forma ramplona. Me doy cuenta de que esto arranca de mi primera juventud cuando le *retorcí el cuello al cisne* y me sometí a una cura de brevedad y sencillez. ¿Por qué? Fue por la necesidad de adaptarme al periodismo. Logré un estilo claro, breve, sencillo, sin complicaciones, directo, que era muy bueno en el periodismo y que me dio buenos resultados. Pero, ahora, al final de la vida, después de haber escrito miles de páginas, con un estilo periodístico, sin evasivas, tal vez con algo de ironía, me doy cuenta de que no sé encontrar el tono íntimo, confesional, de un libro en el cual trato de recoger los pensamientos que se tienen al final de la vida y que resumen una filosofía. Quisiera divagar, pero no puedo. Estoy amarrado permanentemente al tono directo y claro. Necesito un poco de lirismo para satisfacerme a mí mismo. Y no me sale. Estoy descontento de mí mismo. Estoy triste. Cuando releo lo que escribo me siento desconsolado. “Ese no es el tono”, me digo. Me comparo con otras gentes

que saben como darle vueltas a las cosas y presentarlas con una cierta belleza sobria a pesar de los excesos verbales y me siento en falta. Pero sería estúpido tratar de imitar a otros y sumergirme en ambigüedades para parecer interesante. No tiene remedio. Uno es quien es. Y a veces peor.

En 1930, cuando yo tenía unos 14 años, mi padre me llevó al Instituto, que estaba en la calle Zulueta, para inscribirme. Fue un gran día para mí. A la salida del Instituto mi padre me invitó, a tomar un helado al costado del teatro Payret. Luego fuimos a ver una película al teatro Nacional, que estaba al otro lado de la calle. Nunca lo olvidaré.

Entonces, a partir de aquel día, empecé a prepararme para el examen de ingreso al Instituto. Me aprendí un libro entero de más de 300 páginas. Pasé el examen con la nota de sobresaliente.

Pero enseguida terminó mi felicidad. Comenzó la lucha contra la dictadura de Machado y se cerraron los Institutos y la misma universidad. Me quedé al garete. Me dediqué entonces a leer todo lo que caía en mis manos. Fueron años terribles en Cuba. Mi carácter se fue moldeando en aquellos años tristes. Sin poder estudiar, sin poder trabajar, sin apenas poder comer, porque en mi casa la miseria era muy dura, llegué a los 17 años para ver a mi madre morir, a los 54 años, víctima de la mala alimentación.

En el año 36, en febrero, tenía yo 19 años, nunca había podido hacer nada útil, tenía una novia con la que no podía casarme porque no tenía ni dinero ni trabajo, no tenía la más ligera esperanza de poder salir adelante en la vida sombría de aquellos tiempos, y entonces, una madrugada, en el colmo de la desesperación decidí suicidarme. Eran las cuatro de la mañana del día 19 de febrero de 1936 cuando me monte en una lancha que cruzaba la bahía para ir al pueblo de Regla y ya, en el medio de la bahía, me lancé al agua y entonces no supe nada más. La bahía de La Habana estaba infestada de tiburones y yo fui a parar al fondo en pocos segundos. Fue una sensación horrible de anonadamiento. No sé quien me salvó de morir. Nunca lo supe. Recuerdo que vine a recobrar el pleno conocimiento cuando estaba en la mesa del hospital y un policía insistía en que le explicara por qué me había tirado al agua. ¿Qué le podía decir? Nada. No hay nada más triste que un suicida frustrado. Amanecí en el banco del juzgado que estaba en la calle Prado, cerca de la calle Cárcel. Al final no me acusaron de nada. Salí a la calle desolado. Mis hermanos y mi pobre padre se aterrorizaron al enterarse del episodio. Me daba tanta vergüenza que no me atrevía a volver a la casa de mi padre. Mi hermano Raúl tenía una habitación en un hotel de la calle San Miguel y me dio albergue.

Reduerdo que era en los días del carnaval y entonces yo me paraba en la calle Prado a ver las carrozas. Las gentes jóvenes de hoy, en la Cuba de 1999, se quejan de lo dura que es la vida para ellos. No pueden imaginar todo el dolor que puede sentir un joven de 19 años que deambula por entre las carrozas de un carnaval, sin dinero, sin esperanzas, sin saber qué hacer con su vida y cargando con la infame historia de un suicidio frustrado.

Unos meses después conseguí un puesto en el periódico *La Discusion*, que estaba en la calle San Ignacio. Me pagaban 3 pesos semanales, que me parecían una fortuna. Estaba tan contento que le compré a Olga una caja de bombones. Luego alquilé un cuarto en la Plaza de la Catedral, a una cuadra del periódico, con un balcón que daba para la antigua catedral. La entrada al edificio estaba por el Callejón del Chorro. Todos los inquilinos de aquel viejo edificio eran españoles cargadores del muelle y por las noches roncaban casi al unísono. El edificio se estremecía con aquellos tipos que sonaban sus relinchos al mismo tiempo. Nadie puede imaginar la bulla que pueden armar unos 20 españoles medio salvajes roncando al mismo tiempo. De tarde en tarde, uno salía al pasillo, se dirigía al baño común y orinaba con un chorro escandaloso que yo oía desde mi habitación.

En el periódico, uno de los más antiguos de Cuba, yo hacía de todo, desde barrer la redacción hasta escribir varias columnas emperifolladas con diversos nombres. Lo más importante para mí fue que el viejo periódico tenía una colección de ejemplares que empezaba en el siglo XIX y yo me divertía leyendo a los viejos periodistas.

Aprendí una cosa muy importante: que no podría nunca escribir tan ridículamente como habían hecho los viejos periodistas cubanos.

Todas las tardes llegaba a la redacción un viejito con un bombín y un bastón y me entregaba unas cuartillas escritas a mano. Mi tarea consistía en pasar las cuartillas a la máquina de escribir porque los linotipistas se negaban a copiar artículos escritos a mano.

—Don Gastón, ¿por qué no aprende usted a escribir a máquina? —le preguntaba yo a Gastón Mora, que así se llamaba el viejecito.

—Nunca podré, hijo... —me decía, mirando la vieja Underwood.

Ahora, en 1999, yo contemplo la computadora y digo lo mismo que me decía Gastón Mora en 1936. No vale la pena aprender a manejar la computadora para el tiempo que me queda de vida".

Es increíble. Era un país increíble. Fue a los veinte años de edad que yo vine a conseguir un puestecito en un periódico donde me pagaban 3 pesos a la semana. Y lo peor es que estaba contento, a pesar de mí infortunio. Aunque la cosa no duró mucho.

La historia de Cuba es triste. Pero hay también un ingrediente milagroso en ella. En 1958, por ejemplo, nadie en Cuba podía imaginar que los cubanos reaccionarían y se enfrentarían a Washington y se pasarían más de cuatro décadas luchando para establecer la identidad política del país. Parecía una locura intentar romper el fuerte lazo que nos unía al país del norte. Yo creo que ya, en aquel año de 1958, casi todos los cubanos nos habíamos resignado a ser lo que éramos. El mérito histórico de Fidel Castro es que se lanzó ciegamente a realizar la tarea que parecía imposible. Yo creo que muchos cubanos, de adentro y de afuera, al cabo de los años, han tenido que modificar sus ideas sobre Castro y sobre la revolución. Es algo que no tiene nada que ver con el comunismo, que ha sido una cosa circunstancial.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la anexión a los Estados Unidos tenía muchos adeptos en Cuba, sobre todo en las clases más ricas. No se puede profundizar mucho en las motivaciones de la guerra de 1868 porque se encuentra uno, frecuentemente, con el ideal anexionista que tanto combatió José Antonio Saco. A fines del XIX, ya aparece el autonomismo como una forma de impedir que la isla cayera en manos de los Estados Unidos. El separatismo propagado por Martí fue un hermoso ideal. ¿Pero cuántos de los que combatieron tan duramente del 95 al 98 creyeron, realmente, que era posible la independencia de Cuba? ¿Cuántos de aquellos hombres tuvieron realmente una lúcida idea del destino de la isla. ¿Cuántos estuvieron dispuestos a continuar la guerra cuando se vio, claramente, que los Estados Unidos se habían apoderado del país? ¿En qué forma el sangriento conflicto de Filipinas influyó de manera decisiva en los cubanos para inducirlos a resignarse a la idea de ser una discreta colonia americana?

El Secretario de Guerra de los Estados Unidos, Elihu Root, fue el hombre que supo darle forma al sistema de protectorado que se implantó en Cuba a partir de 1902. Para honor de los cubanos, hay que recordar que este mismo Elihu Root contaba, años más tarde, que muchas noches tenía pesadillas pensando que ya los cubanos se habían sublevado y las tropas americanas habían tenido que hacer en Cuba lo mismo que habían hecho con los filipinos, es decir, asesinarlos. Tan evidente parecía que los que habían luchado valerosamente contra España durante 30 años no iban a soportar el yugo americano. Siempre pareció inminente un alzamiento. Pero no ocurrió. La generación que supo hacer la guerra a España tuvo muchos héroes pero muy pocos, o ninguno, que tuviera la visión de Martí, o hasta la de Maceo. La pintoresca república nació resignada a su destino y desde 1902, hasta 1959, se fue deteriorando hasta el punto de que se le pudrieron las raíces. En 1959 no era ni siquiera inteligente pensar que nos pudiéramos sacudir el yugo de Washington. Para mayor ironía, la revolución de Castro arranca en 1959 gracias a la decisión americana de expulsar a Batista del poder. Es decir, Castro puede llegar a La Habana porque Eisenhower le manda un recado a Batista diciéndole que se vaya. ¿No es obvio, a todas luces, que

fue Eisenhower el que le abrió a Castro la posibilidad de hacer una revolución? ¿Habría triunfado la revolución, por medio de las armas, si los americanos meten el hombro para ayudar a Batista? Yo lo dudo.

En 1959 los americanos estaban tan ajenos a la idea de que era posible una verdadera revolución en Cuba que el vicepresidente Nixon, cuando se entrevista con Fidel Castro en Washington, en abril de 1959, le aconseja que trate de imitar la política económica que había seguido Muñoz Marín en Puerto Rico. A Nixon, tan hábil en sus cosas, no le pasa por la mente que el hombre que tiene frente a él se va a sublevar contra los Estados Unidos y va a llevar a los americanos, inclusive, unos años después, a un posible enfrentamiento nuclear con la Unión Soviética. Para Nixon, según relata en un memorandum secreto que le hizo al presidente Eisenhower después de la entrevista, Castro no representaba una alteración fundamental en las relaciones de Washington con Cuba.

—Usted debería enviar algunos asesores económicos a Puerto Rico para que estudien lo que está haciendo Muñoz Marín allí... —le dijo Nixon a Castro.

—Pero es que Puerto Rico es una colonia... —le respondió Castro.

—Nixon estaba tan despistado que no pudo prever lo que iba a pasar con Cuba. Aunque hay que admitir que no se sintió muy a gusto con Castro y a partir de aquella entrevista empezaron los americanos a pensar que Castro no era enteramente confiable.

Las relaciones entre los dirigentes políticos cubanos y Washington, durante muchos años, entre 1898 y 1959, fueron casi siempre de sometimiento absoluto. Las excepciones son muy pocas. Todos los presidentes de la república, desde Estrada Palma hasta Batista, fueron simples agentes a cargo de la colonia de Cuba. Algunos tuvieron gestos de rebeldía momentánea, pero nunca se lanzaron a fondo. Grau fue tal vez el más renuente a aceptar el *status* colonial, pero, de hecho, lo aceptó.

Por eso, cuando la revolución de Castro se pone en marcha en 1959, los cubanos corren a Washington. Allí van los grandes empresarios, los políticos, los periodistas, los abogados, los militares. Todos van a pedir lo mismo que habían pedido sus antepasados. Es decir, pedir ayuda. A pedir que "quiten a Castro". A denunciar que Castro es comunista, lo cual era la peor amenaza para los americanos. Y todos los quejosos están convencidos de que Castro está condenado a desaparecer porque se ha atrevido a desobedecer al amo tradicional de la isla.

Ya, a fines de 1959, los americanos están reclutando a los patriotas cubanos que van a encabezar la rebelión. El mismo criterio, y los mismos métodos que los habían llevado a organizar la operación contra Arbenz en Guatemala los lleva, a partir de 1959, a organizar la operación contra Cuba... El hombre clave del plan en la CIA, Richard M. Bissell, Jr. lo ha confesado después en sus memorias. Para ellos, el caso de Cuba será tan fácil como el de Guatemala. Los dirigentes cubanos que se pusieron a sueldo de los americanos para llevar a cabo la operación están convencidos de que el desembarco en la isla será un paseo. Ya desde Miami, manejando los fondos del *Frente* y del *Consejo*, hombres como Tony Varona y Miró Cardona empiezan a organizar el gobierno y Artimes llega, inclusive, a venderle a los batistianos el perdón por los fraudes que habían cometido en el pasado.

Tengo en mis manos un memorandum de fecha 24 de noviembre de 1961, firmado por Pedro Martínez Fraga, dirigido a los miembros del Consejo Revolucionario de Cuba. Es un documento estrictamente secreto y confidencial. Las páginas ya están amarillentas.

En este **memo**, Martínez Fraga examina las relaciones del gobierno de los Estados Unidos con el Consejo Revolucionario. Habla de los comienzos del Consejo en los primeros meses de 1960. Menciona a Frank Bender, el personaje que con nombre supuesto, ha sido designado para tratar con

los cubanos. Bender es un agente de la CIA que usa ese nombre para las negociaciones con ellos.

“A partir de la segunda mitad de 1959 funcionarios diplomáticos y consulares y agentes de los Estados Unidos en La Habana, establecieron, mantuvieron y estimularon conversaciones secretas con diversos individuos opuestos al régimen de Castro, miembros hasta entonces, en su mayor parte, del Movimiento 26 de julio”, comienza diciendo Martínez Fraga.

Después habla del traslado a Miami de algunos de esos individuos y del contacto con el tal Mr. Bender. Y menciona la reunión en Nueva York que sostuvieron con el agente de la CIA. La reunión duró varios días y a ella asistieron Manuel Antonio de Varona, Justo Carrillo, José Ignacio Rasco, Manuel Artimes, Andrés Vargas Gómez; Pedro Martínez Fraga y Ricardo Lorié. Durante varios días, los cubanos discuten las condiciones del acuerdo, su carácter secreto, los recursos financieros que aportara Mr. Bender y otros puntos de importancia. Para cubrir las formas, se aprueba que el dinero que aporte la CIA será considerado como un empréstito de guerra y deberá ser pagado posteriormente al **Grupo B** por el gobierno provisional que se establezca cuando se derroque el gobierno de Castro.

Inicialmente, lo que se crea es el Frente Revolucionario Democrático, con Tony Varona como una especie de Coordinador. Pero el hombre clave es Mr. Bender. O, séase, como dice el **memo** de Martínez Fraga, Mr. B. o el **Grupo B**. Este hombre es el que toma todas las decisiones, el que maneja los fondos económicos, el que da las órdenes. La función del grupo de cubanos es obedecer a Bender. Unas veces lo hacen con gusto y otras veces a regañadientes. Todo esto, según Martínez Fraga, “provocó a menudo violentas oposiciones y resistencias de los cubanos”.

Poco después desaparece el *Frente* y entonces surge el *Consejo Revolucionario*. El abogado José Miró Cárdena se une al proyecto. “Nada se pudo hacer para revisar el status anormal imperante de nuestra relación con el *Grupo B*, que no siempre coincidía con la naturaleza, las dimensiones y la dignidad de la común e histórica empresa libertadora” escribe Martínez Fraga.

Después viene el fracaso de Playa Girón. Todos los miembros del Consejo fueron retenidos por los americanos mientras se producía la acción en Cuba. Quedaron prácticamente incomunicados.

El memorandum de Martínez Fraga se produce unos meses después de la derrota sufrida por los invasores y, en el fondo, es una queja contra la conducta de los americanos. Los cubanos intentan culpar a Washington del fracaso. El documento, finalmente, lo que propone es que el gobierno de Washington le reconozca a los cubanos la autoridad para dirigir la lucha contra Castro. Lo que piden, en definitiva, es que se reconozca que el Consejo Revolucionario es el órgano de un gobierno cubano beligerante, de facto, “revestido de autoridad adecuada para dirigir los asuntos militares y políticos de los cubanos”. A partir de ese momento, el Consejo tendría la personalidad correspondiente a las responsabilidades históricas y a la dignidad nacional.

Martínez Fraga termina su documento anunciando que si Washington no les acepta esta proposición deberán los cubanos “denunciar el pacto no escrito que desde mayo de 1960 existe entre la Revolución y el gobierno de los Estados Unidos por considerarlo lesivo a la dignidad de Cuba”. El documento finaliza sugiriendo que si esto ocurre los cubanos declinarán toda participación y responsabilidad futuras en el caso de Cuba.

A juzgar por lo ocurrido a partir de 1961, parece que los Estados Unidos decidieron no hacerle caso a Martínez Fraga.

Los antecedentes del golpe de estado del diez de marzo de 1952 son muy interesantes y no he visto que nadie los haya mencionado antes. En Cuba, siempre, la historia secreta es más importante que la que se divulga para uso de las gentes.

En el año 1948 Eddy Chibás fue candidato a la presidencia de la república por el partido ortodoxo y, naturalmente, perdió. Carlos Prío Socarrás ganó las elecciones. En aquellos momentos, tres personajes, vinculados políticamente a Chibás, ejercían como profesores de una Escuela Superior de Guerra. Se trataba de Rafael García Barcenás, Herminio Porter Vilá y Roberto Agramonte. El más interesante de los tres era García Barcenás. Hombre de una intachable honestidad, García Barcenás siempre había alentado la ambición de moralizar la vida pública cubana. Era un decidido partidario de regenerar al país mediante un gobierno militar rígido. Había algo ilusorio en sus planteamientos políticos. Barcenás siempre me dio la impresión de un hombre que vivía al margen de la realidad del país. Estos tres profesores, Barcenás, Agramonte y Porter Vilá, daban clases a los oficiales del ejército y tenían un contacto bastante íntimo con ellos. En la Escuela Superior de Guerra se fue moldeando un pensamiento que giraba en torno a la **salvación del país**, amenazado por la corrupción. Este ha sido siempre el germen de los golpes militares. Es decir, la salvación del país amenazado por fuerzas infernales. En todo militar hay siempre un redentor, un salvador de la patria.

Los tres profesores trabajaron intensamente para provocar un golpe de estado. Y llegaron a convencer a Eddy Chibás de que él podría ser el hombre que encabezara el movimiento de redención. Chibás, en 1949 derrotado en las elecciones presidenciales del año anterior, se dejó seducir por la idea. No intervino directamente en nada, pero dio su asentimiento.

Sin embargo, durante las elecciones parciales de 1950, Chibás decidió aspirar a la senaduría por La Habana. Tuvo que dar una dura pelea y hasta llegó a declararle la guerra a *Prensa Libre*. Su adversario era un personaje muy controversial llamado Virgilio Pérez. Lo que ocurrió fue que por poco Chibás pierde la senaduría a manos de su adversario. Ganó por un estrecho margen. Eso lo reanimó y llegó a la conclusión de que él no quería llegar a la presidencia por la vía del golpe de estado. Se le abrió ante él la perspectiva de un triunfo electoral y entonces le comunicó a sus tres conspiradores que él no encabezaría jamás un golpe de estado contra Prío. “Yo quiero llegar al poder por medio de unas elecciones”, dijo.

Para los tres profesores golpistas y para los militares comprometidos, la retirada de Chibás fue un duro golpe. Se quedaron sin un líder presentable. Era el año 1950. Los tres profesores se abstuvieron de seguir promocionando la rebelión. Pero los militares ya estaban obsesionados con la idea de salvar a la república del caos. Esa es una idea que suele ser siempre muy grata a los hombres que manejan las armas.

Siguen las reuniones de los conspiradores militares durante el año 1951. Se incorporan otros. Andan a la búsqueda de un líder. Alguien sugiere que Batista podría ser el hombre indicado. Algunos dudan. “El hombre ha cambiado...”, alegan otros. Por fin deciden comisionar al Capitán Jorge García Tuñón para que se entrevistase secretamente con Batista. Ocurre que García Tuñón es el más anti-batistiano del grupo de conspiradores. Su padre había sido oficial del antiguo ejército disuelto por Batista. Se suponía que este antecedente influiría mucho en García Tuñón para ser exigente en la evaluación de Batista.

Esta información la obtuve, años después, del propio García Barcenás y del ya General retirado Jorge García Tuñón.

Tuñón era un excelente oficial, poco ducho en trajines políticos, pero de una alta moral profesional. Había nacido en París en los años en que su padre ocupaba un cargo allí. Pero, lamentablemente, era un hombre muy influenciado y siempre dispuesto a tomar las cosas en serio. La entrevista de Batista con Tuñón fue desastrosa. Batista, muy hábil, lo convenció de que él ya era un hombre nuevo, renovado, y que solamente aspiraba al bien de la nación. Le describió un plan de gobierno maravilloso. Cuando Tuñón salió de la entrevista con Batista ya era otro hombre. Estaba entusiasmado. La descripción que le hizo a sus compañeros fue muy optimista. Batista era el hombre. Ya no le interesaba el dinero sino la gloria. Tenía arraigo en los cuarteles. Tenía influencia en la política nacional. Tenía buenas relaciones en los Estados Unidos. En conclusión, los oficiales golpistas decidieron escoger a Batista como el líder del

movimiento de regeneración.

Y esa es la razón por la que el 10 de marzo de 1952, el primer automóvil que se aproxima a la posta 6 del Campamento Militar de Columbia conduce al General Batista, al Capitán García Tuñón y a un hijo de Tabernilla. Al acercarse a la posta es el Capitán García Tuñón el que se apea, pistola en mano, encañona a la posta y le abre la puerta a Batista. Lo que no podía prever Tuñón, el hombre que introdujo a Batista en el cuartel, es que pocos meses después el propio Batista lo destituiría y lo mandaría al exilio. No quería hombres honestos a su lado.

Yo fui testigo del golpe de estado más original que se ha dado en el mundo. Mi profunda convicción de que los cubanos habíamos logrado organizar un país absolutamente grotesco se vio confirmada plenamente el 10 de marzo de 1952. Vamos a estar claros en algo. Yo siento una gran adhesión hacia la tierra en que nací. Hacia sus gentes humildes. Es algo que tiene que ver con el clima, el aire límpido de la isla, el olor de las frituras, los tamales en hojas, los puestos de chinos, el sabor de las mujeres, las negras, las frutas. En 46 años de vida horrorosa en el extranjero jamás he podido desprenderme del amor a mi tierra. Lamentablemente, cuando regresé a ella, en 1994, descubrí que mi tierra ya no existía. Era, apenas, un mundo en la distancia. Un mundo en la memoria.

Nada de esto me ha impedido nunca tener una visión grotesca de los cubanos y de sus cosas. El 10 de marzo de 1952, con los ojos muy abiertos, vi un espectáculo inolvidable.

Esa noche yo estaba leyendo en mi casa de Arroyo Arenas. No recuerdo a que hora, solamente se que era algo más de 1 de la madrugada. De pronto sonó el teléfono. El que me llamaba era un individuo llamado José Luis Masó al que no puedo ubicar claramente en mis recuerdos. No se si era un estudiante o un periodista.

—Luis, algo está pasando en el Campamento de Columbia... —me dijo, con algo de alarma en la voz.

Al parecer, Masó vivía cerca del campamento y había visto un movimiento extraño en la zona.

—¿No sabes lo que está pasando? —le pregunté.

No sabía. Yo tenía el teléfono del Ministro de Gobernación, Segundo Curti, y lo llamé enseguida.

El propio Curti me contestó. La voz le sonaba angustiada.

—Yo no estoy seguro... ¡Pero ha pasado algo terrible!

—¿Pero no tienes ninguna información?

—No tengo nada... Los policías que estaban a mis órdenes se han desaparecido...

—¿Crees que es un golpe de estado?

—No te puedo decir, no se, no estoy seguro...

Pero, a juzgar por la congoja de Curti, era evidente que estaba aislado o que estaba preso en su propia casa.

Ya serían más de las 2 de la madrugada cuando salí de mi casa, solo, me dirigí a Marianao. Paré en un café donde había mucha gente a esa hora y vi que nadie sabía nada. Era una madrugada normal. Decidí entonces irme para el Campamento de Columbia para ver si me dejaban entrar. Cuando me aproxime a uno de las entradas, con mi automóvil, vi que había un tanque y que me enfocaban unos reflectores. Alrededor del tanque estaban unos soldados con ametralladoras. No me pareció prudente avanzar. Tomé entonces la decisión de ir a la casa de Sergio Carbó, que era el Director de *Prensa Libre* y vivía en Miramar.

Cuando llegué estaban durmiendo. No se habían enterado de nada. Ya serían, tal vez, las tres de la madrugada.

Nos reunimos en la sala para ver que se podía hacer. Estaba Carbó, su esposa, Clara, su hija, Alelí y el marido de esta, Humberto Medrano. Clara tenía el teléfono de Arminda Bulnes, la esposa del Jefe del Ejército, Ruperto Cabrera. Logró comunicarse con ella. La mujer tenía un teléfono en su cuarto y estaba

dando gritos. Contó que se habían llevado preso a su marido, Ruperto, y que a ella la tenían encerrada en el cuarto. Ya no había dudas. Era evidente que estaba en marcha un golpe en Columbia.

Fue entonces que le pedí al chofer de Carbó que fuera a buscar a Ernesto de la Fe, que vivía cerca. A la media hora se incorporó al grupo.

—Yo creo que lo mejor que podemos hacer es que Humberto, Ernesto y yo nos vayamos para Columbia para ver lo que pasa... —propuse yo. Me parecía que era inútil seguir tratando de investigar lo ocurrido haciendo llamadas telefónicas.

Humberto dio un saltó, aterrorizado.

—¡Yo no me meto en eso —exclamó.

—Pero, bueno, *Prensa Libre* tiene que salir y hay que meterse en eso para saber lo que pasa... —dije.

Carbó estaba callado. Humberto estaba firme en su decisión de no correr ningún riesgo. Pero Ernesto de la Fe se unió a mí enseguida. Y al salir, cuando íbamos a montar en mi automóvil, seguía Humberto Medrano advirtiéndonos que tuviéramos cuidado.

—¡No se metan en eso! —gritaba desde la puerta.

Ernesto, a mi lado, en el carro, estaba revisando su pistola mientras avanzábamos hacia Columbia.

Ernesto, deja tranquila la pistola... guárdala debajo del asiento. Nosotros no vamos a tomar Columbia sino que vamos a tratar de entrar al campamento para saber lo que pasa. No nos vamos a fajar con un tanque... —le aconsejé.

Creo que me hizo caso. Estaba nervioso. El día antes, el 9 de marzo, según mis noticias, lo habían nombrado Subsecretario del Ministerio de Gobernación del gobierno de Carlos Prío. Ernesto era amigo y protegido de Paco Prío, el hermano del presidente. Evidentemente, si caía Prío, como todo daba a entender, Ernesto se convertía en un desocupado más.

Cuando llegamos a la misma puerta del campamento por donde yo había tratado de entrar ya serían alrededor de las 3 de la mañana. Ya no estaba el tanque allí. Algunos vecinos estaban en las aceras cercanas, curioseando. Estacioné el automóvil y Ernesto y yo nos acercamos a la puerta. Era imposible hablar con los soldados que cuidaban la posta.

Pero ocurrió que en ese momento yo vi pasar un *jeep* cerca de la puerta, dentro del campamento y reconocí al que lo estaba manejando, que era Silito Tabernilla, ya con uniforme militar. Tabernilla era el secretario de Batista y teníamos buenas relaciones. Le di un grito y detuvo el *jeep*. Dio la orden de que me dejaran entrar. En dos minutos estaba yo sentado en el vehículo junto a Silito.

—¿Qué pasa?

—Nada, que ya somos gobierno... Se cayó Prío. Batista está en las oficinas del Estado Mayor.

—¿Pero ha habido lucha?

—Nada, nada... Todo ha sido hecho en forma pacífica...

Cuando llegamos frente a las oficinas del Estado Mayor vi una gran cantidad de soldados reunidos frente al edificio. Todos parecían estar conversando unos con otros. Yo me bajé del *jeep* y mientras Tabernilla lo estacionaba se me acercó un soldado.

—¿Jefe, que es lo que está pasando allá adentro? —me preguntó el hombre. Era evidente que aquellos soldados no tenían la menor idea de que Batista había dado un golpe.

—Eso es lo que vengo a averiguar... Después te cuento... —le dije.

Cosa cómica. Batista, sin disparar un tiro, había derribado el gobierno de Carlos Prío Socarrás. Estaba reunido con sus gentes en la jefatura del ejército y afuera los soldados no sabían lo que estaba pasando. Y entonces llegaba yo, un periodista, y los soldados trataban de averiguar lo que había pasado preguntándome a mí, que venía a tratar de saber lo que pasaba. Aquella cosa grotesca estaba ocurriendo ante mis ojos. Aquello, en definitiva, iba a cambiar radicalmente el país e iba a trastornar mi vida y la de mis hijos, lanzándonos al exilio durante 47 años. Una larga y sangrienta lucha sobrevendría después y al final el ejército cubano desaparecería y estallaría una revolución que provocaría miles de muertos y la ruina total del país. Yo iba a ser testigo de un drama surrealista y no tenía la menor idea de la importancia de lo que estaba ocurriendo. Yo era, simplemente, un periodista interesado en la noticia, pero me iba a involucrar

en el proceso y después me sería difícil sustraerme a los acontecimientos.

Tabernilla me llevó entonces a donde estaba Batista, rodeado de unos cuantos amigos, todos silenciosos. Vi entonces caras de políticos viejos que habían desaparecido del escenario desde hacía años y que ahora resucitaban con la nueva situación.

—General, ¿cómo es la cosa? —le pregunté a Batista. Yo tenía bastante relación con él y lo había ayudado desde el periódico. Me estaba agradecido. Inclusive, yo lo había llevado a escribir una columna semanal en *Prensa Libre* y eso le había producido mucha satisfacción, aunque los artículos tenían pocos lectores.

Me dio una explicación pendeja. No se lo que me dijo.

—¿Que ha sido del presidente Prío? ¿Está preso?

—Yo no lo sé... —me dijo.

Y entonces agregó:

—El nuevo Jefe de la Policía, Salas Cañizares, me informó que ha buscado refugio en una embajada...

Al parecer, no era cierto. Prío estaba todavía en el Palacio Presidencial sin saber qué hacer. Se asilaría unas horas más tarde en la Embajada de México.

—¿Usted va a asumir la presidencia? —le pregunté a Batista.

—No, yo no quiero... Si yo asumo la presidencia ahora después no podría aspirar como candidato, de acuerdo con la Constitución...

—¿Pero hay Constitución todavía? —le pregunté, sin darme cuenta que él tenía que percibir la pregunta como algo irónico.

Ya estaba amaneciendo el 10 de marzo. Supe luego que Batista había estado tratando de encontrar un presidente para instalarlo en Palacio. Pero nadie había aceptado. Días antes del golpe, había hecho gestiones secretas para que el Vicepresidente Guillermo Alonso Pujol aceptara la presidencia en el caso de que hubiera un golpe. Alonso había aceptado. Pero después se asustó.

Fue muy curiosa la conducta de Alonso Pujol. Aceptó la idea de Batista, pero inmediatamente llamó a Prío por teléfono y le sugirió que suspendiera las garantías constitucionales y cercara la finca de Batista. Sin embargo, no le dijo a Prío lo que Batista le había propuesto. Se lo calló. Sin embargo, a la hora del golpe, Alonso no apareció por ninguna parte. Batista se volvió loco buscando a alguien que ocupara la presidencia. Ninguno de sus amigos quiso cargar con la responsabilidad.

Ya había amanecido en La Habana. Los rumores empezaban a rodar por la ciudad. Las guarniciones militares del interior del país se iban sumando al golpe.

Batista estaba sentado frente a una mesa, con varios teléfonos. Entonces yo le pedí permiso para llamar a Sergio Carbó quien me pidió que le pusiera a Batista al teléfono. No se lo que hablaron. Pero Batista le daba las gracias. Aparentemente, el pendejo de Medrano, que no había querido venir con nosotros, le insistió a Carbó para que le dejara hablar con Batista. Supongo que lo estaba felicitando porque yo oía como Batista le daba también las gracias. Todo era cómico en aquel escenario. Ante la realidad del golpe militar se estaba produciendo en el país un extraño corre-corre.

—¿Entonces usted no va a ser presidente? —le insistí a Batista.

—No, no puedo... No me conviene... Probablemente lo que haré será aceptar el cargo de Primer Ministro... —me dijo.

En aquel momento estaban nombrando los nuevos ministros. Allí estaba Marino López Blanco, que iba a ser Ministro de Hacienda. Y estaba Céspedes, que iba para Justicia. Y Morales del Castillo, para la presidencia. Y Jacomino, que iba para Agricultura. Andrés Rivero Agüero, el amigo de Batista, iba para Educación.

Entonces, ocurrió algo insólito y grotesco. Se me acercó Rivero Agüero y me preguntó si yo quería ser ministro.

—¿Cómo, Andrés? ¿Yo ministro? —le dije, sin salir de mi asombro.

—Sí, quién mejor que tú....

—No, Andrés, eso sería una locura... Yo sería el peor ministro del mundo... No, no, nada de eso.

Entonces se me ocurrió una idea brillante. Se había quedado afuera, en la puerta, sin poder entrar, mi amigo Ernesto de la Fe.

—Oye, Andrés, ¿por qué no nombramos a Ernesto ministro de algo?

—Vamos a preguntarle a Batista.

Fuimos los dos. Habló Rivero y elogió a Ernesto. Batista estuvo de acuerdo.

—¿Dónde está Ernesto? —me preguntó Batista.

—Lo dejé alla afuera...

—Mándalo a buscar...

Pedí un *jeep* para que fueran a buscar a Ernesto. Y a los diez minutos estaba el hombre a mi lado, sofocado por la larga espera y las emociones.

—Mira Ernesto... ¿quieres ser ministro?

Me miró con asombro.

—¿Tú eres el que está nombrando ministros?

—No, yo no... Es una idea que Batista ha aceptado. Pero hace falta que tú estés de acuerdo...

—Yo, encantado...

Rivero y yo lo llevamos ante la presencia del nuevo jefe de aquella extraña *revolución*.

—Ernesto, hemos pensado que tú podrías aceptar un cargo de ministro en el nuevo gobierno... —le dijo Batista.

—Con gusto, general...

—¿Qué ministerio sería? —le pregunté yo a Batista.

—Bueno... —Batista estaba en duda.

—¿Por qué no lo nombran Ministro de Gobernación? —sugerí yo.

—No puede ser... Ya ese cargo está ocupado por Hermida... Pero podríamos nombrarlo, por el momento, Ministro sin cartera... —sugirió Batista.

—General, ¿y por qué no crea el Ministerio de Propaganda? —propuse yo para salvar a Ernesto de un cargo sin importancia.

—Es una buena idea... —dijo Batista.

Ernesto estuvo de acuerdo. Allí mismo quedó nombrado para el cargo. Pero entonces ocurrió algo grotesco. Batista cometió la imprudencia de decirme, delante del propio Ernesto, unas palabras que sirvieron para entibiar las relaciones mías con el nuevo ministro.

—Está bien, Ministro de Propaganda... ¿Pero tú lo vas a ayudar, Luis? —dijo mirándome a mí para responsabilizarme del cargo.

A partir de aquel momento, y para no herir la fina sensibilidad del nuevo ministro, yo procuré mantenerme al margen de sus actividades. Prácticamente, se enfrió la relación amistosa que había existido entre nosotros. Quedó siempre resentido.

Ya en horas de la mañana, cada vez que llamaba al periódico para transmitir información, me iba enterando del descontento que existía en la ciudad. Mientras se desarrollaba la extraña farsa en Columbia, las gentes, en las calles, ignoraban lo que había ocurrido. Las oficinas donde estaba Batista con sus nuevos ministros se iban llenando de gentes. Entre los recién llegados estaban dos oficiales americanos de la embajada. Uno de ellos abrazó a Batista con entusiasmo.

Más tarde supe que el hombre era el agregado militar de la embajada americana. Nunca supe su nombre. Pero me enteré después que era el que solía visitar a Batista, frecuentemente, en su finca y lo estimulaba a *salvar el país del caos*.

En vista de que ni la radio ni la televisión tenían información sobre lo ocurrido, yo le sugerí a Batista que hiciera unas declaraciones dirigidas al país para despejar la situación.

—Tienes razón... —me dijo —¿Por qué tú no me escribes unas palabras y llamamos a la televisión?

—¿Yo? —pregunté, asombrado. —¿Y qué quiere usted que diga?

—Lo que se te ocurra... Unas palabras sobrias, anunciando al país que las Fuerzas Armadas han tomado el control de la situación para restablecer la ley y el orden, por ejemplo...

—Está bien... Dé la orden para que me consigan una máquina de escribir...

Enseguida se movilizaron todos los mecanismos militares. El que tenía el control del campamento era el Capitán Jorge García Tuñón, que había sido la figura principal del golpe. Ya estaba a punto de convertirse en general. García Tuñón daba las órdenes secamente y era obedecido por todos, inclusive los civiles. Se veía que quería mantener el orden dentro del campamento y Batista no lo interfería.

Un capitán llamado Robaina, que también estaba a punto de convertirse en general, se puso a mis órdenes.

—Dígame lo que necesita... —me dijo.

—Una máquina de escribir.

Enseguida me llevaron a un salón muy grande donde había varias máquinas de escribir. Me trajeron papel.

—¿Dónde está Policarpo Chaviano? —pregunté.

Chaviano era capitán y había sido, durante varios años, jefe del Buró de Prensa del ejército. Era un buen hombre y los periodistas siempre lo habíamos tratado con afecto.

—Está preso... —me dijo Robaina.

—Bueno, suéltlenlo, que lo necesito aquí...

Robaina no chistó. Puso dos soldados a cuidar la puerta y se fue a buscar a Chaviano. Al poco rato tenía a Chaviano delante de mí.

—A sus órdenes... —me dijo Chaviano.

—No jodas, Chaviano, dije que te trajeran para que te soltaran, pero no hay nada que hacer...

Me agradeció el gesto mientras yo me ponía a escribir una página explicándole al pueblo de Cuba que el General Batista, con la colaboración unánime de las Fuerzas Armadas, etc., etc., había depuesto al presidente Prío y asumían el control del país para restablecer la ley y el orden, etc., etc.

Cuando le llevé la página a Batista para que la transmitiera por la televisión se quedó maravillado de que la hubiera hecho en tan poco tiempo. Me imagino que pensaban que una cosa así requería un esfuerzo sobrehumano. Para entender esto hay que tomar en cuenta que los militares cubanos no se habían destacado nunca por su inteligencia. Parece que no era conveniente ser demasiado inteligente. Por lo general, aquellos oficiales que tenían alguna capacidad intelectual, que eran muy pocos, tal vez dos o tres, nunca llegaban a tener fuerzas a su mando. Ahora bien, lo que se entendía por *capacidad intelectual* entre los militares era algo que no tenía nada que ver con la realidad. Por ejemplo, el General Arístides Sosa de Quesada, era considerado un hombre de alto calibre intelectual porque había escrito unos poemas y solía pronunciar conferencias de vez en cuando. Nada más. El 10 de marzo por la mañana, por ejemplo, yo vi al General Sosa de Quesada en uno de los pasillos de la jefatura tratando de que nadie se diera cuenta de que existía para ver si lo dejaban en el puesto, cosa que, al fin y al cabo, consiguió. Se mantuvo como general hasta que vino la revolución en 1959.

¿Qué fue lo que pasó el 10 de marzo por la mañana en el campamento de Columbia, que era el centro de todas las actividades militares en la isla? La pregunta tiene sentido. Porque hasta cierto momento, en la mañana del 10 de marzo, se mantuvo un cierto orden en el campamento y no se dejaba entrar nada más que a determinadas personas conectadas con Batista. García Tuñón tenía un control estricto. Sin embargo, a media mañana, se abrieron las puertas del campamento y toda la chusma de Marianao se coló en el campamento. Sobre todo, aquéllos que pertenecían al partido de Batista. Lo que había empezado como un movimiento de varios oficiales se convirtió, de pronto, en un verdadero bochinche.

Años después, García Tuñón y yo coincidimos en el exilio, en Miami, durante el gobierno de Batista y yo le hice la pregunta.

—Lo que pasó —me explicó —fue que en horas de la mañana Batista se dio cuenta de que los que habíamos dado el golpe éramos nosotros, el grupo de oficiales, y él corría el peligro de que nosotros le impusiéramos algunas condiciones. Entonces pensó que era mejor abrir las puertas del campamento para darle un carácter popular al golpe... Se llenó aquello de pura chusma que daba vivas a Batista y nosotros quedamos rezagados... No podíamos hacer nada. Batista nos aplastó utilizando al populacho...

Era cierto. Antes de las 12 del día ya aquello no era un golpe de estado sino un verdadero bochinche popular. Batista estaba feliz y se dejaba sobar por sus partidarios.

Yo estuve atento a todo lo que pasaba en el campamento hasta las tres de la tarde, más o menos, pero a esa hora, mientras hablaba por teléfono con Carbó, me enteré que un amigo mío, llamado Enrique Collazo, estaba en el periódico y quería hablar conmigo.

Collazo era un simple empleado en el Departamento de Contabilidad del Ministerio de Hacienda, protegido por la madre del presidente Prío, Doña Regla Socarrás.

Cuando Collazo se puso al teléfono me hizo una historia fantástica:

—Mira, yo sé, en este momento, donde tienen separados tres millones de dólares para la campaña de Carlos Hevia...

—¿Y qué se te ocurre que se puede hacer?

—Pues mira a ver si se lo dices a Batista...

Eso fue lo que hice. Al mencionarle los tres millones, Batista abrió los ojos asombrado.

—¿Dónde está ese dinero?

—Yo no sé. Este amigo mío, Collazo, es el que sabe algo del asunto...

Batista reaccionó inmediatamente:

—Hay que traer a ese Collazo...

Yo no le había dado importancia al informe que me había dado Collazo. Pense, en un principio, que el pobre hombre lo que quería era hacer un servicio para asegurarse en el puesto que tenía en el ministerio y que era, en realidad, muy modesto. Pero cuando le mencioné a Batista los tres millones a éste se le despertó su habitual codicia. Probablemente, pensó que se trataba de tres millones que estaban en algún lugar, escondidos, y que Collazo, por casualidad, conocía el secreto.

—Tenemos que traer enseguida a este hombre para ver de que se trata... —insistió.

Yo aproveché para decirle que tenía que irme para el periódico a cerrar la edición y que más tarde le traería a Collazo.

—Que te acompañen unos soldados y llévate a Rafaelito contigo...

Rafaelito era su “dirigente juvenil”, Rafael Díaz Balart.

En un *jeep* me llevaron hasta donde estaba mi carro, en la calle, donde lo había dejado por la madrugada. Para mi sorpresa, al arrancar, con Rafaelito a mi lado, me di cuenta que dos *jeeps*, llenos de soldados me seguían para protegerme no se de qué. Parece que en los golpes de estado se acostumbra mandar soldados para aquí y para allá en misiones secretas y no secretas.

Al avanzar hacia La Habana confieso que yo no podía ocultar mi asombro. Evidentemente, Cuba era un país muy pintoresco. Yo era un periodista que había ido a una guarnición militar para cubrir una noticia de la mayor importancia y habían querido hacerme ministro y golpista. Luego, el jefe de la sublevación me había pedido que le escribiera un breve discurso explicando los motivos del golpe, a pesar de que yo no conocía, realmente, los tales motivos. Por casualidad me habían dado la oportunidad de inventar un nuevo ministerio, el de Propaganda, y, además, había designado al nuevo ministro. Y este ministro, el día anterior al golpe, el 9 de marzo, estaba nombrado Subsecretario de Gobernación en el gobierno que acababa de ser depuesto, e iba a ser el encargado de manejar la propaganda del nuevo gobierno. Pero este nuevo gobierno no tenía un presidente. Batista se había nombrado Primer Ministro para no tener que violar una Constitución, la de 1940, que acababa de ser arrojada al cesto de la basura. Por otra parte, el jefe de la sublevación se había excitado al informarle yo que existía un hombre que sabía donde estaban tres millones de dólares y me había pedido que le trajera enseguida al pobre hombre. Todo era muy extraño. Había algo de surrealismo en el desarrollo de los acontecimientos. Como yo siempre he tenido una visión grotesca de la vida cubana, confieso que estas cosas me divertían. Sin embargo, con los años he tenido que reconocer que aunque aparentemente todo aquello formaba parte de un inacabable relajo, lo que yo había presenciado iba a tener una importancia fundamental en el desarrollo de la triste historia de la isla. A partir de aquel momento la sangre correría en todo el país y se abriría un proceso que nos llevaría a una sangrienta revolución. En cuanto a mí, los hechos me empujarían al destierro para

el resto de mi vida. Poco más de un año después de aquello yo tendría que huir de la policía de Batista y abandonar mi país... para siempre.

Aquella tarde llegue a *Prensa Libre*, que estaba entonces en la calle Manrique, y fui directamente hacia el taller para hacer los titulares y emplanar la primera página. Ya había enviado por teléfono gran parte de la información. Agregué algunos detalles, cerré la edición y me reuní con Carbó para explicarle todo lo que había ocurrido.

En mi prisa por cerrar la edición yo no me había dado cuenta que los soldados que me habían seguido habían armado una especie de zafarrancho en la cuadra donde estaba el periódico. Habían tomado militarmente las dos esquinas, se habían apostado en la puerta del diario, y no dejaban pasar a nadie.

Al día siguiente, cuando ya todo estaba en calma, el pobre Humberto Medrano, que era el prototipo del hombre mediocre, me dijo lo siguiente:

—Yo pensé que tú venías a apoderarte del periódico... Parecía que ibas a dar otro golpe de estado aquí...

—Tiene gracia que hayas pensado eso. De modo que yo me meto en la boca del lobo para traer al periódico la mejor información del día, me paso trabajando casi 24 horas y lo que a ti se te ocurre es que yo venía a apoderarme del periódico...

Medrano no tenía la más ligera noción de lo que era un periódico y jamás entendió las razones que mueven a un reportero. La noche del 10 de marzo la edición de *Prensa Libre*, con el cintillo de Batista, Primer Ministro, rompió todos los record de circulación.

Pero yo tuve entonces el presentimiento de que se habían acabado los días del buen periodismo en *Prensa Libre*. Era evidente que yo tendría que ir abandonando el periódico poco a poco. El nuevo gobierno de Batista controló a *Prensa Libre* mediante el plan de regalos, que dependía precisamente del gobierno. En Cuba había existido una irrestricta libertad de expresión a partir del gobierno de Grau San Martín y fue durante ese largo período, desde 1944 hasta 1952, es decir, unos ocho años, que *Prensa Libre* se convirtió en el diario de mayor circulación en la isla. El golpe del 10 de marzo aunque inicialmente respetó aparentemente a la prensa, lo cierto es que forzó a los periódicos a la auto-censura. Se difundió un ambiente de temor. A los pocos meses del golpe yo me aparte del periódico y me limité a publicar mi columna diaria en la página ultima. Contrariamente a lo que esperaban las gentes del gobierno, mi columna, en ciertos momentos, fue muy crítica. En dos ocasiones fui detenido por miembros del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) para ser interrogado por el propio Jefe del Ejército, General Tabernilla. Se trataba de discretas admoniciones para que no me excediera en los comentarios. Era evidente que la prensa estaba condenada a desaparecer poco a poco.

En 1953, en junio, yo me lancé a la aventura de dirigir el diario *Pueblo* con la intención de romper el cerco que le habían puesto a la libertad de expresión. El diario le abrió las puertas a la oposición y en pocos días logró una circulación sorprendente. Vino a morir el 27 de julio de 1953, al día siguiente del asalto al Cuartel Moncada. La policía entró en los talleres y rompió los linotipos. Ese día el diario no pudo salir a la calle. Los otros periódicos, incluyendo a *Prensa Libre*, se plegaron a la censura. Yo tuve que salir al exilio... para siempre.

Después de terminar la edición de *Prensa Libre* del 10 de marzo del 52, que salió a la calle cargada de noticias exclusivas, regresé al campamento de Columbia con Enrique Collazo. Durante el camino, Collazo me explicó lo que pasaba con los millones. Se había separado un fondo de varios millones de pesos en la Tesorería para dedicarlos a la campaña electoral del Ingeniero Carlos Hevia, que iba a ser el candidato presidencial del gobierno. Collazo, que trabaja en Contabilidad, sabía cómo habían hecho la trampa. Batista, por supuesto, recibió la información con mucho agrado. Ya, desde el primer día del golpe, le estaban entrando varios millones. No puedo ase-

gurarlos, pero me imagino que se quedó con el dinero.

Delante de mí, Batista llamó a su nuevo ministro de Hacienda, Marino López Blanco y le dijo que se pusiera de acuerdo con Collazo para resolver aquel asunto. A partir de aquel momento, Collazo, que hasta entonces había sido un pobre empleado de 130 pesos mensuales, se convirtió en el hombre más importante en el ministerio..

Siete meses después, tal vez ocho, yo publiqué una breve nota señalando que Enrique Collazo había depositado en su cuenta de un banco que estaba en el Vedado, la cantidad de \$850,000. Batista le dio órdenes a su Ministro de Justicia, Gastón Godoy, para que me iniciara una causa por difamación. Yo amplí entonces la noticia y publiqué el número de la cuenta, el nombre del banco, la hora en que fue depositado el dinero en efectivo. Un empleado del banco me había dado toda la información. Batista entonces se indignó y ordenó que botaran a Collazo. Nunca más volví a saber de él.

Creo que fue el 13 de marzo cuando me visitó la mujer de Policarpo Soler para pedirme que intercediera con Batista para que le facilitaran la salida del país al fugitivo que, hasta el mismo día 10, había estado protegido por el presidente Prío.

Policarpo era un pintoresco delincuente que se había hecho famoso en años anteriores al mezclarse en las luchas internas de las pandillas. Había cometido varios asesinatos. Estaba preso en el año 1951 en el Castillo del Príncipe y pudo fugarse con la ayuda de gentes del gobierno. Se armó un gran revuelo en el país con la fuga de Policarpo y se difundió la especie de que todos los cuerpos de policía estaban buscando afanosamente al fugitivo. Falso. Policarpo estaba cómodamente instalado en una casa del reparto Miramar y se le vio algunas veces entrar al Palacio Presidencial por una puerta trasera. En febrero de 1952, poco antes del golpe, yo logré entrevistar al elusivo Policarpo y tomé una grabación y numerosas fotografías. La entrevista apareció en *Prensa Libre*, la revista *Bobemia* y se transmitió por la emisora *Unión Radio*. Prío hizo esfuerzos por impedir la publicación de la entrevista, pero no lo consiguió. Inclusive me localizó por teléfono para pedir que no publicara la información. Pero fue imposible. Ya estaba anunciada y no pude complacerlo. La entrevista fue un escándalo público que puso en ridículo a la policía y al mismo gobierno.

El golpe de estado, sin embargo, asustó a Policarpo y a todos los elementos gansteriles que hasta el día anterior campeaban por sus respetos protegidos por los elementos del gobierno de Prío.

Policarpo me envió a su mujer, Caridad, para pedirme que le hiciera una gestión con Batista para poder salir de Cuba. Por lo menos, dos pandilleros más me enviaron recados con la misma petición. El golpe de estado los había aterrorizado. Hasta el día anterior eran temibles y eran una amenaza para todo el mundo. De pronto, solamente pensaban en la fuga.

Yo fui a ver a Batista y le transmití las peticiones que había recibido.

—¿Qué tú crees que debemos hacer? —me preguntó Batista, cautelosamente.

—Usted ha dado un golpe supuestamente para librar al país del gansgerismo —le respondí sin querer comprometerme en el asunto.

—Sí, pero...

—Sería muy bueno que todos estos tipos fueran encarcelados. O tal vez fusilados... Lo merecen.

—Eso es muy duro... —se sonrió. —Es una situación difícil.

Claro que lo era. A los pocos días ocurrió algo insólito. El nuevo Ministro de Información, Ernesto de la Fe, se reunió con todos los gansters, los más notorios, en uno de los salones del Hotel Sevilla y, en nombre de Batista, les entregó algunas cantidades de dinero para que se fueran del país. Ninguno cayó preso. Policarpo logró viajar a Madrid con algún dinero. Luego se fue para República Dominicana y Trujillo lo hizo general. Años más tarde ordenó que lo asesinaran. Y para completar el cuadro, Trujillo también ordenó que mataran a la pobre Caridad, la misma que me había visitado pidiendo *garantías* para Policarpo.

Poco después del golpe de estado, el nuevo ministro de Educación, Andrés Rivero, me hizo una confesión sorprendente.

Prométeme que no vas a publicar nada... —me dijo.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que te voy a contar.

—Prometido.

—Es algo que me perturba y de lo cual no he hablado con nadie. Es increíble lo que ha pasado. Este golpe de estado tan extraordinario que has presenciado no lo ha dado, en realidad, Batista...

—¿Cómo?

—Sí, el propio Batista está un poco confuso.

—¿Qué ha habido detrás del golpe?

—Harry S. Truman. Por primera vez, yo estoy entrando en los secretos de la historia de Cuba... Nunca pensé que los americanos tuvieran ese control sobre las cosas del país...

—¿Cómo fue la cosa?

—Desde hace tiempo un agregado militar de la embajada americana solía ir a conversar con Batista a su casa, en la finca Kuquine. Yo te diría que iba todas las semanas y se pasaba horas hablando con Batista. Algunas veces yo llegaba y me incorporaba a la conversación. El oficial americano tenía una opinión muy despectiva del gobierno de Prío. Decía, a veces, que Prío era un hombre incapaz y corrupto.

—¿Cómo reaccionaba Batista frente a esos comentarios?

—Yo te diría, en honor a la verdad, que él no entendía cuáles eran las intenciones del americano. Batista, en realidad, en los últimos meses de 1951 y primeros de 1952, estaba desanimado. Se estaba quedando solo. Sus posibilidades electorales eran mínimas. Prío, increíblemente, estaba comprando a muchos de sus aliados.

—En una entrevista que yo le hice en aquellos días se me quejó de que Prío hasta le había sobornado a su propio hermano Panchín...

—Es cierto. Estaba muy deprimido. Pero aquel oficial americano iba a darle ánimos. Le insistía en que había que hacer algo. Batista no había pensado, realmente, en conspiraciones. Estaba muy lejos de eso. Quería volver al poder por la vía electoral.

—¿El americano le propuso el golpe?

—No, directamente. Lo que hacía era tratar de levantarle el ánimo y meterle en la cabeza la idea de que él tenía que salvar a Cuba. Nunca le propuso nada concreto. Tampoco creo que el hombre tuviera vínculos con otros militares. Probablemente, él creía que Batista sí tenía conexiones con los mandos militares... Evidentemente, de alguna manera, los americanos habían llegado a la conclusión de que era necesario derribar a Prío, por alguna razón, y creían que Batista era la figura apropiada... Eso, ciertamente, sorprendía a Batista.

—¿Y qué hizo Batista?

—Estaba muy confundido. No sabía qué hacer. Había recibido peticiones de algunos militares en activo que querían entrevistarse con él. Pero él los aplazaba. Entonces decidió llamar a Jorge García Montes, su amigo. Hablamos con él. Jorge había estado en la escuela con Dean Acheson, que era el Secretario de Estado en aquel momento. Batista le pidió a Jorge que fuera a Washington y hablara con Acheson para averiguar qué era lo que había detrás de las insinuaciones del agregado militar.

¿Cuál fue el resultado de la gestión?

—Jorge habló con Dean Acheson. Yo no supe lo que hablaron. Pero al regresar a La Habana su respuesta fue concreta. Truman aprobada lo que estaba haciendo el agregado militar.

Rivero Agüero era un político. Nunca había sospechado que algún día se vería involucrado en un golpe de estado militar. Había llegado a creer, inclusive, que la época de las intromisiones de los americanos en Cuba habían quedado atrás. De pronto, había descubierto cómo operaba Washington. Me dio la impresión de que lamentaba que se hubiera roto el orden constitucional en Cuba. Le sorprendía el descaro con que había actuado Truman.

Creo que me contó aquellas cosas porque quería desahogarse un poco. Me estaba utilizando, además, instintivamente, para dejar constancia de cuál había sido su participación en el golpe. Yo, por supuesto, no publiqué nada de aquello. No volvimos a hablar del asunto.

Años después, cuando yo me sumergí un poco en la historia de Cuba, entendí por qué Truman decidió derribar el gobierno de Prío Socarrás. No fue por la corrupción y tampoco por la incapacidad del presidente. Fue, simplemente, porque los dos gobiernos auténticos (PRC) de Grau y Prío habían dado algunas vagas señales de independencia frente a los Estados Unidos. Hasta el momento en que llega Grau a la presidencia, en 1944, todos los anteriores gobiernos de Cuba, con la excepción de los cien días de Grau en 1933, habían sido manejados rígidamente desde Washington. Habían sido simples pro-cónsules. Batista había sido el más leal servidor de Washington. Grau y Prío se apartaron ligeramente de esa línea de obediencia e hicieron cosas que molestaron a los americanos. Una de ellas fue la decisión de Grau, en 1948, de votar contra la partición de Palestina, un interés muy especial de Truman. Otra cosa fue el intento de derribar a Trujillo con el plan de Cayo Confite. Aparte de esto, se aprobaron leyes que no agradaban a los americanos. Truman no estaba dispuesto a tolerar que los cubanos desobedecieran las órdenes de Washington. Lo de Grau y Prío fue un sueño. Se engañaron. Creyeron que estaban gobernando un país soberano.

El golpe de estado del 10 de marzo fue algo tan perfecto o, mejor dicho, tan irreal, tan absurdo, que el país quedó como paralizado. No hubo resistencia, salvo una pequeña escaramuza en el Palacio Presidencial que provocó la muerte de uno de los asaltantes. Los mandos militares en toda la isla se entregaron mansamente. El jefe de la provincia de Matanzas era el Coronel Eduardo Martín Helena y se negó a plegarse al golpe. Sus subordinados lo depusieron y se sumaron. El presidente Prío, que estaba en su finca La Chata, cerca de La Habana, corrió hacia el Palacio y se reunió con un grupo de amigos. Algunos de ellos le sugirieron que se hiciera alguna resistencia. Pero Prío no quiso. En realidad, no tenía ningún respaldo entre las tropas. Lo único que se le ocurrió fue buscar asilo en la Embajada de México. El gobierno no cayó sin pena ni gloria. Luego inventó que había tratado de ir a Matanzas para ponerse al frente de las tropas con el apoyo de Martín Helena, pero nunca se pudo confirmar ese misterioso viaje. Lo más probable es que haya salido del Palacio para la embajada. Luego se publicó una foto de Prío en la embajada jugando al billar.

A los dos o tres días del golpe yo traté de entrevistar a Prío en la sede diplomática. No pude. El embajador me dijo que las regulaciones del asilo impedían que el ex-presidente hiciera declaraciones mientras estuviera bajo la protección del gobierno de México.

Por fin se anunció que Prío saldría con su familia hacia México. No recuerdo, exactamente, el día. Tal vez tres o cuatro días después del golpe. Yo me instalé, desde temprano, en el aeropuerto de Rancho Boyeros para tratar de introducirme en el avión que lo iba a transportar al exilio.

Durante las largas horas de espera hice amistad con el teniente del ejército que estaba a cargo del aeropuerto. Recuerdo que se llamaba Janeiro. El hombre me contó su vida con una cierta amargura.

—Ese hombre es malo... —me dijo el teniente, refiriéndose a Carlos Príos—. Yo estuve destacado en su finca durante algún tiempo...

La finca de Prío estaba cerca del aeropuerto.

—¿Por qué dice usted que es malo?

—Nos trataban como perros... Ni siquiera agua nos daban a los que cuidábamos la finca.

Hablando con Janeiro logré ganarme su cooperación. Empecé por prometerle que iba a hablar con Batista para conseguirle el ascenso a capitán. Se puso a mis órdenes. Cuba es un país pintoresco y un poco surrealista. Llegó un momento en que yo era, realmente, el jefe del aeropuerto.

—¿Qué quiere usted que yo haga cuando llegue el carro de Prío?

—Yo quiero irme en el mismo avión con él para México para hacerle la primera entrevista...

—No hay problemas... Usted se va con él.

Al cabo de varias horas llegó Prío con toda su familia en el carro de la embajada, acompañado del embajador, que se llamaba Bosque.

El aeropuerto estaba tomado militarmente. Varios cientos de personas se habían congregado a la entrada. Janeiro detuvo el automóvil en que viajaba Prío y abrió la puerta...

—Entre... —me ordenó con voz enérgica.

Lo hice y me senté frente al pobre presidente depuesto. Me impresionó la angustia que se reflejaba en su rostro.

—Yo quiero irme con usted en el avión... Tenemos que hablar.

—¡Por Dios, no puede ser! Yo le he prometido al embajador... Yo no puedo hacer declaraciones antes de llegar a México.

—Pero hablaremos en el avión.

—No puede ser, no puede ser, yo te ruego...

Desistí. Me apeé del carro. Pero Janeiro estaba indignado.

—¡Usted tiene que irse con él! —insistía.

—No se puede, teniente...

A todas éstas, ya Prío había entrado en el avión con su esposa y sus hijas. Entonces Janeiro me llevó a la escalerilla del avión y me obligó a entrar. El hombre estaba defendiendo su ascenso.

Entré al avión. Me senté al lado de Prío.

—Yo te ruego que no vengas... —insistía con mucha angustia en la voz— Le he prometido al embajador...

Yo estaba apenado. El fiero teniente Janeiro estaba junto a la escalerilla del avión dispuesto a no dejarme desembarcar.

—Mira, yo voy al Hotel Continental Reforma, toma el siguiente avión y yo te espero allá para que me ayudes a hacer las declaraciones...

Pude, por fin, convencer al teniente de que no podría viajar.

—Ayúdeme a conseguir pasaje en el próximo vuelo a México... —le dije.

Así fue. Manolo Alonso, Director del Noticiero Nacional, se unió a mí y a las dos horas salimos hacia México. El teniente no se separó de nosotros hasta que no estuvo seguro de que saldríamos en el vuelo.

Cuando llegamos a México todavía era de día. Manolo había telefoneado para que le tuvieran preparado un equipo de camarógrafos para hacer una película. Por alguna parte, entre mis papeles, debo tener una foto del ex-Presidente Prío con Aureliano Sánchez Arango, Manolo Alonso y yo, en la habitación del hotel.

Prío parecía muy tranquilo. No daba señales de estar preocupado ni afligido por lo ocurrido. La entrevista que yo le hice aquel día fue publicada en *Prensa Libre*, después en *Bohemia* y Manolo hizo un documental para el cine y la televisión.

No recuerdo exactamente las preguntas y respuestas. Lo que me quedó en la memoria fue el interés de Prío por explicar lo que había hecho al enterarse del golpe. Dijo que había ido a Matanzas para ponerse al frente de las tropas y resistir, contando con la lealtad del jefe militar de la provincia, el Coronel Martín Helena. La cosa, según me explicó, no pudo ser. La guarnición se sumó al golpe y destituyó al coronel. En rigor, era una excusa de Prío. No era cierto que intentara ir a Matanzas. Del Palacio Presidencial, después de oponerse a hacer ningún tipo de resistencia, había ido para la casa de un amigo y después para la embajada de México.

Recuerdo que le hice una pregunta muy directa:

—Presidente, en La Habana se está afirmando que usted estaba de acuerdo con Batista para este golpe... ¿qué hay de cierto en eso?

Entonces se puso de pie, enfurecido, y me dijo:

—¡Eso es una infamia!

—No lo dudo, pero le estoy trasmitiendo algo que usted debe saber... Es el rumor que circula en La Habana.

—No hay nada de cierto en eso... —insistió, más calmado.

No tengo a mano el texto de la entrevista que le hice aquel día y que fue la primera que se publicó después del golpe de estado. Pero lo que recuerdo, y que me llamó la atención, fue que Prío no tuvo palabras muy duras contra Batista. Yo esperaba que un presidente expulsado del poder se pronunciaría enérgicamente contra los usurpadores, pero me equivoqué. No lo hizo.

La entrevista duró algo más de una hora. Luego me invitó a salir a una pequeña terraza y me dio un consejo inesperado:

—Yo te aconsejo, chico, que no te pelees con esta gente...

—¿Por qué, presidente? —le pregunté.

—Chico, porque esto tenía que ocurrir... Mi partido estaba corrompido. Las elecciones que íbamos a celebrar en junio iban a ser muy duras... Si tú tienes relaciones con Batista te aconsejo que no te busques problemas...

Era un consejo extraño. Sobre todo, teniendo en cuenta que mis relaciones con Carlos Prío habían sido muy superficiales. A lo sumo habría hablado con él personalmente una sola vez antes de ese momento. Había tenido más contactos con sus dos hermanos, Antonio y Paco.

Pero, inmediatamente, me di cuenta que había algo más que un consejo. De pronto me dijo:

—Tu estás en este hotel...

—Sí, en el tercer piso.

—Esperame en la habitación y dentro de un rato yo pasaré por allí porque quiero hablar contigo de algo muy privado...

Y así fue. Lo esperé en mi habitación. Me acompañaba Manolo Alonso. Prío llegó, se sentó en una butaca.

—Tú tienes buenas relaciones con Batista?

—Presidente, sí, como periodista he tenido contactos frecuentes con él... Siempre me ha tratado con mucha amabilidad.

Evidentemente, Prío había estado leyendo las informaciones que yo había publicado sobre el golpe de estado y había visto algunas fotos en las que yo aparecía cerca de Batista.

—¿Tú podrías llevarle un recado? —me preguntó.

—Con mucho gusto...

—Pues mira, yo quiero que le digas a Batista, de parte mía, que yo he salido de Cuba sin dinero. Todo lo que yo tenía, aparte de mi finca, eran unos dólares... Pero, en fin, eso no tiene importancia. Lo que más me preocupa es que yo dejé una cajita en mi oficina del Palacio Presidencial, en esa cajita hay fotografías y cartas que serán muy comprometedoras si caen en manos poco escrupulosas. Yo sé que Batista es un caballero... Son fotos y cartas de mujeres. Si esas cosas se riegan voy a tener serios problemas con mi esposa.

—Además de las fotos y las cartas, ¿qué más hay en la cajita?

—Hay unos dólares que me hacen mucha falta en este momento, porque he salido con muy poco... No tengo nada. No tengo fortuna. Esos \$250,000 que quedaron en la caja es todo lo que tengo para enfrentarme al exilio...

—¿Qué debo decirle a Batista? —le pregunté.

—Que me devuelva la cajita con todo lo que contiene y que yo confío en su caballerosidad...

—¿A quién debe devolvérsela?

—Puede devolvérsela al Dr. Santovenia. O a Gallardo, que trabajaba conmigo en Palacio.

Lo note muy preocupado. Le aseguré que tan pronto llegara a Cuba iría a ver a Batista y le transmitiría su recado. Pero hoy, tantos años después, y cuando ya han muerto todos los personajes de la época, y tomando en cuenta la importancia que tuvo aquel golpe de estado y las consecuencias que ha tenido para el país, hoy arruinado, no puedo por menos que llegar a la conclusión de que éramos un país gobernado por gentes muy inferiores. Un presidente destituido ignominiosamente que sale huyendo y que lo único que le interesa, en un momento tan difícil, es recuperar \$250,000 y unas fotografías, y que comisiona a un periodista que apenas si conoce, con el cual ha tenido muy poco trato, y le pide que interceda con el jefe del golpe para que le haga un favor, todo esto es tan poco serio, tan humillante, que aún a la distancia resulta repugnante. Sobre todo, si tenemos en cuenta que la fortuna personal de Carlos Prío, en aquel momento, podría calcularse en unos 30 millones de dólares, según dicen sus amigos y cómplices.

La entrevista con Carlos Prío Socarrás en el hotel Continental Reforma, de México, a las pocas horas de haber llegado al exilio, después del golpe de estado, fue extensa. Se hicieron muchas fotos en las cuales aparecen Prío, Aureliano Sánchez Arango, Manolo Alonso y yo. Se hizo también una película con media hora de duración para el Noticiero Nacional de Alonso. La entrevista se publicó en *Prensa Libre* y en *Bohemia*, firmada por mí (creo que también incluí a Alonso). Creo recordar que el ex-Presidente no tuvo palabras duras para Batista, lo cual me sorprendió en un hombre que acababa de ser expulsado del poder.

En páginas anteriores explique que Prío me pidió que le llevara un recado a Batista. Quería que Batista le devolviera una cajita que se le había olvidado en su despacho y en la cual tenía varias fotos comprometedoras y una cantidad de dinero. Creo que me dijo que eran \$250,000 dólares.

Esa misma noche yo hable por teléfono con uno de los ayudantes de Batista y le expliqué que le llevaba al general un recado importante de Carlos Prío. Quedamos en que me estarían esperando en el aeropuerto al día siguiente. Esa misma noche escribí las dos entrevistas con Prío, una para *Prensa Libre* y otra para *Bohemia*.

Al día siguiente, alrededor de las dos de la tarde, llegamos al aeropuerto de Rancho Boyeros Manolo Alonso y yo. Un carro del ejército nos estaba esperando. Batista nos esperaba para almorzar. Con el mismo

carro envíe los reportajes al periódico para que salieran esa misma noche.

Batista parecía muy contento. Lo noté más fresco que el día del golpe.

No he almorzado esperando por ustedes.. —dijo.

Luego supe que era mentira. Había almorzado opíparamente. Pero, siguiendo su vieja costumbre, había vomitado después de comer y se dispuso a almorzar de nuevo. Desde hacía muchos años solía hacer lo mismo. Comer, vomitar y volver a comer.

—¿Cómo encontraron a Prío? —me preguntó.

—Podrá usted imaginarse que no se siente muy feliz después de lo que paso... —le dije.

—Lo comprendo, ha sido algo lamentable... Lo que me sorprende es que me mande un recado. ¿Cómo es la cosa?

—General, dice Prío que como usted es un caballero el espera que le haga el favor de devolverle una cajita que se le olvidó en Palacio.

—¿Qué cajita?

—Dice él que se encuentra en una de las gavetas de su escritorio.

—¿Y qué contiene? —preguntó Batista.

—Contiene cartas de amor, fotografías y algún dinero. Prío dice que si esas cosas caen en manos de sus adversarios, en este momento, tendría serias dificultades matrimoniales...

—Es verdad —asintió Batista, simulando preocupación.

—Según afirma Prío, en este momento se encuentra sin dinero y los \$250,000 que hay en la cajita le hacen falta para poder organizar su vida en el exilio...

—¿Tú crees que esté tan necesitado de dinero?

—Yo no sé, general.

—Me parece una exageración, pero, de todos modos, puedes llamar a Prío y decirle que en el acto vamos a recoger la cajita para enviársela allá... Yo respeto mucho las cosas privadas.

En ese momento Batista llamó a uno de sus ayudantes y le dijo que después que terminara el almuerzo fuera conmigo al palacio y me devolviera la cajita.

Yo intervine:

—No, no, general... Yo no quiero involucrarme en eso. Lo correcto es que la cajita se le entregue a un notario y que éste levante un acta relacionando su contenido. Prío me menciona varios nombres posibles. Uno, Santovenia. Otro, Gallardo...

—Muy bien. Vamos a hacerlo así. Llámalo y dile que vamos a localizar a estos señores para entregarles la cajita con su contenido.

Y después insistió:

—¿Lo notaste muy abatido?

—No me pareció... Pero es obvio que la procesión anda por dentro.

—¿Y qué te dijo en la entrevista?

—Nada realmente importante. Un relato de lo sucedido, me hizo una crítica muy dura de su partido, el PRC, y me pareció que estaba resignado.

Le conté entonces que le había preguntado a Prío que si el golpe había sido producto de un acuerdo con él, con Batista. Se rió un poco y me preguntó cual había sido su respuesta.

—Se indignó y dijo que eso era una infamia... Pero ahora le pregunto a usted, general, si hubo realmente un acuerdo...

Batista se rió de buena gana.

—No esperarás que te responda a esa pregunta...

—No lo espero, claro. Pero esa duda parece que va a quedar siempre en el aire.

Después que abandoné el campamento de Columbia llamé a Prío, desde el periódico y le informé del resultado de la gestión. Fue obvio que se sintió feliz al saber que Batista era tan amable con él. "Dale las gracias de mi parte", me dijo.

Este episodio, que he relatado escuetamente, al pie de la letra, sin exageraciones, revela hasta que

punto la vida cubana en aquellos tiempos era una farsa. Después de aquello, en los años siguientes, Prío inventaría una absurda conspiración para derribar a Batista y Batista, a su vez, usaría la supuesta amenaza de Prío para justificar varios crímenes y para organizar el robo con el pretexto de la seguridad nacional. Ni uno ni otro creyeron nunca en la tal conspiración.

A las pocas semanas del golpe de estado me encontré casualmente en la calle con Marcos García Villareal. Era un personaje muy interesante y yo tuve siempre una buena relación con él. Marcos había sido en un tiempo trozkista. Después derivó hacia los negocios relacionados con el café y logró levantar una fortuna. Solía beber mucho. Era uno de los hombres más convincentes que yo he conocido. Tenía una sólida formación cultural, sobre todo en política, pero era la formación de un hombre que se había quedado parado en un momento del pasado. La cultura supone un largo y paciente esfuerzo que no termina sino con la muerte. Marcos, al igual que muchos cubanos, había quedado congelado en el pasado. A pesar de eso, era un magnífico teorizante.

El golpe de estado había sido desastroso para Marcos. Sus negocios de café habían entrado en crisis. Su círculo de relaciones políticas giraba en torno al partido auténtico.

—¿Qué vas a hacer ahora, Marcos? —le pregunté.

—Bueno, no queda más remedio, hay que tumbar al mulato... me dijo. —El mulato era Batista.

—¿Crees que sea posible?

—Absolutamente.

—Bueno, no te pregunto lo que vas a hacer, pero me imagino que habrás imaginado la forma de tumbarlo...

—¡Este país está lleno de pendejos! Mañana me voy a México a hablar con Carlos Prío... Esto no debe quedarse así.

Marcos hablaba con una convicción impresionante. Todo parecía simple.

—Mañana me voy a México. Yo tengo la fórmula para poner a correr al mulato...

Parecía dispuesto a contarme como sería la cosa.

—Mira hay que organizar una conspiración. Prío tiene que ponerse al frente de un movimiento clandestino para matar a Batista y recuperar el poder.

—No parece fácil la cosa, Marcos...

—Yo se que no es fácil. De lo que yo estoy hablando es de provocar a Batista para que se asuste y saque el sable para matar gentes. Yo lo conosco bien. Es pendejo. Hay que crear un aparato conspirativo que lo tenga siempre nervioso. Tú verás que él, solito, se va cavando su tumba.

—¿Y eso es lo que le vas a proponer a Prío?

—Eso mismo, coño. Tiene que ponerse al frente de ese movimiento.

De lo que estaba hablando Marcos, obviamente, era de una pantomima conspirativa que le destrozara los nervios a Batista.

No volví a ver a Marcos hasta muchos años después. Pero es evidente que fue a México y habló con Prío. Unos meses después ya estaba Prío en Miami inventando una conspiración contra Batista. Todo el tiempo, desde 1952 hasta la caída de Batista existió la **conspiración de Carlos Prío**. Prío recaudó entre sus amigos, aquellos que se enriquecieron en su gobierno, suficiente dinero para manejar la farsa de la conspiración.

Unos años después, ya la revolución en el poder, yo estaba reunido con Carlos Prío y su hermano Antonio, y Prío estaba un poco achispado con los tragos. Recuerdo que en un momento me dijo con

orgullo: “Yo obligué a Batista a sacar el sable!”

Marcos García Villareal tuvo un final triste. Perdió toda su fortuna. Quedó apresado en el alcohol. Y al final se fue a las lomas del Escambray. Cuando lo volví a ver, en enero de 1959, tenía una espesa barba. Poco más tarde moriría.

Yo no sé si me decidiré, en algún momento, a publicar estas páginas. Pienso que a nadie le pueden interesar las cosas que pasaron hace tanto tiempo y los lamentos de un hombre de 85 años. Estoy como bordeando el ridículo. A lo mejor, en cualquier momento, en un raptó de desdén, tiró estas cuartillas a la basura. Casi toda la gente de que hablo ha muerto ya y han sido olvidados. Se siente uno como un superviviente. Es posible que gentes más jóvenes tengan alguna curiosidad por saber como era el país en que vivieron sus padres. Entre los cubanos de la diáspora se ha desarrollado una especie de mitología. Todo lo anterior a la revolución era bello, noble y bueno. Falso. Yo recuerdo el país en que viví hasta 1953 como algo grotesco. La Cuba a la que regrese en 1994 era un país distinto. Aunque recorrí las calles arriba y abajo, buscando el tiempo perdido, no lo encontré. Ahora, cada vez que voy a la isla me siento más solo y más extraño. Una revolución que no ha cesado en 42 años ha sido devastadora en lo que se refiere a la memoria. Lo que siempre le sale al paso al que regresa es el olvido. Es curioso el interés que tienen las gentes más jóvenes por re-descubrir el pasado cuyas huellas se han ido borrando poco a poco. De todos modos, el cubano que saldrá de este proceso será un ser humano más ensimismado, más consciente de su condición, más triste, menos pintoresco.

Tengo en mis manos una página amarillenta de un periódico que se publicó en Miami hace cuarenta años. El periódico se llamaba *Diario de la Marina* y se estaba imprimiendo, en el año 1961, en un taller de Miami Beach. Era en los tiempos en que la revolución había puesto en fuga a todos los periódicos que se publicaban en Cuba y algunos, como el *Diario*, habían recalado en Miami para combatir a Fidel Castro. La fecha del periódico que tengo delante de mis ojos es significativa: sábado 29 de abril de 1961. Es decir, pocos días después del fracaso de la invasión de Bahía de Cochinos. El título del artículo, que ocupa una página entera, es un poco solemne: *Mi testamento político para Hispano-América*. Y lo firma Manuel Artime Buesa. Aparece la fotografía de Artime, un muchacho joven, mofletudo, sonriente, de aspecto jovial.

Voy a reproducir los primeros párrafos del testamento. Empieza así:

“Escribo estas líneas en un campamento donde estoy preparando, a un grupo de cubanos para ir a liberar a nuestra Patria o morir, por ella.

Estoy solo escribiendo.

Es de noche.

Una luna clara mancha de plata las copas de los árboles que pueden verse a través de la puerta abierta de mi tienda de campaña.

Desde afuera me llegan los cantos repletos de nostalgia de mis muchachos que evocan los diss

felices de mi Patria hoy esclava.

Medito sobre Cuba y sobre mi vida.

Medito sobre mi vida, porque ella no es un caso aislado; la vida de los muchachos que cantan afuera son idénticas a la mía.

Tengo sólo veinte y nueve años y esta es mi segunda guerra.

Soy un joven sin juventud, me siento viejo. Me han vuelto viejo las responsabilidades que pesan sobre mis hombros.

Así es la juventud de mi Patria, una juventud vieja.

Es evidente que Artime, previendo su muerte, y emocionado por la epopeya en que se iba a meter, había escrito su testamento para ser publicado después de la batalla que iba a librar con “sus muchachos”.

No se puede dudar de la sinceridad del hombre de 29 años que escribe estas páginas antes de lanzarse a una aventura muy peligrosa. Es obvio que Artime cree lo que escribe y siente que está viviendo un momento trágico al lado de “sus muchachos”.

Yo conocí a Artime cuando llegó a Miami, en 1960. No estoy seguro de la fecha. Huyó de Cuba vestido de cura. Al parecer, Artime se había incorporado a algún grupo de combatientes de la Sierra Maestra en los meses finales de 1958. Algunos han dicho que fue en diciembre. No está confirmado. Todo esto es muy confuso. Se sabe que había estado vinculado con los grupos católicos que empezaron a conspirar contra el gobierno de Castro. Hay el rumor de que estableció contacto con los agentes de la CIA que ya estaban actuando en Cuba en el año 1959. Durante los años de 1959 y 1960 Cuba era un hervidero de conspiraciones. Todavía el gobierno revolucionario no había perfeccionado sus sistemas de investigación.

De alguna manera, la CIA lo sacó de Cuba vestido de cura y llegó a Miami. Yo recuerdo haberme reunido con él a los pocos días de su arribo a la ciudad. Fue el mismo Artime el que me llamó para hablar conmigo. Cuando nos reunimos, recuerdo que me dijo estas palabras: “El jefe militar de mi organización es un gran amigo tuyo y me pidió que hablara contigo”.

—¿Y quién es ese amigo mío?

—Se llama Angel Yergo.

Cierto. Yergo había sido amigo mío en un tiempo y llevaba años sin verlo. Mi primera impresión fue desastrosa. Me dije para mis adentros: “Si Yergo es el jefe militar todo esto es una mierda”.

Yergo era un personaje muy pintoresco. Hacía años había sido herido en la cabeza en una balacera entre elementos gangsteriles. Había sobrevivido a una operación muy delicada en el cerebro. No tenía buena salud. Tenía problemas con la vista. No me pareció nunca que tuviera una educación muy esmerada y, sin embargo, se las arreglaba muy bien para dar la impresión de que era hombre muy enterado. Siempre parecía disponer de información confidencial, pero muchas veces tuve la sensación de que era un personaje con más imaginación que cordura. Su mayor habilidad consistía en saberse introducir como amigo entre ciertas gentes que él consideraba importantes. Por ejemplo, quien me lo introdujo a mí fue Carmina Benguría con la historia de que era un hombre bien informado. No era cierto. Luego se introdujo con Anselmo Alliegro, con Miguel Angel Quevedo, con Miguel Suárez. Yergo era el personaje que solía aparecer por las mañanas en mi casa para desayunarse y ponerme al día de las últimas noticias que había recogido en otras partes. Siempre eran noticias confidenciales. Uno podía llegar a tener la idea de que Yergo estaba muy bien relacionado. Con el tiempo yo llegué a darme cuenta de que había mucho de picardía en el hombre. Nunca supe que trabajara en nada pero se las arreglaba de buen modo que para mantener a su familia. Era buen padre. Cuando yo tuve que salir de Cuba, en agosto de 1953, después del asalto a mi periódico, Yergo desapareció y siguió entretejiendo sus conspiraciones imaginarias y sus informaciones confidenciales. No supe más

de él hasta el momento en que Artime me lo mencionó. Me di cuenta inmediatamente que se había introducido en el círculo de Artime con sus habituales mañas. La idea de que se había convertido en el jefe militar del movimiento que dirigía Artime me pareció grotesca, pero no dije nada.

El testamento político de Artime, nada menos que dirigido a toda Hispanoamérica, es un documento que refleja claramente la indigencia mental de los agentes americanos que escogieron al hombre para que fuera el jefe de la invasión a Cuba. Obsérvese como habla de “sus muchachos” y como afirma que “está preparando a un grupo de cubanos para ir a liberar a la patria”. Los americanos lo habían convertido en el líder de la invasión. Artime no tenía ninguna experiencia política ni militar. El *testamento político* revela una indigencia mental pavorosa. Ni siquiera se podía decir que era un joven que representaba los ideales de la juventud cubana. Los americanos, probablemente, lo habían seleccionado en base a su ignorancia y a su buena disposición para obedecer. De otro modo no se explica. Tradicionalmente, los americanos prefieren tratar con individuos del tipo de Artime cuando se meten en empresas políticas en un país extranjero.

El testamento político de Artime parece haber sido hecho para complacer a los agentes de la CIA que habían tratado con él y que lo estaban impulsando para convertirlo en una especie de Castillo Armas en la invasión que estaban proyectando. Por alguna razón misteriosa los agentes llegaron a creer que el pueblo cubano era muy católico, lo cual, por su puesto, no era cierto. Como Artime procedía de las filas de la juventud católica, manejada por algunos curas, pensaron que era una gran idea darle un carácter religioso a la cruzada contra el comunismo.

En su testamento, Artime habla constantemente de Dios y del cristianismo. No puede haber libertad para traicionar a Dios, a la Patria y al Mundo Libre. Propone una libertad basada en las normas fundamentales del Cristianismo. Después pide que los países de Hispanoamérica se unan a Dios. En general, todo el testamento de Artime parece haber sido escrito por un sacerdote acostumbrado a la preparación de sermones. Es muy posible, porque Artime nunca me dio la impresión de que fuera capaz de escribir algo. Ni siquiera un sermón tan desastroso como el que firmó para despedirse del mundo hispanoamericano.

Pero lo más grave del testamento es la apología del imperialismo norteamericano. Artime habla de unos Estados Unidos dispuestos a entregarse fervorosamente a la defensa de los pueblos de Hispanoamérica y asegura que el imperialismo es cosa del pasado. “Los americanos son nuestros hermanos”, dice. Y califica de miserables a los que ladran contra Norteamérica.

Artime, sin embargo, estaba muy lejos de la santidad que se proclama en su testamento. Durante los preparativos de la invasión que se estaban llevando a cabo en Guatemala, Artime recaudó fuertes sumas de dinero entre los elementos batistianos que estaban en Miami con el pretexto de financiar la jornada gloriosa que iba a encabezar. Era la época en que muchos ricachones cubanos aspiraban a recuperar sus propiedades en Cuba. Y a pesar de que toda la operación de Guatemala fue financiada con los millones del gobierno americano parece ser que Artime, muy hábilmente, recogió dinero entre los batistianos para garantizarles el regreso a Cuba. Después que fracasó la invasión y Artime recobró su libertad se sabe que hizo buenos negocios en Nicaragua con Somoza y siguió recaudando dinero entre los cubanos ilusos que le veían como el *golden boy* de Washington. Se afirma que hizo una fortuna considerable. Sus actividades después del fracaso de Bahía de Cochinos parecen haber tenido un matiz que invita a la sospecha. Murió muy joven.

Este testamento político dirigido a todo el continente, probablemente hecho por algún cura lleno de fervor cristiano, es interesante porque nos revela hasta donde fue disparatada la conducta de Washington en el proceso de la invasión.

En el año 1996 apareció el libro de Richard M. Bissell, el hombre que manejó desde Washington toda la operación de Bahía de Cochinos. El libro tiene el título de *Reflections of a Cold Warrior*. Un

capítulo del libro está dedicado al caso de Cuba. Es, tal vez, el análisis más sobrio del fracaso de Bahía de Cochinos, y Bissell reconoce los graves errores cometidos. Bissell murió en 1994 “y su libro se publicó después de su desaparición. El reporte de Lyman Kirkpatrick, inspector general de la CIA, también fue publicado a fines de los años noventa y es una relación minuciosa de todos los disparates hechos por los americanos en sus planes contra Cuba.

El domingo 30 de abril de 1961, es decir, pocos días después del fracaso de la expedición financiada y dirigida por los Estados Unidos para *liberar* a Cuba se publicó en el *Diario Las Américas* de Miami una página entera, pagada como anuncio, y firmada por Juan Antonio Rubio Padilla, pidiendo formalmente al gobierno americano que invadiera militarmente la isla de Cuba para derribar al gobierno de la revolución.

El párrafo final del interesante documento dice así:

“Con toda responsabilidad y con la conciencia tranquila de quien en su vida pública ha puesto siempre el interés de la patria por encima de toda consideración personal, afirmo que es deber de todo cubano solicitar del gobierno de los EE.UU. la intervención armada para aplastar al comunismo y ayudar al pueblo de Cuba a restablecer la democracia, el estado de derecho y la paz.
Miami, 27 de abril de 1961”.

Y en otra parte del documento dice lo siguiente:

“El primer golpe psicológico va a ser el espectáculo de la cobardía con que van a huir los comunistas de Cuba cuando vean fuerzas realmente superiores; el segundo, va a ser el estallido de locura popular con que van a ser recibidos en pueblos y ciudades las fuerzas libertadoras: hombres, mujeres y niños, entre lágrimas y risas de felicidad, se abalanzarán sobre los soldados victoriosos para demostrar su gratitud, que como todo esto será recogido en noticieros gráficos, los latinoamericanos verán con sus propios ojos en qué medida han sido víctimas infelices de la propaganda roja que les hacía creer que el comunismo tenía base popular en Cuba”.

Ahora bien, lo interesante de este documento es que el que lo firmaba, Rubio Padilla, había sido delegado de Cuba, en el año 1933, a la Conferencia Panamericana de Montevideo, donde se había denunciado el intervencionismo americano y se había pedido enérgicamente, por la delegación cubana, la derogación de la Enmienda Platt, aprobada en 1901 por el Congreso de los Estados Unidos, y por la cual Cuba quedaba sometida a Washington a perpetuidad. Por tanto, un personaje que se había destacado durante el conato revolucionario de 1933, y que había luchado contra el intervencionismo americano, en 1961 pedía, con urgencia, que los americanos desembarcaran en Cuba para aplastar la revolución cubana que solamente tenía dos años y tres meses en el poder y que, en aquel momento, tenía un respaldo mayoritario en el pueblo de Cuba.

El extenso documento de Rubio Padilla estaba bien razonado y bien escrito, pero sus conclusiones eran desoladoras. De hecho, estaba admitiendo que Cuba era una colonia y que los Estados Unidos tenían la obligación de mandar sus tropas a recuperar la isla. A Rubio Padilla no le importaba el costo que tendría, en términos de sangre cubana, una operación de desembarco de las tropas americanas.

Esta conducta de Rubio Padilla, un hombre inteligente que había estado muy vinculado al breve proceso revolucionario del año 1933, nos da la medida exacta del espíritu que ha prevalecido, desde 1959, en la comunidad cubana de Miami. La idea de que Cuba es y debe ser siempre una colonia de los Estados Unidos quedó establecida en 1959, y durante los más de cuarenta años que han transcurrido desde entonces se ha desarrollado sin obstáculos entre los cubanos que se hacen llamar exiliados. Los primeros cubanos que abandonaron la isla en 1959, y que representaban lo mejor del pensamiento político de la isla, desde el principio fijaron la noción de que los Estados Unidos estaban obligados a rescatar su colonia. En el año 2001 esa idea está arraigada entre los cubanos que viven en el exterior y los cuales, por supuesto, con algunas excepciones de rigor, no tienen el nivel intelectual de los fundadores del exilio cubano. El volumen mayor de los cubanos que se hacen pasar por exiliados en los Estados Unidos está formado por gentes humildes que han salido de la isla en busca de mejores condiciones de vida, y los que se exhiben como dirigentes y escriben en los diarios y hablan por la radio y la televisión están muy lejos de tener la calidad intelectual de los que formaron la primera oleada de exiliados, entre los cuales estaba Rubio Padilla. El nivel ha bajado de forma aterradoramente, pero las ideas expuestas por gentes como Rubio Padilla han quedado establecidas como normas patrióticas indiscutibles. Cuba es, y de derecho debe ser, una colonia americana. En esta conducta radica la esterilidad del exilio cubano. Y es lo que explica, claramente, su lento debilitamiento y el poco prestigio que tiene en el mundo entero. La generación de los Rubio Padilla, que en un momento dado tuvo una clara idea de lo que debía ser la soberanía cubana, ha ido desapareciendo en los cementerios de Miami. Sin pena ni gloria, dejaron un legado realmente miserable.

En Madrid, en 1956, conocí al dramaturgo español Antonio Buero Vallejo. Era un hombre alto, delgado y mal vestido. No me daba la impresión de que sus cosas le fueran bien. Nos reunimos varias tardes en el café Gijón. Me contaba cosas de la guerra civil. Había caído preso al terminar la guerra. En algún momento estuvo condenado a muerte. Luego me contó una historia tremenda de sus días en la cárcel y me puso como condición que no fuera a publicar su nombre.

—Estábamos en la cárcel desde hacía muchos meses... Eramos seis hombres que compartíamos la celda...

Buero dramatizaba muy bien la historia. Bajaba la voz y hasta parecía que se emocionaba contando lo que había ocurrido.

—Eramos seis... Todos los días nos traían la comida. Era una ración miserable para cada uno... Un pedazo de pan viejo, un caldo con unas papas, pero la verdad es que teníamos tanta hambre que devorábamos aquello casi con entusiasmo. El hambre es algo espantoso...

—¿Y qué pasó?

—Pasó que una mañana uno de los seis apareció muerto. No supimos de qué. Tal vez del corazón.

—¿Qué hicieron?

—Pues empezamos a deliberar y acordamos no decir nada a los carceleros...

—Y eso ¿por qué?

—Porque nos pareció mejor esconderlo debajo de uno de los camastros y entonces repartirnos la ración que le tocaba al muerto.

—¿Y entonces?

—Aguantamos varios días la peste mientras nos comíamos el pedazo que nos tocaba a cada uno. Pero llegó un momento en que en aquella pequeña celda no se podía aguantar más el mal olor del muerto y decidimos llamar a los guardias...

En la duda de si Buero Vallejo me estaba inventando una historia macabra le hice una pregunta todavía peor:

—¿Y por qué no se comieron al muerto?

—¡Hombre, por Dios!

—Cuando hay tanta hambre todo es posible...

—Pero no tanto, no tanto...

—Se han dado muchos casos.

Yo publiqué la historia en *Bohemia* sin mencionar al autor.

Creo que fue alrededor del año 1950, antes o después, que se me presentó en el periódico un funcionario de prensa de la embajada americana que se llamaba Pujol. Era un cubano muy americanizado, pero muy amable y muy querido por los periodistas. Pujol me dijo que el embajador, no recuerdo quien era, estaba muy preocupado por los comunistas. Parece que los Estados Unidos estaban desatando una campaña en todo el mundo contra la penetración comunista. Algo de eso. Un funcionario de la embajada, llamado Richard Salvatierra, quería reunirse conmigo. En aquellos tiempos Carbó había dejado muchas decisiones en mi mano y se ausentaba frecuentemente.

Hablé con Salvatierra y él me explicó que habían hecho gestiones con los otros periódicos, incluyendo al *Diario de la Marina*, y que ninguno se arriesgaba a entrar en conflicto con los comunistas. Publicar algunas cosas estaba bien, pero entrarles de frente, no. Era la postura habitual de la prensa cubana.

No hubo promesa de dinero ni de favores. Nada. Es falso que la embajada americana sobornara a los periodistas. Los periodistas, en general, servían a la embajada porque ésta era poderosa y nosotros éramos serviles. Y algunos hasta se sentían orgullosos cuando la embajada les pedía algún favor. Estaba asentada en la conciencia de los cubanos la idea de que el centro del poder estaba en la Embajada de los Estados Unidos. Punto. Los únicos que tenían el decoro de criticar a los americanos eran los comunistas.

Yo no era ni comunista ni anti-comunista, tengo que admitirlo. A mí lo que me interesaba era la circulación de *Prensa Libre*. Era una posición la mía bastante estúpida. Yo me tiraba siempre detrás de las informaciones que levantaban la circulación. Esa irresponsabilidad, que no era solamente mía, la pagaríamos todos muy cara.

Fue una campaña brutal la que hizo el periódico contra los comunistas y el embajador no dejaba de mandarme mensajes de felicitación. Mi columna publicó ataques muy duros. En estos casos lo que ocurre es que uno empieza para cumplimentar un compromiso, pero después vienen las respuestas, las agresiones, los ataques, y uno se va calentando. Aníbal Escalante me dedicó varios editoriales de

HOY muy agresivos. Yo subí la parada. Me pusieron unos letreros en las paredes que decían así: *Ortega, quien siembra vientos recoge tempestades*. A mí aquello casi que me entusiasmaba. Subía la circulación. Yo obtenía una buena publicidad. Inclusive, los abogados del partido me llevaron a los tribunales acusándome de *instigación al asesinato*. La cosa se fue enredando. No estoy muy seguro de todo lo que ocurrió. Creo recordar que el gobierno de Prío aprovechó para cerrar el periódico *HOY* y clausurar la emisora *1010*. No estoy muy seguro. Lo que sí sé es que los comunistas estaban muy disgustados conmigo, y con razón.

Unos años después, muy pocos, yo tuve que salir huyendo de Cuba y vine a parar a Miami. Los agentes de Batista en Miami, entre ellos Mariano Faget, me pusieron obstáculos en el Departamento de Inmigración. Quise obtener la residencia permanente, pero no pude. Iba a tener problemas. Mis buenas relaciones con la embajada en Cuba no me sirvieron para nada. Ni Pujol ni Salvatierra se ocuparon más de mí. Tuve entonces que pagarle dos mil dólares a un abogado de Miami para que fuera conmigo a Nassau y entonces me dieron allí la residencia.

Después comenzó la odisea para sacar a mis hijos, de dos y tres años, y a mi esposa, de Cuba, con una criada. Andrés Domingo y Morales del Castillo, un personaje siniestro siempre al lado de Batista, intervino en el Ministerio de Estado para que no le dieran las visas a mi familia. Así funcionaban aquellas gentes. Por fin, después de varios meses, logré sacar a mi esposa y a mis hijos con la ayuda de Pedro Carrillo. Y tuve que pagarle al abogado otros dos mil dólares para llevarlos a Nassau y obtener las visas de residentes.

Así paga el imperio a los que les sirven. Tenían razón los comunistas. Quien siembra vientos recoge tempestades.

Andando los años, creo que en 1962, un amigo me ofreció un humilde puesto en la *United States Informaiton Agency*. Yo era ya ciudadano americano. Se me había hecho imposible la vida en Miami. Me dieron la seguridad de que me iban a dar el trabajo en la agencia con un sueldo casi miserable. Pero era necesario que se hiciera una investigación de rutina. Eso que llaman el *clearance*. No le di importancia. Vendí mi casa en Coconut Grove y me fui con mi familia para Washington. Di el pago inicial de una casita en Maryland, cerca de Washington.

El mismo personaje de la embajada en Cuba, a quien yo había ayudado a ascender en la carrera, el mismo Richard Salvatierra, era segundo director de la agencia. Ingenuamente, pensé que no tendría problemas. Mis antecedentes eran impecables. Siguen iguales.

Pero yo era un individuo controversial. Todo periodista que ejerza su profesión con dignidad, por definición, tiene que ser controversial. Le encargaron la investigación de mis antecedentes al FBI. Magnífico. ¿Qué hicieron los benditos agentes? Fueron a preguntarles a los cipayos del Frente y del Consejo, y a los tipos del *Diario Las Américas*, y a los cubanos de Miami que ya andaban en negocios sucios sobre mí. ¿Qué piensan ustedes de Fulano? Claro, yo estaba muy lejos de ser popular. Nunca lo he sido. Miró se dio banquete conmigo. Lo mismo Tony Varona. Resultado: me negaron el puestecito. A los pocos meses me tuve que ir de Washignton y perdí el dinero que había invertido en la casa. Richard Salvatierra se disculpó conmigo enviándome una carta muy formal.